CAFÉ, CUPCAKES Y TÚ



INGRID MAXWELL

Café, cupcakes y tú

Ingrid Maxwell

© 2025, Ingrid Maxwell
Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la legislación vigente sobre derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo breves citas en reseñas o críticas literarias.

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes, nombres, lugares y eventos descritos son fruto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o situaciones reales es pura coincidencia.

Portada: Imagen de licencia comercial adquirida por la autora.

Primera edición: Mayo 2025

Autora: Ingrid Maxwell

¡Gracias por apoyar el trabajo de escritores independientes!

Tabla de contenido

CAPÍTULO 1 – BIENVENIDA CAÓTICA
CAPÍTULO 2 – NUEVA VIDA, VIEJOS AMIGOS
CAPÍTULO 3 – VECINA INDISCRETA
CAPÍTULO 4 – FIESTA DE APERTURA
CAPÍTULO 5 – PROBLEMAS DOMÉSTICOS
CAPÍTULO 6 – CLIENTES Y RISAS
CAPÍTULO 7 – FIESTA EN LA AZOTEA
CAPÍTULO 8 – CONSEJOS DESAFORTUNADOS
CAPÍTULO 9 – CELOS INESPERADOS
CAPÍTULO 10 – EMERGENCIA PERRUNA
CAPÍTULO 11 – CENA CON TRAMPA
CAPÍTULO 12 – CONSPIRACIÓN AMOROSA
CAPÍTULO 13 – OFERTA LABORAL INESPERADA
CAPÍTULO 14 – MALENTENDIDOS
CAPÍTULO 15 – PLAN DE RECONQUISTA
CAPÍTULO 16 – CONSEJOS ERRONEOS
CAPÍTULO 17 – CUPCAKE DESASTROSO
CAPÍTULO 18 – ROMANCE PARALELO
CAPÍTULO 19 – CONFESIÓN DEFINITIVA
CAPÍTULO 20 – CUPCAKES PARA SIEMPRE

CAPÍTULO 1 – BIENVENIDA CAÓTICA

Alguien debería haberme avisado de que cumplir sueños podía ser tan… complicado. Porque sí, cambiar de ciudad y empezar de cero es fantástico en las pelis, con música de fondo y planos perfectos, pero nadie te cuenta que el día que llegas, tu vida cabe exactamente en once cajas, cuatro maletas reventonas y una planta medio seca que insiste en morirse a pesar de todo mi cariño. Si lo hubieran contado, igual me habría preparado mejor para aterrizar con dignidad en mi nueva vida.

—Marta, ¿me quieres explicar dónde piensas meter todo esto? —preguntó Raquel, con las manos en la cintura y cara de estar viendo un desastre a cámara lenta.

—Pues no lo sé. Deja de juzgarme y ayúdame —respondí, intentando subir una caja gigante por la escalera estrecha del edificio—. A ver, tú empuja, que yo tiro desde arriba. Y cuidado con mi planta, ¡que todavía tiene posibilidades!

Raquel soltó una carcajada irónica, pero empujó obedientemente. Claro que su obediencia duró exactamente cinco escalones.

—¡Esto pesa como un muerto, Marta! ¿Qué has traído aquí? ¿Libros o ladrillos?

—Ambas cosas, y mi dignidad. ¡Empuja, anda!

Sudando más de lo que era recomendable para alguien que pretendía tener un aspecto decente, conseguí llegar al segundo piso. Sentía los brazos como si fueran de plastilina y empezaba a arrepentirme seriamente de no haber contratado una mudanza profesional. Pero no, Marta tenía que hacerlo todo sola porque "es más auténtico". Maldita autenticidad, pensé, mientras dejaba caer la caja justo delante de la puerta del piso 2ºB, el lugar que pronto podría llamar oficialmente mi casa.

—Vale, ¿y ahora cómo entramos? —preguntó Raquel, jadeando exageradamente a mi espalda.

Miré la puerta. Luego la caja gigante. Y entonces entendí que la caja estaba bloqueando precisamente el único lugar por donde podíamos entrar. Bien, Marta, muy bien.

—Mira, esto tiene fácil solución —dije, fingiendo seguridad—. La movemos un poco hacia aquí y…

No terminé la frase. Al intentar desplazar la caja, el precinto cedió, y decenas de libros, moldes para cupcakes y utensilios de repostería salieron despedidos alegremente por el pasillo del edificio.

Raquel me miró con una mezcla de horror y diversión:

—Bienvenida a Barcelona, amiga. Menuda entrada triunfal…

Suspiré, cerrando los ojos por un segundo mientras sentía que mi dignidad decidía abandonarme del todo.

—¿Crees que todavía estoy a tiempo de volver a Madrid? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

—Demasiado tarde —respondió una voz masculina, profunda y ligeramente burlona, justo detrás de mí—. Parece que ya has marcado territorio en el edificio.

Me giré lentamente, con una sonrisa congelada y los libros desperdigados a mis pies. Frente a mí estaba el hombre más atractivo que había visto en mucho tiempo. Alto, con una sonrisa divertida y el pelo ligeramente revuelto, observaba divertido mi pequeña catástrofe doméstica.

Vaya, parece que la llegada a Barcelona iba a ser todavía más interesante de lo que había previsto.

Intenté mantener la compostura, pero en realidad mi dignidad había salido corriendo escaleras abajo junto con los moldes para cupcakes y mis sueños de una llegada sofisticada. El desconocido seguía mirándome, claramente divertido por mi evidente desastre vital. No sabía qué hacer con las manos, así que hice lo primero que se me ocurrió: empezar a recoger libros del suelo como si no hubiera mañana.

—No es necesario que te humilles más —dijo él aguantando la risa—. Puedo echarte una mano.

—Ah, no te preocupes, esto es solo un pequeño… inconveniente —respondí, fingiendo naturalidad mientras recogía nerviosamente moldes de silicona con forma de corazón—. Todo bajo control.

—Claro, veo que dominas perfectamente la situación —dijo, con una ironía que, aunque irritante, era bastante encantadora—. Pero insisto.

Se agachó frente a mí, comenzando a recoger libros del suelo. Raquel, por supuesto, estaba ahora apoyada contra la pared, mirando la escena como quien ve una comedia romántica con palomitas invisibles. Sabía que estaba disfrutando cada segundo de mi vergüenza pública.

—¿Repostería creativa? —preguntó él, alzando las cejas mientras sujetaba uno de mis libros más usados—. ¿Eres pastelera?

—Bueno, lo intento. Voy a abrir una cafetería cerca de aquí. Especializada en cupcakes y tartas. ¿Te gustan?

Sonreí con mi mejor cara de futura empresaria, esperando causar una buena impresión o al menos recuperar algo de autoestima perdida.

—Mmm, demasiado azúcar —respondió él arrugando ligeramente la nariz—. Yo soy más del café solo y amargo.

Genial. Guapo, pero antipático. Era lo que me faltaba en mi primera hora en Barcelona: un vecino atractivo, aunque claramente insoportable.

—Espera un momento, ¿has dicho "demasiado azúcar"? ¿Eso es posible? —intervino Raquel, fingiendo escándalo—. Definitivamente, este chico necesita probar uno de tus cupcakes de chocolate. Le cambiará la vida.

Él soltó una carcajada suave y me miró directamente a los ojos. Sus ojos eran profundos, de un marrón oscuro que parecían ocultar más secretos de los necesarios para una primera conversación de rellano.

—Quizá acepte el reto —respondió finalmente, sonriendo—. Pero no prometo nada.

—Aceptado —contesté con fingida seguridad, aunque por dentro notaba un cosquilleo inesperado.

Terminamos de recoger mis cosas en silencio, pero cada vez que nuestros dedos se rozaban accidentalmente, sentía pequeñas descargas eléctricas que no me parecían normales para alguien tan molesto. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué Barcelona había decidido recibirme de esta manera?

—Por cierto, soy Lucas. Vecino del 2ºA, pared con pared contigo —añadió finalmente, con una sonrisa traviesa mientras me tendía la mano.

La estreché suavemente, notando un calor absurdo subiendo por mis mejillas.

—Yo soy Marta. Nueva en el edificio, como habrás deducido por mi triunfal entrada —dije, encogiéndome de hombros, intentando mantener una sonrisa digna—. Encantada, supongo.

Él rio ligeramente de nuevo y se puso de pie, devolviéndome mis libros.

—Tranquila, Marta. Barcelona no muerde —comentó con picardía —. Aunque yo no prometo nada.

Se marchó hacia su puerta con un guiño que me dejó clavada en el sitio, dudando entre sentirme atraída o profundamente irritada.

Raquel se acercó, mirando a Lucas desaparecer en su apartamento, y luego me observó, divertida.

—Dios mío, Marta. Si no lo quieres tú, me lo pido yo.

Le lancé uno de mis moldes de silicona a la cabeza y sonreí. Vale, quizás la mudanza no había empezado como había planeado, pero al menos algo estaba claro: mi nueva vida en Barcelona prometía emociones fuertes. Muy fuertes.

Dos horas más tarde, después de organizar mínimamente el caos inicial, Raquel y yo nos dejamos caer rendidas en el sofá, con un par de cervezas frías en la mano y las cajas medio vacías a nuestro alrededor.

—¿Qué te parece si directamente no desempaquetamos nada más y hacemos vida así? —pregunté, contemplando el salón a medio hacer—. Minimalismo extremo.

Raquel soltó una carcajada y chocó su botella contra la mía.

—No me convence. Soy más del maximalismo, ya lo sabes: excesos, dramas, amores imposibles…

—Cierto. Especialmente en lo de los dramas y los amores imposibles —respondí, provocándola.

Ella puso los ojos en blanco, fingiendo estar muy ofendida, y tomó un largo trago.

—Hablando de amores imposibles, ¿vamos a comentar lo de tu vecino nuevo? Porque si tú no lo haces, lo haré yo.

Solté un suspiro teatral, fingiendo indiferencia.

—¿Lucas? Bah, guapo, sí. Pero también insoportable.

—¿Guapo? —repitió ella con sarcasmo—. Marta, el repartidor del súper es guapo. Este tío está directamente para arrancarle la camiseta con los dientes.

Me reí, negando con la cabeza. No podía llevarle la contraria, porque era exactamente lo mismo que había pensado yo en el segundo en que lo había visto por primera vez.

—Vale, admito que es más atractivo que la media, pero ¿has visto lo borde que ha sido con el tema del azúcar? ¿Quién puede odiar el azúcar, por favor?

—Alguien que necesita urgentemente que le endulcen un poco la vida —contestó Raquel, arqueando las cejas con complicidad—. Y ahí entras tú, amiga.

Volví a reírme, pero por dentro notaba un cosquilleo absurdo. No podía negar que aquel primer encuentro había sido extraño. Vale, irritante también, pero la sonrisa burlona de Lucas había provocado algo en mí que no esperaba en absoluto.

—Además —continuó Raquel, imparable—, la química que había entre vosotros mientras recogíais los libros era palpable. Creo que he visto chispas literales saltar del suelo.

—Exagerada —dije, aunque sabía perfectamente que tenía razón.

Me levanté del sofá para echar un vistazo rápido por el ventanal. La calle estaba tranquila, el sol empezaba a caer suavemente sobre los tejados, y podía ver perfectamente desde allí el local vacío que pronto sería mi cafetería.

Sentí una emoción profunda al imaginarme por primera vez abriendo esas puertas, sirviendo cupcakes y cafés, construyendo una vida desde cero. Vale, había tenido una llegada caótica, una vecina cotilla, y un vecino guapo pero insoportable. Pero, al fin y al cabo, era exactamente lo que había venido a buscar: un cambio, aventura, algo nuevo.

Raquel se acercó por detrás y apoyó su barbilla en mi hombro.

—¿Arrepentida? —preguntó en voz baja, con esa suavidad con la que siempre hablaba cuando intuía mis dudas internas.

Negué lentamente, mirándola a través del reflejo del cristal.

—Ni por un segundo. Bueno, quizás por un segundo cuando los moldes de cupcakes han volado por el pasillo.

Reímos juntas, y entonces, justo cuando la risa empezaba a desvanecerse, un movimiento al otro lado del patio llamó mi atención. Allí estaba Lucas, en el balcón de al lado, con una taza en la mano y una sonrisa divertida, mirándome directamente.

Me saludó levemente, alzando la taza con complicidad, y yo, casi sin pensarlo, le devolví el gesto con mi botella de cerveza.

Raquel observó la escena divertida, apretando ligeramente mi brazo.

—¿Sigues pensando que solo es un vecino insoportable?

Suspiré con una sonrisa inevitable en los labios. Aquel hombre era una complicación innecesaria, sí. Pero quizás, solo quizás, la complicación fuera precisamente lo que necesitaba en mi nueva vida.

—Me temo que eso está por verse, Raquel —contesté finalmente, sintiendo una calidez extraña en el pecho—. Y creo que Barcelona va a ser mucho más complicada de lo que imaginaba.

CAPÍTULO 2 – NUEVA VIDA, VIEJOS AMIGOS

Nunca he entendido del todo a las personas madrugadoras. Las respeto, sí, pero esa capacidad de salir a la calle a horas imposibles con una sonrisa radiante debería considerarse un superpoder. Yo, sin embargo, después de mi accidentado estreno en Barcelona, me sentía como si me hubieran atropellado tres camiones seguidos. Aun así, Raquel me había arrastrado de la cama con la promesa de desayunar fuera y empezar con buen pie la nueva etapa. Odiaba cuando Raquel tenía razón, pero jamás se lo reconocería en voz alta.

Elegimos una pequeña cafetería muy cerca de casa, con esas sillas vintage que parecen monísimas en Instagram pero que en realidad son incómodas a rabiar. Eso sí, el café olía delicioso y la camarera nos sonrió amablemente al traernos una bandeja llena de croissants, tostadas, mermelada casera y más azúcar del que Lucas podría tolerar. Me reí internamente recordándolo.

—Bien, Marta, ya es hora de que hablemos en serio —dijo Raquel con tono dramático mientras untaba mantequilla con entusiasmo—. ¿Cómo te sientes realmente? Porque ayer, entre libros voladores y vecinos guapos, no hubo mucho tiempo para reflexionar.

Sonreí, dando vueltas lentamente al café con la cuchara.

—Nerviosa, supongo. Ilusionada, también. Y aterrada, claro. Estoy a punto de abrir mi propia cafetería en una ciudad que apenas conozco y donde solo te tengo a ti. Así que sí, lo llevo bastante bien.

Raquel rio suavemente, echando la cabeza hacia atrás como hacía siempre que algo le divertía demasiado.

—Vamos, eso es lo que se llama empezar a lo grande. Además, tienes un vecino sexy que claramente quiere endulzarte la vida. Marta, podrías escribir una novela con tu llegada.

—No exageres, Lucas es… un vecino y punto. No sé qué idea loca tienes en tu cabeza —respondí intentando sonar indiferente, pero la sonrisa traviesa de Raquel me hizo sentir expuesta—. Además, ¿te recuerdo que odia el azúcar? ¡Eso debería ser ilegal!

—Cariño, tú eres experta en cupcakes. Y si no me equivoco, tú y yo sabemos que nadie se resiste a uno de tus cupcakes de chocolate. Yo digo que para finales de mes lo tienes comiendo azúcar de tu mano —sentenció Raquel con un guiño pícaro.

Sacudí la cabeza, incapaz de mantener la seriedad por más tiempo. Aquel desayuno estaba siendo justo lo que necesitaba: conversación banal, risas fáciles y esa sensación cálida que solo Raquel sabía generar. Observé a través del ventanal el ir y venir de la gente por la calle, cada persona con su propia vida, sus prisas, sus historias. Me pregunté cómo encajaría yo en aquella ciudad tan viva y diferente.

—Eh, soñadora, ¿piensas pagar tú o tengo que fingir que me he olvidado la cartera? —preguntó Raquel, sacándome de mis pensamientos con su habitual descaro.

—Anda, déjate de tonterías. Hoy invito yo. Considéralo un soborno para que sigas aguantando mis dramas existenciales.

—Acepto gustosa el soborno —dijo, terminando su croissant y relamiéndose descaradamente—. Además, ya sabes que vivo para tus dramas. ¿Qué sería de mi vida sin ellos?

Sonreí mientras pedía la cuenta. Definitivamente Barcelona era un salto al vacío, pero al menos tenía la mejor red de seguridad posible: Raquel, mi amiga, cómplice y drama queen favorita.

Ahora solo quedaba comprobar si también tenía talento para convencer a la ciudad entera, incluido al vecino guapo y antipático, de que una dosis extra de azúcar nunca hizo daño a nadie.

Después de desayunar, decidimos ir a ver por primera vez el local donde abriría mi cafetería. Había firmado el contrato a distancia, lo que para Raquel era un riesgo innecesario que, según ella, me definía demasiado bien: impulsiva, soñadora, y a veces, un poquito

imprudente. Pero así era yo; cuando una idea se apoderaba de mi cabeza, nada podía frenarme.

Al llegar frente al local sentí cómo mi corazón empezaba a latir un poco más deprisa. Las llaves temblaron ligeramente en mi mano cuando abrí la puerta, mientras Raquel esperaba a mi lado, conteniendo la respiración.

Cuando entramos, ambas dejamos escapar un suspiro de alivio. El espacio era incluso mejor de lo que me había imaginado. Era luminoso, amplio, y tenía ese encanto tan característico de los antiguos edificios barceloneses. Suelos hidráulicos en tonos azulados, paredes altas y ventanas por las que entraba una luz preciosa. Sentí que por primera vez desde que llegué, algo salía exactamente como esperaba.

—Vale, Marta, debo admitirlo. Esto ha sido un acierto absoluto —reconoció Raquel con una sonrisa sincera, mientras paseaba despacio por el local, observando todo con atención—. A veces hasta tú tienes buenas ideas.

Le lancé una mirada divertida mientras me dirigía hacia el mostrador antiguo de madera maciza. Justo cuando iba a inspeccionar los detalles más pequeños, una puerta situada al fondo del local se abrió de golpe, haciéndonos saltar del susto.

Una chica joven, de melena rubia despeinada y aspecto algo alternativo, salió con rapidez, parándose en seco al vernos allí. Nos miró desconcertada por un instante antes de reaccionar.

—Ay, perdonad. No sabía que había alguien aquí. ¿Buscáis algo? —preguntó, ligeramente confundida.

—En realidad, soy la nueva propietaria del local —dije rápidamente, intentando parecer segura—. ¿Tú eres…?

—¡Ah! Claro, Marta, ¿verdad? Soy Laura. Me contrataste por email. Perdona la entrada dramática, no suelo aparecer así siempre. Bueno, o quizá sí, pero estoy trabajando en ello —respondió sonriendo con sinceridad, mientras se acercaba a estrecharme la mano.

Me reí suavemente, sintiendo una inmediata simpatía hacia ella.

—Encantada, Laura. Ella es Raquel, mi amiga, que ha venido unos días a ayudarme a instalarme.

Raquel saludó con una sonrisa cálida, y Laura nos devolvió la mirada con naturalidad. Su expresión tenía algo que me hacía sentir cómoda enseguida, como si nos conociéramos de mucho más tiempo.

—Pues este sitio tiene un potencial increíble, Marta —continuó Laura, paseándose con calma por el local—. Me gusta cómo lo has planteado en los emails. Creo que va a funcionar genial. Yo siempre he trabajado en sitios bastante aburridos, así que te prometo poner de mi parte para que esta cafetería sea diferente.

Raquel sonrió divertida.

—Cuidado con lo que prometes, Laura. Marta es capaz de ponerte a hornear hasta de madrugada si las cosas se complican.

Laura alzó una ceja, sonriendo divertida, mostrando seguridad y determinación a partes iguales.

—Si es así, bienvenida sea la locura. Estoy acostumbrada a horarios imposibles y retos complicados. Si no, la vida sería muy aburrida, ¿no os parece?

Nos reímos suavemente las tres. En ese instante sentí una especie de alivio profundo. No solo había elegido bien el local, también había acertado plenamente con Laura. Tenía un buen presentimiento con ella, y no era algo habitual en mí.

Mientras observábamos juntas cada rincón, comentando ideas y haciendo planes con entusiasmo, comprendí que acababa de dar otro paso firme en mi nueva vida. Quizás todo estaba siendo algo atropellado, sí, pero en aquel momento no podía imaginar otro lugar donde preferiría estar.

Después de pasar un buen rato recorriendo cada rincón del local, anotando ideas y haciendo planes entusiastas con Laura y Raquel, decidimos que ya era suficiente por ese día. Todavía quedaba mucho por hacer, pero al menos sentía que tenía bajo control la parte esencial. Había encontrado a alguien en quien confiar para llevar

adelante el proyecto, y el local era exactamente lo que había soñado.

Mientras caminábamos de regreso a casa, Raquel se enlazó amistosamente de mi brazo, observando distraída el ajetreo de Barcelona a nuestro alrededor.

—Estoy impresionada, Marta. Has dado más pasos importantes en dos días que en los últimos tres años. Me siento orgullosa, casi como una madre.

La miré divertida, sintiendo un pellizco de nostalgia. Raquel siempre había sido mi gran apoyo, sobre todo en los momentos en que mi vida parecía no avanzar hacia ningún lado.

—Supongo que necesitaba sacudirme un poco la vida. Y aquí estoy, empezando de cero. ¿Quién me lo iba a decir?

—Pues yo. Llevo diciéndotelo desde siempre, pero nunca me escuchas —bromeó ella, dándome un empujón cariñoso—. Pero ahora en serio, estoy feliz por ti.

Sonreí, agradecida y relajada, hasta que llegamos al portal del edificio. Allí, justo en la entrada, estaba Lucas. De nuevo con esa sonrisa burlona que parecía formar parte inseparable de su expresión. Se me aceleró un poco el pulso, muy a mi pesar.

—Buenas tardes, Marta —saludó él, casual, con un brillo divertido en la mirada—. ¿Tuviste tiempo de poner orden al desastre de ayer?

Respiré hondo, tratando de sonar natural y desenfadada.

—Sí, sobreviví a la catástrofe, gracias por preguntar —respondí con falsa indiferencia—. Por suerte tuve ayuda profesional —añadí, señalando a Raquel.

Lucas sonrió, esta vez con una calidez inesperada. Entonces pareció darse cuenta de que Raquel estaba allí, y le dedicó una sonrisa educada.

—Hola, creo que ayer no tuvimos oportunidad de presentarnos. Soy Lucas, vecino de Marta.

—Raquel, encantada. Sí, creo que ayer no era el mejor momento para presentaciones formales —contestó Raquel, devolviéndole una sonrisa amable.

—Es cierto, supongo que volaban demasiados objetos por el aire —dijo Lucas con humor, mirándome con complicidad—. Pero me alegro de poder presentarme en condiciones menos caóticas.

—Lo mismo digo —respondió Raquel con naturalidad.

Por un instante, Lucas volvió a mirarme directamente, y sentí cómo se me aceleraba el corazón de nuevo. Había algo en él que, bajo toda esa fachada de humor irónico, me hacía querer descubrir más, y al mismo tiempo, me incomodaba admitirlo tan pronto.

—Bueno, espero que estéis cómodas en el barrio —comentó él finalmente, con un tono algo más serio—. Y si necesitáis ayuda con algo, estoy justo al lado.

—Gracias, lo tendremos en cuenta —respondí, sorprendida por la naturalidad de sus palabras.

Lucas hizo un pequeño gesto con la mano y subió por las escaleras sin decir nada más. Raquel, que se había mantenido en silencio, esperó unos segundos prudenciales antes de hablar.

—Interesante vecino —comentó en voz baja mientras subíamos detrás de él—. Y parece bastante dispuesto a ayudarte en lo que necesites.

—Por favor, Raquel. Solo ha sido educado —respondí intentando disimular una leve sonrisa.

Raquel me miró divertida, negando lentamente con la cabeza.

—Si tú lo dices… Pero me parece que aquí hay más que simple educación. Lo digo yo, que tengo un máster en detectar estas cosas.

La miré de reojo mientras alcanzábamos nuestro piso, sin admitir en voz alta que quizás, solo quizás, ella tenía razón.

Pero por ahora, prefería pensar que mi vida en Barcelona prometía ser entretenida y llena de sorpresas, aunque no todas fueran exactamente las que yo hubiera planeado.

CAPÍTULO 3 – VECINA INDISCRETA

Había pasado casi un mes desde mi caótica llegada a Barcelona, y podía decir con cierta seguridad que empezaba a sentirme en casa. Mi piso ya tenía aspecto de hogar, decorado con cariño y lleno de pequeños detalles que hablaban mucho de mí: libros, plantas que milagrosamente seguían vivas y algunas fotos que me recordaban quién era y de dónde venía. Raquel aún estaba conmigo, pero en pocos días regresaría a Madrid, y eso era algo que prefería no pensar todavía.

Aquella mañana, mientras estaba concentrada revisando los últimos detalles para la apertura de la cafetería, el timbre sonó inesperadamente. Al abrir la puerta me encontré frente a frente con una mujer pequeña y sonriente, de pelo rubio intenso y mirada despierta, sujetando un plato cubierto por papel aluminio.

—Hola, querida. Soy Paquita, tu vecina del tercero izquierda —dijo con tono amistoso y alegre—. Sé que llego algo tarde con la bienvenida, pero más vale tarde que nunca, ¿verdad?

Le devolví la sonrisa, abriéndole paso con cortesía.

—No se preocupe, Doña Paquita. Encantada de conocerla oficialmente. Soy Marta.

—Sí, lo sé, aquí las noticias vuelan —respondió ella divertida, entrando sin pudor alguno y dejando el plato sobre mi mesa de comedor—. Te traigo un bizcocho de naranja que es la especialidad de la casa. Y una excusa perfecta para venir a charlar un rato, claro.

Me reí suavemente, comprendiendo de inmediato por qué Raquel había bautizado al edificio como "la comunidad más curiosa de Barcelona".

—Siéntese, por favor —le ofrecí educadamente mientras retiraba algunos papeles del sofá—. Perdone el desorden, estoy trabajando en la apertura del negocio.

—Ah, sí, la cafetería. Qué maravilla, querida. Estaré encantada de ir a tomar algo cuando abras. Soy una excelente clienta, ya lo verás. Pregunta en la panadería de la esquina, si no me crees —comentó con un guiño pícaro.

Me senté frente a ella con una sonrisa sincera. Doña Paquita tenía una personalidad que automáticamente despertaba simpatía, aunque estaba segura de que detrás de su amabilidad también había algo más: curiosidad, ganas de saberlo todo sobre la gente, y probablemente muchos años de experiencia en recolectar información.

—Entonces, Marta, ¿cómo te estás adaptando a Barcelona? Imagino que ya conoces a casi todo el edificio, ¿verdad?

—Bueno, todavía no a todos. Apenas tengo tiempo para socializar mucho —respondí amablemente—, pero de momento estoy muy cómoda aquí.

Ella asintió con aprobación.

—Me alegra mucho escucharlo. Ya sabes que para cualquier cosa que necesites, cuentas conmigo. Incluso para algún consejo sentimental, que aunque no me lo pidas, sé que no tardarás en necesitarlo —añadió sonriendo con inocencia fingida.

Abrí los ojos ligeramente sorprendida, sintiendo que aquella conversación acababa de tomar un rumbo inesperado.

—Vaya… lo tendré en cuenta, gracias —contesté con torpeza, preguntándome internamente qué sabría ya esta mujer de mi vida para hacer una afirmación así.

Ella pareció captar perfectamente mi reacción, porque sonrió satisfecha, dándome unas palmaditas suaves en la mano.

—Tranquila, Marta, aquí todos somos como una pequeña familia. Y en las familias, ya se sabe, no hay secretos —afirmó con una seguridad tan absoluta que no supe si sentirme reconfortada o preocupada—. Pero no te alarmes, solo quiero lo mejor para ti. Además, vivir sola está bien por un tiempo, pero siempre es mejor con buena compañía, ¿no crees?

Sonreí suavemente, incapaz de llevarle la contraria. Sí, desde luego mi vida había cambiado radicalmente en solo unas semanas. Y aunque no buscaba ninguna relación en aquel momento, la presencia cercana de Lucas comenzaba a hacerse habitual en mi día a día, algo que seguramente Doña Paquita ya sabía perfectamente, o al menos sospechaba.

Me despedí educadamente cuando ella decidió irse, agradeciéndole el detalle del bizcocho. Al cerrar la puerta tras ella, tuve la sensación de que, aunque no lo había buscado, acababa de entrar oficialmente en una comunidad que estaba decidida a no dejarme tranquila demasiado tiempo.

Y curiosamente, no estaba segura de que aquello fuese necesariamente algo malo.

Al día siguiente, por la tarde, mientras revisaba el papeleo interminable para conseguir los permisos finales de apertura, sonó el timbre de nuevo. Me levanté, preguntándome internamente si sería Doña Paquita de vuelta con otra excusa dulce para seguir investigando mi vida, pero cuando abrí la puerta me sorprendí al ver a Lucas, apoyado en el marco con aire relajado. Sujetaba en una mano un destornillador que reconocí inmediatamente como mío.

—¿Interrumpo algo importante? —preguntó con ese tono desenfadado al que ya comenzaba a acostumbrarme.

—Solo trámites burocráticos, mi actividad favorita —contesté irónicamente, sintiendo un pequeño cosquilleo nervioso al encontrar su mirada—. ¿Necesitas algo?

Él negó con suavidad y levantó ligeramente el destornillador hacia mí.

—Venía a devolverte esto. Raquel me lo prestó el otro día, cuando estuvo arreglando tu cocina.

Extendí la mano para cogerlo, intentando controlar un ligero temblor en mis dedos cuando se rozaron accidentalmente con los suyos.

—Gracias. No sabía que te lo había dejado —respondí, desviando ligeramente la vista, algo incómoda con mi repentina timidez.

—No hay de qué. ¿Cómo va todo con la cafetería? He visto que has avanzado mucho en el local estos días.

Sonreí agradecida por el cambio de tema, relajándome un poco más.

—Sí, casi está listo. En unas semanas haré una pequeña inauguración. Por supuesto, estás invitado, aunque ya sé que no te entusiasma precisamente lo dulce.

Lucas rio suavemente, con esa expresión divertida que empezaba a resultarme más atractiva de lo razonable.

—Quizás haga una excepción contigo —comentó con una sonrisa enigmática.

Abrí la boca para contestar algo ingenioso, pero justo entonces escuchamos unos pasos ligeros que bajaban por la escalera. Nos giramos a la vez, sorprendidos, y allí apareció Doña Paquita, bajando tranquilamente con una cesta de la compra en el brazo. Al vernos juntos en la puerta, se detuvo enseguida, iluminándosele la cara con una sonrisa de absoluto deleite.

—¡Vaya, qué alegría veros juntos! —exclamó, acercándose rápidamente hasta detenerse frente a nosotros con expresión satisfecha—. Lucas, justo ayer le comentaba a Marta lo buena pareja que hacéis. Da gusto ver a gente joven entendiéndose tan bien.

Sentí cómo se me subía el color a la cara inmediatamente. Lucas, a mi lado, pareció contener una sonrisa mientras se giraba hacia ella con paciencia y educación.

—Creo que está sacando conclusiones demasiado pronto, Doña Paquita —respondió él con calma, intentando quitarle hierro al comentario con una sonrisa amable.

Ella hizo un gesto despreocupado con la mano, restándole importancia.

—Bah, querido, llevo demasiado tiempo en este mundo como para equivocarme con estas cosas. Lo noto, tenéis química. Ya me daréis la razón, ya veréis.

Lucas y yo nos miramos, incómodos pero divertidos por aquella situación tan embarazosa. Antes de que pudiéramos decir algo más,

Doña Paquita ya había seguido escaleras abajo, despidiéndose con la mano como quien acaba de decir algo perfectamente normal y cotidiano.

Me volví hacia Lucas, sintiendo la necesidad de disculparme.

—Lo siento, parece que acaba de declararnos oficialmente su objetivo personal —dije medio bromeando, medio avergonzada.

Él rio suavemente, con naturalidad, quitándole importancia.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrado. Además, Paquita nunca se rinde fácilmente cuando se le mete algo en la cabeza.

—Eso me temía —respondí suspirando con fingida resignación.

Lucas se separó lentamente del marco de la puerta, dispuesto a marcharse, pero justo antes de despedirse, me miró fijamente durante unos segundos que se me hicieron eternos.

—Aunque, pensándolo bien, quizá Paquita no esté tan desencaminada. A veces las conclusiones precipitadas no resultan tan malas, ¿no crees?

No supe qué responder. Sentí cómo el corazón se aceleraba de forma absurda mientras lo veía entrar en su apartamento, cerrando la puerta suavemente detrás de él.

Entré en casa, cerrando la mía también, mientras las palabras de Lucas y Doña Paquita resonaban con fuerza en mi cabeza.

Tal vez, y solo tal vez, aquella intromisión vecinal tenía más sentido del que estaba dispuesta a admitir en voz alta.

Esa misma tarde, Raquel regresó después de pasar el día recorriendo medio barrio en busca de tiendas vintage. Entró en casa llena de bolsas, entusiasmo y una energía contagiosa que siempre lograba levantarme el ánimo. Sin embargo, en ese momento, yo estaba tan distraída por la conversación con Lucas y la aparición oportuna de Doña Paquita, que apenas pude corresponder a su alegría con una leve sonrisa ausente.

—Vale, Marta, o has discutido con algún funcionario del ayuntamiento o ha pasado algo interesante por aquí —dijo Raquel mientras dejaba las bolsas sobre la mesa, mirándome fijamente—. ¿Quieres contarme?

Me mordí el labio inferior con cierta incomodidad, sentándome en el sofá mientras trataba de ordenar mis ideas. Raquel no tardó en sentarse junto a mí, esperando pacientemente con esa mirada que decía claramente que no se movería hasta escuchar una explicación satisfactoria.

—Pues ha pasado algo… o más bien, alguien: Doña Paquita —empecé lentamente—. Ha decidido oficialmente que Lucas y yo hacemos buena pareja.

Raquel soltó una carcajada sonora, echando la cabeza hacia atrás con total despreocupación.

—¡Ay, Doña Paquita, qué maravillosa mujer! Sabía que era cuestión de tiempo que decidiera organizarte la vida amorosa.

—Ya, el problema es que ha tenido la brillante idea de comentárselo también a Lucas. Delante de mí. Ha sido un momento bastante incómodo —admití con una sonrisa avergonzada.

Raquel abrió los ojos, divertida y sorprendida a partes iguales.

—¿Y qué ha dicho Lucas?

Me encogí de hombros, aunque era perfectamente consciente del calor que subía hasta mis mejillas al recordarlo.

—Ha intentado quitarle importancia, claro. Pero luego ha insinuado que quizá Doña Paquita no esté tan desencaminada con sus conclusiones precipitadas.

Raquel dejó escapar un suave silbido de sorpresa, observándome con expresión traviesa.

—Vaya, vaya… Parece que Lucas se está animando. Y yo que pensaba que esto iba a ir más despacio.

—Raquel, por favor, no empieces —protesté, aunque sin verdadera convicción—. Apenas nos conocemos. Vale, sí, es agradable, atractivo, educado y todo eso. Pero no deja de ser mi vecino, y no estoy segura de que sea buena idea complicar mi nueva vida con algo así.

—Claro, claro, porque nunca has complicado tu vida por una buena historia —respondió ella con ironía—. Además, creo que la

vida ya es bastante complicada de por sí. ¿Qué más da una complicación más si resulta divertida e interesante?

Me quedé pensativa, sabiendo en el fondo que Raquel tenía razón. Desde que había llegado a Barcelona, mi vida había dado un giro radical, y aunque intentaba negármelo a mí misma, Lucas había comenzado a formar parte de esa nueva etapa más de lo que había previsto inicialmente.

—¿Sabes qué pienso yo? —añadió Raquel con dulzura, apoyando la cabeza en mi hombro en un gesto cariñoso—. Que a veces está bien dejar que las cosas pasen solas, Marta. No tienes que decidirlo todo ahora mismo. Simplemente disfruta del momento. Disfruta de Barcelona, del local, de las nuevas amistades… y si surge algo más, ya veremos cómo lo gestionamos.

Suspiré suavemente, reconociendo que su consejo era el más sensato que había escuchado en semanas. Le di un suave empujón amistoso, sonriendo finalmente con más relajación.

—Gracias, Raquel. No sé qué voy a hacer cuando vuelvas a Madrid y me dejes aquí sola con Doña Paquita y sus teorías.

—Te las arreglarás estupendamente, como siempre —dijo ella con total seguridad—. Y si no, siempre puedes llamarme. Además, Doña Paquita parece saber exactamente lo que necesitas.

Reí suavemente, sacudiendo la cabeza con fingida desesperación. Pero en mi interior, empecé a aceptar que quizá no había llegado a Barcelona solo para montar una cafetería. Quizá, y solo quizá, había venido también para descubrir algo nuevo sobre mí misma, algo que llevaba tiempo necesitando explorar.

Y sí, tal vez Lucas tenía algo que ver con eso, aunque aún no estuviera dispuesta a admitirlo plenamente.

—En fin, supongo que ya veremos qué pasa —dije finalmente, intentando quitarle importancia—. Por ahora, centrémonos en la cafetería. La fiesta de inauguración tiene que salir perfecta.

Raquel sonrió con complicidad, claramente satisfecha de verme tan decidida.

—Claro que sí. Una cosa a la vez.

Pero ambas sabíamos, aunque ninguna lo dijera en voz alta, que en Barcelona todavía quedaban muchas sorpresas por descubrir.

CAPÍTULO 4 – FIESTA DE APERTURA

Aquel día me desperté antes de que sonara el despertador, con el corazón latiendo demasiado deprisa y una mezcla incómoda entre emoción e inquietud. Después de semanas de preparativos, estrés, dudas y alguna crisis existencial menor, había llegado finalmente el momento de inaugurar mi cafetería.

Me levanté de la cama, caminé hasta la ventana y observé cómo Barcelona amanecía suavemente, iluminando las calles de mi barrio, ese que ya empezaba a sentir como propio. Respiré profundamente, recordándome que todo iría bien, que ya lo tenía todo controlado, o eso quería creer.

Dos horas más tarde, bajé rápidamente por la escalera del edificio, cargando un par de cajas con los últimos detalles decorativos para la inauguración. Al salir a la calle, estaba tan concentrada en mantener el equilibrio que casi no me fijé en la figura sonriente que me esperaba frente a la entrada del portal.

—Buenos días, emprendedora. ¿Necesitas ayuda o prefieres caerte tú sola?

Reconocí inmediatamente aquella voz alegre. Raquel estaba frente a mí, con una maleta a su lado y una sonrisa radiante en la cara. Mi sorpresa fue tal que casi tiro todo al suelo, cajas incluidas.

—¿Raquel? ¿Pero qué haces aquí tan temprano? Pensaba que llegarías esta noche —pregunté emocionada, dejando las cajas cuidadosamente en la acera para abrazarla.

Raquel me devolvió el abrazo con fuerza, riendo divertida.

—Quería sorprenderte, y ya sabes que soy incapaz de esperar. Además, no podía permitir que inaugurases la cafetería sin mí. He venido directa desde la estación, literalmente.

Sonreí aliviada y feliz, agradecida por tenerla a mi lado en un día tan importante.

—Me alegra muchísimo que estés aquí. Laura y yo llevamos varios días trabajando sin parar y te aseguro que vamos a necesitar refuerzos.

Raquel asintió con entusiasmo, tomando una de las cajas que había dejado en el suelo y caminando conmigo hacia el local.

—Precisamente, hablando de refuerzos, tengo una noticia importante —dijo ella con un brillo especial en los ojos—. ¿Quieres que te lo diga ahora o esperamos a estar dentro?

La miré con curiosidad mientras abría la puerta de la cafetería, viendo cómo Laura ya estaba dentro, organizando cuidadosamente los cupcakes en las vitrinas y revisando los últimos detalles.

—Creo que mejor dentro, así Laura también se entera —respondí intrigada.

Nada más entrar, Laura se volvió hacia nosotras con expresión de absoluta concentración, pero al ver a Raquel, su cara se iluminó.

—¡Raquel! Pensaba que no llegabas hasta la tarde. ¡Menos mal que has venido antes! Marta está a un paso de colapsar y yo estoy a punto de contagiarme —dijo Laura entre risas.

Raquel dejó la caja sobre la mesa más cercana y nos miró a ambas con una sonrisa que ya no podía contener.

—Pues vengo con buenas noticias para todas. Me han ofrecido una mejora laboral bastante importante aquí en Barcelona y he decidido aceptarla. Voy a mudarme definitivamente, y ya he visto un apartamento precioso muy cerca de aquí. Así que, chicas, oficialmente me quedo con vosotras.

Laura aplaudió con entusiasmo, y yo sentí cómo el estrés inicial se transformaba en pura alegría y alivio. Me lancé a abrazarla de nuevo, esta vez aún con más fuerza.

—¡No me lo puedo creer! ¿De verdad vas a vivir aquí permanentemente? —pregunté emocionada.

—Totalmente en serio —respondió Raquel, con una sonrisa radiante—. Así que ahora sí que estás condenada a aguantarme.

Laura soltó una carcajada divertida y volvió a sus tareas, haciendo gestos dramáticos con las manos.

—Genial, porque este local claramente necesita más equilibrio emocional. Marta es puro estrés y yo, pura ironía. Necesitamos urgentemente alguien con tu optimismo desbordante, Raquel.

Reí suavemente, fingiendo indignación mientras colocaba los últimos detalles sobre las mesas.

—Vale, muy graciosa. Pero ya veréis cómo todo sale perfecto. Y que conste que no estoy tan histérica, solo… un poco nerviosa.

Raquel me miró con ternura, asintiendo lentamente.

—Lo sé, Marta. Y precisamente por eso estoy aquí. Todo saldrá genial, ya lo verás. Hoy es tu día, y vamos a celebrarlo como se merece.

Respiré profundamente, sintiendo que finalmente empezaba a controlar mis nervios.

—Gracias, Raquel. No sabes lo importante que es para mí tenerte aquí hoy.

Ella me sonrió de nuevo, dándome un suave apretón en el brazo con complicidad.

—Lo sé perfectamente. Ahora, dejemos de hablar y pongámonos a trabajar, que los invitados llegarán pronto y todavía queda mucho por hacer.

Sonreí ampliamente, consciente de que, efectivamente, tenía mucho trabajo por delante, pero ahora me sentía preparada para lo que viniera. Con Laura y Raquel a mi lado, todo parecía más fácil.

Era el comienzo de algo importante, y por primera vez en mucho tiempo, me sentía segura y feliz.

Apenas había pasado una hora cuando los primeros invitados comenzaron a entrar en la cafetería. El local se iba llenando poco a poco, y cada felicitación que recibía conseguía aliviar un poco más la tensión acumulada durante semanas. Laura se movía con naturalidad entre los clientes, sirviendo cafés y ofreciendo cupcakes, manteniendo un ambiente relajado y alegre. Raquel, con su simpatía habitual, conversaba animadamente con algunos vecinos, integrándose rápidamente como si llevara toda la vida en Barcelona.

Yo estaba colocando más pasteles en una mesa cuando la puerta volvió a abrirse. Sentí cómo mi pulso se aceleraba ligeramente al ver entrar a Lucas, acompañado por otro chico que no había visto nunca. Lucas me sonrió al verme, saludándome desde lejos con un gesto natural que me hizo sonreír inmediatamente.

—Veo que acaba de llegar tu vecino preferido —susurró Raquel divertida a mi lado, dándome un suave codazo—. Y viene bien acompañado.

—No empieces, por favor —respondí con un suspiro, intentando aparentar tranquilidad mientras Lucas se acercaba hacia nosotras.

—Hola Marta, enhorabuena —me dijo Lucas con una sonrisa cálida y sincera—. Has conseguido que el lugar luzca increíble.

—Gracias, Lucas —respondí tratando de sonar natural, aunque sentía mis mejillas ligeramente calientes por su cumplido—. Me alegra muchísimo que hayas venido.

Lucas sonrió amablemente, y acto seguido se giró hacia su acompañante para presentarlo con naturalidad.

—Por cierto, Marta, este es Álex, mi mejor amigo. Álex, ella es Marta, la dueña de la cafetería y mi nueva vecina.

Álex extendió inmediatamente la mano hacia mí con una sonrisa abierta y amistosa. Tenía el pelo castaño claro y revuelto, y su expresión transmitía una simpatía instantánea.

—Encantado, Marta. Lucas lleva días insistiendo en que hoy no podía faltar a esta inauguración. Creo que quería asegurarse de no ser el único incapaz de resistirse a tus cupcakes.

—Encantada de conocerte, Álex —respondí riendo ligeramente, sintiéndome cómoda con la frescura de su presentación—. Pues ya puedes empezar a comprobarlo tú mismo, y de paso convences a Lucas, que sigue resistiéndose a probarlos.

Lucas negó suavemente con la cabeza, sonriendo ligeramente avergonzado mientras Álex se reía de buena gana.

En ese instante Raquel se acercó un poco más, llamando discretamente nuestra atención. Lucas se dio cuenta rápidamente y aprovechó la oportunidad para presentarla también.

—Álex, ella es Raquel, una amiga de Marta que está de visita para la inauguración. Raquel, él es Álex, mi amigo desde hace años.

—Encantada, Álex —dijo Raquel con su habitual espontaneidad, ofreciéndole una sonrisa cálida.

—Igualmente —respondió Álex, devolviéndole la sonrisa con evidente interés—. Me alegra saber que Lucas no exageraba cuando dijo que hoy sería un día interesante.

Raquel alzó ligeramente las cejas, divertida por la sutil insinuación, y decidió seguirle el juego.

—Espero entonces que no te decepcionemos. Aquí las expectativas son altas, ya sabes.

Álex sonrió ampliamente, captando perfectamente la complicidad en las palabras de Raquel.

—Estoy seguro de que no lo haréis —respondió con total confianza, sin apartar los ojos de ella—. Tengo un buen presentimiento.

Lucas y yo nos miramos rápidamente, captando al instante la conexión evidente que se había formado entre ellos dos. Sentí cómo Lucas se inclinaba ligeramente hacia mí, bajando el tono de voz en un susurro divertido.

—Creo que acabamos de perder el protagonismo en nuestra propia conversación.

Solté una carcajada espontánea, sintiéndome relajada por primera vez desde que había comenzado la fiesta.

—Pues no sé tú, pero a mí me parece perfecto —respondí con humor—. Menos presión para nosotros.

Lucas sonrió ampliamente, más cómodo que nunca. Por un momento, nos quedamos mirándonos fijamente, ignorando sin querer todo lo que ocurría alrededor.

—¡Eh, vosotros dos! —interrumpió Laura desde el mostrador, con tono burlón—. Si ya habéis terminado vuestro momento privado, ¿os importaría ayudarme con las bebidas? Aquí hay mucha gente esperando.

Sentí cómo me ruborizaba ligeramente, mientras Lucas reía divertido ante el comentario de Laura.

—Claro, ya vamos —respondí rápidamente, recuperando la compostura.

Lucas volvió a mirarme con complicidad antes de seguir a Álex, quien ya conversaba animadamente con Raquel y otros invitados.

Suspiré suavemente, con el corazón acelerado, consciente de que la inauguración estaba siendo mucho más que un simple comienzo empresarial. Parecía que Barcelona había decidido complicarme la vida justo en el momento perfecto.

Y lo más sorprendente de todo era que no podía sentirme más encantada por ello.

A medida que avanzaba la tarde, la inauguración se desarrollaba aún mejor de lo que había imaginado. Desde detrás del mostrador, veía cómo todos conversaban animadamente, disfrutando de los cupcakes y del ambiente cálido y acogedor que había conseguido crear. Laura, desde el otro extremo del local, intercambiaba bromas con los clientes y atendía pedidos con una soltura impresionante, como si llevara años trabajando conmigo. Definitivamente había acertado con ella.

En una de esas rápidas miradas que lancé por encima del mostrador, descubrí a Álex y Raquel sentados juntos en una esquina, claramente enfrascados en una conversación mucho más profunda e interesante de lo esperado entre dos personas que acababan de conocerse. Sonreí divertida, pensando que aquel encuentro casual podía convertirse fácilmente en algo más. La complicidad que irradiaban era evidente incluso desde lejos.

—¿Qué te parece? Parece que la inauguración está siendo un éxito —dijo Lucas, acercándose a mí con naturalidad y apoyándose suavemente en el mostrador, rompiendo así mis pensamientos sobre Raquel y Álex.

—Pues sí, mucho mejor de lo que esperaba, la verdad —respondí con sinceridad, sintiendo cómo la cercanía de Lucas me ponía algo

nerviosa, aunque intenté disimularlo lo mejor posible—. ¿Y tú qué opinas? ¿Te estás arrepintiendo ya de haber venido?

Lucas rio suavemente, negando con calma.

—Al contrario. Creo que venir aquí ha sido una de mis mejores decisiones últimamente. Y eso que, como ya sabes, no soy precisamente fan de lo dulce.

Alcé ligeramente una ceja, divertida por su comentario, y decidí desafiarlo un poco.

—Entonces, ¿por qué no me dejas demostrarte lo equivocado que estás? —le dije, cogiendo rápidamente uno de los cupcakes de chocolate y colocándolo frente a él con una sonrisa traviesa.

Lucas me miró con fingido dramatismo, suspirando de forma exagerada.

—Veo que no vas a rendirte fácilmente.

—En absoluto. Ya deberías saber que soy muy cabezota cuando me propongo algo —respondí con seguridad, sin apartar mi mirada de la suya.

Durante unos segundos mantuvimos esa pequeña batalla de miradas silenciosas, hasta que Lucas finalmente cedió, cogiendo el cupcake y probándolo con una expresión que simulaba mucho sufrimiento.

—¿Y bien? —pregunté con expectación, incapaz de ocultar mi sonrisa.

Él se tomó unos segundos, claramente exagerados, antes de asentir lentamente y sonreír.

—Vale, reconozco que está bueno. Muy bueno, de hecho. No puedo creer que esté diciendo esto.

No pude evitar soltar una pequeña carcajada de triunfo, observando con diversión cómo Lucas fingía resignación ante su inesperada derrota.

—¿Ves? Te dije que terminarías cediendo.

Lucas dejó escapar una risa natural y cálida, y por un instante sentí que estábamos solos en medio del bullicio del local. Mi pulso se

aceleró ligeramente al darme cuenta de lo cómoda y natural que me sentía en su presencia.

—Eres peligrosa, Marta —dijo él con suavidad, bajando un poco la voz, creando un pequeño momento íntimo entre nosotros—. Creo que estás a punto de desmontar todos mis principios sobre los postres y el azúcar.

—Si lo único que voy a desmontar son tus principios culinarios, puedo vivir con eso —respondí sonriendo, notando cómo el ambiente entre nosotros se volvía más cálido e íntimo.

En ese preciso instante, Álex y Raquel se acercaron a nosotros con grandes sonrisas en el rostro, interrumpiendo suavemente nuestro pequeño momento privado.

—Marta, este lugar es increíble —dijo Álex con auténtico entusiasmo—. Espero que estés preparada, porque pienso convertirme en cliente habitual.

—Será un placer tenerte por aquí —respondí, agradecida y contenta por la sinceridad en sus palabras.

Raquel, a su lado, me miró con complicidad mientras apoyaba ligeramente su brazo sobre el hombro de Álex, en un gesto amistoso pero claramente cercano.

—Espero que hayas hecho suficientes cupcakes para estos dos, Marta —comentó Raquel señalando a Lucas y Álex—, porque me da la sensación de que van a venir muy a menudo.

Todos reímos suavemente ante su comentario, y mientras volvían a su mesa, Lucas me lanzó una última sonrisa llena de significado que me dejó ligeramente desconcertada.

Suspiré con suavidad mientras observaba cómo los invitados disfrutaban de la tarde. La inauguración estaba siendo perfecta, pero sobre todo, la presencia de Lucas empezaba a convertirse en algo más que una simple anécdota de bienvenida.

Quizás Raquel tenía razón. Quizás aquello era solo el comienzo de algo que ni siquiera había imaginado todavía.

La tarde fue avanzando, y poco a poco los invitados comenzaron a despedirse, felicitándome con sinceridad por el local y prometiendo

regresar pronto. Laura, satisfecha por cómo había transcurrido la jornada, fue la primera en marcharse, no sin antes lanzarme un gesto triunfal desde la puerta. Raquel y Álex, aún enfrascados en una conversación animada, decidieron continuar la velada en algún bar cercano, excusándose entre risas y miradas cómplices.

Cuando el local finalmente se quedó vacío, comencé a recoger y organizar todo lo que había quedado disperso después de la fiesta. Apenas había colocado un par de sillas en su sitio cuando sentí la presencia familiar de Lucas detrás de mí, ayudando en silencio a colocar mesas y ordenar los últimos detalles.

—No hace falta que te quedes, Lucas. Ya has hecho bastante por hoy —le dije con una sonrisa agradecida, mientras terminaba de limpiar una de las mesas.

Él me devolvió una sonrisa tranquila, encogiéndose suavemente de hombros.

—No es ninguna molestia. Además, es lo mínimo que puedo hacer después de rendirme ante tus cupcakes.

Reí suavemente, levantando las manos en un gesto de inocencia fingida.

—Oye, tú mismo lo has reconocido. Yo solo hice mi trabajo.

Lucas me observó con una expresión divertida y luego, mientras apilaba unas cajas vacías, se volvió hacia mí con un tono más suave y relajado.

—En serio, Marta, enhorabuena. Ha sido un día fantástico. Has conseguido algo muy especial aquí, y eso no es nada fácil.

Sentí una agradable calidez ante sus palabras sinceras, y asentí despacio, sintiendo por primera vez desde que llegué a Barcelona que todo estaba encajando en su lugar.

—Gracias, Lucas. De verdad. Significa mucho viniendo de ti.

Nos quedamos un instante en silencio, terminando juntos de colocar las últimas cosas en orden. Cuando por fin todo estuvo recogido, Lucas se quedó observando el local en silencio, pensativo y sereno, con las manos en los bolsillos y una sonrisa relajada.

—¿Sabes? —dijo de repente, girándose hacia mí con naturalidad —. Creo que nunca llegué a preguntarte por qué decidiste mudarte a Barcelona. Imagino que esto era parte de la razón, pero ¿qué más hay detrás de todo esto?

Lo miré por unos segundos antes de responder, valorando cómo explicar exactamente lo que sentía.

—Supongo que buscaba un cambio. Quería crear algo propio, algo mío de verdad. Llevaba años soñando con tener un negocio así, pero siempre encontraba razones para no hacerlo. Hasta que un día, simplemente decidí que era el momento.

Lucas asintió lentamente, comprendiéndome con facilidad.

—Te entiendo perfectamente. A veces hay que arriesgarse y dejar atrás todo para encontrar lo que realmente nos llena. Y creo que has acertado plenamente.

Sonreí con calma, observando cómo el último rayo de sol entraba suavemente por la ventana, creando un ambiente relajado entre los dos.

—¿Y tú? —pregunté suavemente, con auténtico interés—. ¿Siempre has vivido en Barcelona?

Lucas negó despacio, apoyándose suavemente contra el mostrador.

—No, llegué aquí hace unos años, después de pasar demasiado tiempo dando vueltas y sin tener claro qué quería hacer con mi vida. Barcelona fue como una especie de refugio, un lugar donde empezar de nuevo.

—¿Y ahora sientes que ya lo has encontrado? —pregunté con curiosidad genuina.

Él me miró directamente a los ojos, con una sonrisa cálida y algo misteriosa.

—Creo que estoy más cerca que nunca.

Sus palabras quedaron flotando suavemente en el aire entre nosotros, cargadas de un significado que ninguno necesitaba aclarar. Por un instante, ambos fuimos conscientes del momento especial que se había creado allí, en aquella cafetería vacía y silenciosa.

Finalmente, Lucas se separó del mostrador con naturalidad, avanzando hacia la puerta con calma.

—Bueno, creo que debería dejarte descansar. Ha sido un día muy largo.

—Sí, supongo que ambos lo necesitamos —respondí, aunque por alguna razón no quería que se fuera todavía.

Lucas pareció captar mi indecisión, porque antes de marcharse, se giró una última vez hacia mí desde la puerta, con una sonrisa más profunda y sincera que nunca.

—Por cierto, Marta, creo que a partir de ahora tendré que venir a menudo. Al fin y al cabo, tengo que seguir probando el resto de tus cupcakes.

Solté una carcajada suave, sintiendo una alegría sencilla y auténtica.

—Sabes perfectamente que aquí siempre serás bienvenido, aunque finjas que vienes solo por obligación.

Él rio suavemente, negando con la cabeza mientras salía del local.

—Nos vemos pronto, Marta.

—Nos vemos pronto, Lucas.

La puerta se cerró suavemente tras él, y me quedé sola en el silencio agradable de la cafetería. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba justo donde quería estar.

Y lo mejor de todo era la certeza de que aquello era solo el comienzo.

CAPÍTULO 5 – PROBLEMAS DOMÉSTICOS

La inauguración había sido un éxito absoluto y mi cafetería comenzaba a tomar forma como ese lugar acogedor con el que había soñado tantas veces. Había recibido tantas visitas en los últimos días que apenas había tenido tiempo para nada más que trabajar y dormir. Por eso, cuando finalmente llegó mi ansiado día libre, decidí dedicarme exclusivamente a descansar y organizar mi apartamento, que ya estaba necesitando una buena puesta al día después de tanto ajetreo.

Lo que no esperaba en absoluto era despertar esa mañana con un charco considerable de agua cubriendo el suelo de la cocina. Durante varios segundos, me quedé mirando incrédula la escena que tenía delante, intentando comprender qué había ocurrido exactamente. Tras reaccionar, avancé rápidamente hacia el grifo, comprobando desesperada que, por mucho que intentaba cerrarlo, el agua continuaba goteando con insistencia.

—Esto no puede estar pasándome justo hoy… —murmuré frustrada, mientras cogía varias toallas del armario para intentar controlar la inundación improvisada en la cocina.

Durante varios minutos traté de resolver la situación, tocando sin mucho conocimiento cada pieza del fregadero, pero solo conseguí empaparme más y terminar completamente frustrada. Finalmente, aceptando mi absoluta derrota en temas de fontanería básica, suspiré resignada, consciente de que necesitaba ayuda externa urgentemente.

Y sabía perfectamente a quién acudir.

Con cierto cansancio y bastante resignación, crucé rápidamente el pasillo hacia la puerta de Lucas. Me quedé unos segundos frente a

su puerta, respirando profundamente antes de llamar, preparándome mentalmente para su probable expresión divertida al verme aparecer así, despeinada, frustrada y probablemente mojada de arriba a abajo.

Llamé con suavidad, y en apenas unos segundos, Lucas abrió la puerta vestido con ropa deportiva, una toalla al hombro y cara de sorpresa al verme allí plantada, con expresión claramente desesperada.

—Marta, buenos días —saludó con amabilidad, aunque inmediatamente notó mi estado—. ¿Va todo bien?

Intenté forzar una sonrisa digna, aunque probablemente conseguí más bien un gesto desesperado.

—Lucas, necesito urgentemente tu ayuda. Tengo una especie de… inundación en mi cocina, y creo que mi grifo está intentando arruinarme el día libre.

Lucas soltó una risa breve y divertida, claramente sorprendido pero también intrigado por mi peculiar petición de ayuda.

—¿Una inundación, dices? Eso suena preocupante.

—Lo es. Llevo media hora intentando detenerla, pero solo he conseguido que parezca aún más dramático —confesé con resignación—. Sé que esto es mucho pedir, pero ¿tienes un momento?

Él negó suavemente, restando importancia, con una sonrisa relajada y amable.

—Por supuesto que sí. Dame un minuto para cambiarme y voy contigo.

Suspiré de alivio mientras lo veía desaparecer dentro de su apartamento. Apenas dos minutos más tarde salió de nuevo, esta vez armado con una pequeña caja de herramientas y una expresión decidida que me hizo sentir inmediatamente más tranquila.

—Vale, vamos a ver qué podemos hacer con esa inundación —dijo con seguridad, indicándome con un gesto que abriera el paso.

Mientras caminábamos juntos hacia mi apartamento, no pude evitar observar cómo la situación empezaba a parecerme incluso

divertida. Definitivamente, Barcelona se empeñaba en demostrarme que los días tranquilos, al menos en mi caso, eran algo que no existía en absoluto.

Cuando entramos en mi apartamento, la situación era incluso peor que cuando me marché a pedir ayuda. Lucas observó el panorama con una mezcla de sorpresa y diversión, conteniendo una carcajada al ver el suelo lleno de toallas mojadas que apenas cumplían su función.

—Veo que te has tomado en serio lo de controlar la inundación —comentó con una sonrisa irónica mientras caminaba hacia el fregadero para examinarlo.

—Hice lo que pude —respondí, intentando sonar convincente—. Pero admito que mis habilidades de fontanería son prácticamente inexistentes.

Lucas dejó la caja de herramientas sobre la encimera y se agachó para examinar con atención las tuberías bajo el fregadero. Me incliné ligeramente sobre él, intentando entender qué estaba haciendo exactamente, pero todo aquello me parecía ciencia ficción.

—Bueno, no parece nada demasiado grave —comentó Lucas desde debajo del fregadero, mientras manipulaba algo que no alcancé a ver—. Creo que simplemente tienes una junta suelta. Nada demasiado dramático.

—Me alegra oír eso, aunque espero que la solución no implique que tenga que mudarme a otra casa —bromeé, intentando aliviar la tensión de la situación.

Lucas rio suavemente desde su incómoda posición bajo el fregadero y, después de algunos segundos más de inspección, me pidió con naturalidad:

—¿Puedes pasarme la llave inglesa que está en la caja?

Miré con cierto desconcierto la caja de herramientas, donde había varias piezas extrañas que no reconocía del todo.

—Claro, la llave inglesa… que es… exactamente… —balbuceé, claramente perdida.

Lucas salió ligeramente de debajo del fregadero, observándome con una sonrisa divertida mientras señalaba una herramienta concreta en la caja.

—Esa, Marta. La que parece una pinza grande y plateada.

—Ah, claro, esa llave inglesa —respondí fingiendo dignidad, entregándosela rápidamente—. Ya sabía yo.

—Por supuesto que lo sabías —replicó él con un sarcasmo amistoso mientras volvía a sumergirse bajo el fregadero—. ¿Y cómo has sobrevivido hasta ahora sin dominar estos conceptos básicos?

—Tengo otras habilidades muy útiles, gracias por preguntar —contesté fingiendo indignación, aunque sin poder evitar sonreír ligeramente—. Por ejemplo, soy muy buena cocinando postres.

Lucas soltó una risa suave y relajada desde su posición incómoda bajo el mueble, antes de añadir con tono burlón:

—Cierto, y debo admitir que es una habilidad mucho más importante que la fontanería básica. Aunque si dependieras de eso para sobrevivir, tendrías serios problemas.

—Te recuerdo que eres tú el que está tumbado debajo de mi fregadero ahora mismo —respondí divertida—. Así que en cierto modo, yo también tengo mis métodos para resolver estas situaciones.

Lucas asomó brevemente la cabeza, mirándome desde abajo con fingida resignación.

—Tienes razón, me has atrapado. He caído en tu trampa perfectamente planeada para obligarme a hacer reparaciones domésticas.

Reí con naturalidad, sintiéndome muy cómoda con aquel intercambio de bromas que parecía haberse vuelto habitual entre nosotros.

Tras varios minutos más de ruidos metálicos y pequeños murmullos de concentración por parte de Lucas, finalmente salió victorioso de debajo del fregadero, mostrando con orgullo un pequeño trozo de plástico roto.

—Aquí está la culpable —anunció con satisfacción—. La famosa junta. Habrá que reemplazarla, pero temporalmente debería aguantar.

Observé la pieza sin mucho interés, más centrada en la divertida imagen de Lucas despeinado y ligeramente manchado de agua en varias partes de su camiseta.

—Eres oficialmente mi héroe doméstico —comenté con exagerada solemnidad.

Lucas negó divertido mientras guardaba la herramienta en la caja, limpiándose las manos en una de las toallas que aún permanecían sobre el suelo mojado.

—Me alegra ser útil para algo más que para probar cupcakes —comentó con ironía.

—Oh, créeme, no subestimes tu talento para probar cupcakes. Es una habilidad vital —respondí, acercándome para ayudarle a recoger algunas toallas mojadas del suelo.

Nos miramos un segundo en silencio, con una sonrisa compartida que reflejaba perfectamente la complicidad natural que había nacido entre nosotros. Sin decir nada más, comenzamos a limpiar juntos el desastre que había quedado en la cocina, disfrutando de aquella extraña sensación de cercanía que se había generado a partir de un pequeño caos doméstico.

Lucas siguió revisando bajo el fregadero durante unos minutos más, esta vez con movimientos mucho más cautelosos, probablemente intentando evitar otro desastre improvisado. Desde mi posición, recostada contra la encimera, no pude evitar observar con atención su manera de concentrarse, la seguridad tranquila con la que parecía enfrentarse a todo, incluso a un simple grifo rebelde.

Finalmente, se incorporó de nuevo, con un gesto que mezclaba satisfacción y cautela.

—Vale, Marta. Creo que esta vez sí. Debería funcionar sin ducharnos otra vez por sorpresa.

Lo miré con fingida duda mientras abría lentamente el grifo, preparada para cualquier cosa que pudiera ocurrir. Afortunadamente,

esta vez el agua salió con normalidad, cayendo limpiamente sobre el fregadero, sin ninguna salpicadura inesperada.

—Parece que finalmente lo has conseguido —comenté con una sonrisa agradecida y sincera—. Creo que acabas de salvarme el día libre.

Lucas sonrió satisfecho, terminando de secarse las manos con un paño limpio.

—Menos mal, empezaba a preocuparme la posibilidad de inundar todo el edificio. Y no creo que Doña Paquita estuviese demasiado contenta con eso.

Ambos reímos suavemente ante la imagen de la simpática vecina regañándonos en la puerta, y por unos segundos la atmósfera en la cocina se volvió más tranquila, cómoda, más cercana que nunca.

—En serio, gracias, Lucas. Te debo una grande por esto.

Él negó suavemente, encogiéndose de hombros con modestia natural.

—No es para tanto. Además, seguro que en algún momento seré yo quien necesite ayuda. Y ahora sé exactamente a quién acudir.

Me crucé de brazos divertida, alzando una ceja.

—¿Ah, sí? Espero que no sea nada relacionado con repostería, porque después de todo el esfuerzo que me ha costado convencerte, dudo que pueda enseñarte a hacer algo decente.

Lucas soltó una carcajada breve y sincera, negando lentamente con la cabeza.

—Descuida, creo que prefiero mantenerme lejos de los hornos y las mezclas complicadas. Mejor dejo eso en tus manos, que está claro que se te da bien.

—Buena elección —respondí con naturalidad—. Cada uno debe dedicarse a lo suyo, está claro.

Nos quedamos un momento en silencio, terminando de recoger lo poco que había quedado desordenado después del incidente. Lucas echó un último vistazo alrededor, asegurándose de que todo estaba en orden antes de encaminarse tranquilamente hacia la puerta.

—Bueno, creo que ya puedo dejarte disfrutar tranquila del resto de tu día libre. Espero que no haya más emergencias domésticas, pero si las hay, ya sabes dónde estoy.

Asentí, sonriendo con auténtica calma.

—Lo tendré en cuenta. Gracias de nuevo, Lucas, de verdad.

Él me dirigió una última sonrisa amistosa, tranquila y agradable, antes de salir finalmente del apartamento, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Me quedé un instante en silencio, observando la cocina perfectamente seca y ordenada, pensando que, después de todo, quizás Barcelona no estaba siendo tan complicada conmigo como me había parecido al principio. O quizá simplemente estaba empezando a acostumbrarme a ella.

Fuera como fuese, algo tenía claro: el día libre había empezado mal, pero ahora mismo parecía mucho mejor. Y eso, en gran parte, se lo debía a Lucas.

CAPÍTULO 6 – CLIENTES Y RISAS

Aquella mañana, mientras colocaba con cuidado los últimos cupcakes en el mostrador, no podía imaginar que la calma habitual iba a durar menos de diez minutos. Desde la inauguración, la cafetería había empezado a ganar popularidad en el barrio, algo que agradecía enormemente, aunque nunca hubiera pensado que eso también implicaría atraer a clientes cada vez más… peculiares.

—Marta, prepárate, que hoy tenemos visita interesante —comentó Laura, asomándose desde la puerta con expresión entre divertida y preocupada.

La miré con curiosidad desde detrás del mostrador.

—¿Qué quieres decir con interesante?

Ella sonrió ligeramente y señaló con disimulo hacia la calle.

—Digamos que nuestro primer cliente del día acaba de llegar en bicicleta, lleva sombrero de copa y está estacionando justo delante de nuestra puerta. Si eso no es interesante, no sé qué puede serlo.

Parpadeé un par de veces, sin estar del todo segura de si Laura estaba exagerando. Pero entonces, antes de poder reaccionar, la puerta se abrió con fuerza y un hombre de unos cincuenta años, vestido con un elegante traje gris y efectivamente coronado con un llamativo sombrero de copa, entró en el local con una gran sonrisa, haciendo sonar una pequeña campanilla que llevaba en la mano.

—¡Muy buenos días, damas! —exclamó con voz profunda y teatral—. ¡He oído maravillas sobre este lugar y no podía esperar más para comprobarlo por mí mismo!

Laura me lanzó una rápida mirada divertida, pero enseguida asumió el control de la situación, caminando hacia él con total naturalidad y una sonrisa impecable.

—Buenos días, caballero. Bienvenido a nuestra cafetería. ¿Puedo ofrecerle una mesa?

—¡Oh, sí, claro que sí! —respondió con entusiasmo, quitándose el sombrero en una reverencia tan exagerada que casi rozó el suelo—. Por favor, lléveme a la mejor mesa que tenga. Hoy necesito inspiración, y este lugar me han dicho que es absolutamente inspirador.

Conteniendo la risa como pude, observé cómo Laura lo guiaba educadamente hacia una mesa junto a la ventana, mientras él no dejaba de comentar en voz alta la maravillosa decoración y el agradable aroma a cupcakes recién hechos.

En ese mismo instante, mientras intentaba recuperar mi concentración para seguir con mi trabajo, la puerta volvió a abrirse, esta vez dejando paso a una mujer bajita y enérgica con enormes gafas rojas, cargando una bolsa enorme de la que sobresalía un gato aparentemente adormilado.

—¡Por fin encuentro un lugar decente! —exclamó con una voz tan aguda que hizo girar la cabeza del hombre del sombrero inmediatamente—. ¿Admiten mascotas, verdad? Porque Pelusa no se separa de mí, jamás.

Respiré profundamente, sabiendo que la mañana iba a ser cualquier cosa menos tranquila. Consciente de que el caos apenas comenzaba, me preparé mentalmente para lo que venía a continuación, intentando no imaginar qué sería lo siguiente en atravesar aquella puerta.

La mujer de las gafas rojas, que ya había dejado a Pelusa cómodamente instalado sobre la mesa, estaba ahora discutiendo con Laura sobre los diferentes sabores de cupcakes con tal intensidad que parecía estar negociando un tratado internacional. Desde detrás del mostrador, observaba con fascinación cómo Laura lograba mantener la paciencia sin perder su característica ironía.

—¿Seguro que esos cupcakes no llevan gluten? —preguntaba la mujer, examinando uno con extrema desconfianza—. Es que Pelusa es muy sensible, y si toma gluten, la tarde puede acabar muy mal, créame.

—Le aseguro que son totalmente aptos para gatos sensibles —respondió Laura con absoluta seriedad—, aunque normalmente los hacemos pensando en humanos.

Mientras intentaba disimular mi risa, la puerta se abrió una vez más, esta vez dejando paso a un pequeño grupo de mujeres mayores que reconocí inmediatamente. Doña Paquita entró primero, con paso firme y sonrisa triunfal, seguida de cerca por otras tres señoras que observaban el local con evidente curiosidad.

—¡Buenos días, Marta, querida! —saludó Paquita con entusiasmo, acercándose rápidamente al mostrador—. Traigo conmigo a mis amigas del club de lectura. Les he dicho que aquí haces los mejores cupcakes de toda Barcelona, así que no me hagas quedar mal, ¿eh?

Sonreí nerviosamente mientras observaba cómo el grupo de señoras comenzaba a inspeccionar cada rincón del local con comentarios que, aunque en voz baja, se escuchaban claramente por toda la cafetería.

—Qué sitio tan coqueto, Paquita —comentaba una de ellas, examinando la decoración con aprobación crítica—. Aunque yo habría puesto otras cortinas, estas son algo modernas para mi gusto.

—Pues a mí me gustan —respondió otra—. Lo que pasa es que a ti cualquier cosa que no sea del siglo pasado te parece moderno.

Antes de poder reaccionar, escuché un fuerte golpe seguido de un breve grito proveniente del otro extremo del local. Al girarme alarmada, descubrí al hombre del sombrero, ahora sin sombrero y con la campanilla en el suelo, mirando consternado cómo Pelusa había saltado de la mesa de su dueña directamente sobre sus piernas.

—¡Señora! ¿Podría usted controlar a su mascota? —protestó él con tono dramático, tratando sin éxito de apartar al gato de su regazo.

—¡Pelusa! —gritó alarmada la mujer de gafas rojas—. ¡Disculpe, caballero, es que está nervioso con tanta gente desconocida!

Laura corrió a socorrer la escena mientras yo trataba de calmar a Doña Paquita y sus amigas, que habían decidido colocarse estratégicamente cerca del mostrador para observar mejor el espectáculo improvisado.

—Esto es mejor que el último libro que leímos —comentó Paquita alegremente, disfrutando claramente del caos—. ¿Verdad que sí, Marta?

Suspiré suavemente, consciente de que, por mucho que intentara mantener el orden, aquella mañana la cafetería parecía decidida a regalarme situaciones que ningún manual de negocio habría podido anticipar. Justo cuando creí que ya no podía complicarse más la situación, la puerta volvió a abrirse, y al ver quién entraba en ese instante exacto, supe que la diversión apenas comenzaba.

Lucas entró en la cafetería justo cuando Pelusa finalmente saltaba del regazo del hombre del sombrero, lanzando al suelo la campanilla, que rodó lentamente hasta detenerse junto a sus pies. Él se agachó con expresión confusa, recogió el pequeño objeto metálico y miró alrededor con una mezcla evidente de asombro y desconcierto.

—Marta, ¿es normal que tus clientes pierdan campanillas y gatos por el local? —preguntó Lucas con una sonrisa divertida, acercándose lentamente al mostrador mientras contemplaba la escena frente a él.

—Hoy parece que sí —respondí, intentando mantener cierta dignidad mientras recogía rápidamente varios cupcakes que habían acabado en el suelo durante el incidente—. No sé qué pasa exactamente, pero creo que el barrio entero ha decidido venir a visitarnos esta mañana.

Lucas rio suavemente mientras observaba con curiosidad cómo Laura lograba finalmente calmar al hombre del sombrero y devolverle el sombrero de copa intacto. Por su parte, la mujer de las gafas rojas abrazaba a Pelusa disculpándose repetidamente, claramente avergonzada por el incidente.

Doña Paquita, ajena por completo al caos que reinaba a su alrededor, saludó a Lucas alegremente desde su mesa:

—¡Lucas, hijo, qué alegría verte por aquí! ¿Has venido a rescatar a Marta del desastre o a unirte a la diversión?

Lucas sonrió con calma, lanzándome una mirada llena de humor antes de contestar:

—Un poco de ambas cosas, Doña Paquita. Aunque creo que Marta lo está llevando bastante bien.

—¡Eso es porque no has visto el principio! —intervino una de las amigas de Paquita con entusiasmo—. Esto ha sido mejor que una obra de teatro, joven. Deberían cobrar entrada.

Suspiré suavemente mientras Lucas soltaba una carcajada divertida, claramente disfrutando mucho más de la situación de lo que yo esperaba.

—En fin, ¿qué puedo ofrecerte? —le pregunté finalmente, intentando recuperar algo de profesionalidad.

Lucas pareció pensarlo unos segundos, observando cuidadosamente los diferentes cupcakes expuestos en el mostrador.

—Sorpréndeme —respondió finalmente con una media sonrisa—. Creo que hoy es el día perfecto para arriesgarse.

Asentí ligeramente mientras le preparaba uno de los cupcakes especiales del día, tratando de no prestar demasiada atención a cómo mis manos temblaban ligeramente al servirlo en un plato.

—Aquí tienes. Espero que no te arrepientas de tu decisión —le dije con falsa seriedad.

Lucas tomó el cupcake y lo probó despacio, asintiendo con aprobación evidente.

—No lo hago. Definitivamente, hoy arriesgarse ha valido la pena.

Lo miré unos segundos, incapaz de ocultar la sonrisa que comenzaba a formarse en mis labios. Justo entonces, una nueva carcajada general en la cafetería nos hizo girarnos rápidamente: el hombre del sombrero de copa se había levantado y, tras volver a colocarse el sombrero, hacía una nueva reverencia teatral,

anunciando en voz alta que volvería pronto, trayendo consigo a más amigos igual de peculiares.

Lucas me miró con complicidad y encogió ligeramente los hombros, claramente resignado y divertido al mismo tiempo.

—Bueno, Marta, parece que tu cafetería ha encontrado su público ideal.

Suspiré con suavidad, sonriendo finalmente mientras observaba la escena con calma. Tenía razón: aquel barrio, con todos sus personajes peculiares y situaciones inesperadas, empezaba a parecer cada vez más el lugar perfecto en el que había decidido quedarme. Aunque, sinceramente, esperaba que no todos los días fueran exactamente así.

CAPÍTULO 7 – FIESTA EN LA AZOTEA

Estaba frente al espejo, mirando mi reflejo con una mezcla incómoda de indecisión y ansiedad. Había aceptado la invitación de Lucas a la fiesta que organizaría esa misma noche en la azotea del edificio, pero ahora, con el momento de salir tan cerca, comenzaba a arrepentirme de mi decisión. No se trataba solo de que apenas conociese a los amigos de Lucas; algo más profundo me provocaba aquella extraña sensación de inquietud que parecía aumentar minuto a minuto.

Justo en ese instante, como si intuyera mis dudas internas, Raquel entró en mi habitación con su acostumbrada energía, sosteniendo en una mano una botella de vino y, en la otra, dos copas que tintineaban alegremente al ritmo de sus pasos.

—¿Todavía así? —preguntó mirándome de arriba abajo con cara de desesperación—. Marta, no pensarás quedarte encerrada otra vez en casa, ¿no?

Suspiré con resignación, incapaz de mentirle mientras ella servía con agilidad las copas sobre mi escritorio, lanzándome una mirada reprobatoria.

—Solo estaba reconsiderando si ir era realmente buena idea. No conozco a casi nadie, Raquel. ¿Qué pinto yo en esa fiesta?

Raquel rodó los ojos dramáticamente antes de acercarse y poner en mis manos una de las copas, chocando suavemente la suya contra la mía.

—Pintas que eres la vecina preferida del anfitrión, y que yo ya tengo demasiado interés puesto en cómo evoluciona esto. Además, necesitas salir de aquí de vez en cuando, que la vida no es solo cupcakes y facturas —añadió con su habitual tono burlón.

Sonreí sin poder evitarlo, reconociendo que ella siempre sabía exactamente cómo vencer mis resistencias. Tomé un pequeño sorbo

del vino frío, notando cómo comenzaba a relajarme ligeramente.

Media hora después, Raquel había encontrado milagrosamente algo decente para mí en el fondo de mi armario: un vestido sencillo azul oscuro que resaltaba discretamente mis curvas sin ser excesivamente llamativo. Al verme finalmente lista, me lanzó un guiño cómplice.

—Ahora sí, Marta. Esta noche Lucas va a llevarse una sorpresa muy agradable.

Sentí que mis mejillas enrojecían ligeramente ante su comentario, aunque traté de aparentar indiferencia mientras salíamos hacia las escaleras que subían hasta la azotea.

Al abrir la puerta metálica que daba al exterior, ambas nos quedamos momentáneamente quietas, sorprendidas por el ambiente cuidadosamente preparado. Lucas había transformado completamente aquel espacio anodino en un lugar lleno de encanto: pequeñas luces colgaban entre las paredes, formando un cielo de estrellas artificiales que brillaban suavemente en la penumbra, mientras varias mesas bajas con velas y cojines invitaban a sentarse cómodamente y disfrutar de la vista espectacular de Barcelona iluminada.

—Esto es increíble —comenté en voz baja, impresionada y algo nerviosa ante la belleza inesperada de aquel lugar.

—Sabía que Lucas tenía potencial, pero no tanto —bromeó Raquel divertida—. Te dije que valdría la pena venir.

Antes de que pudiera responder, Lucas se percató de nuestra llegada y avanzó rápidamente hacia nosotras. Al verlo acercarse con aquella sonrisa amplia y genuina, sentí que una pequeña oleada de calor subía por mi pecho.

—Por fin has venido, Marta —dijo, mirándome fijamente con una alegría tan sincera que hizo que me olvidara inmediatamente de todas mis dudas anteriores—. Confieso que empezaba a pensar que te ibas a esconder en tu apartamento toda la noche.

—Créeme, lo consideré muy seriamente —respondí con una sonrisa irónica—, pero Raquel supo hacerme cambiar de opinión.

—Gracias por eso, Raquel —le dijo Lucas lanzándole una mirada divertida y agradecida—. La fiesta no sería lo mismo sin vosotras.

Raquel sonrió satisfecha y, con rapidez estratégica, nos dejó solos para ir en busca de Álex, que la saludaba desde lejos. Lucas me ofreció una copa, y mientras aceptaba el gesto amable y caminaba junto a él hacia el resto de los invitados, noté cómo la ansiedad inicial iba desapareciendo lentamente, dejando paso a una curiosidad creciente sobre lo que aquella noche podría traer consigo.

Lucas me presentó a algunos de sus amigos, la mayoría compañeros de profesión relacionados con el diseño gráfico y la publicidad. Al principio sentí cierta incomodidad tratando de encajar en conversaciones que giraban sobre temas de los que apenas sabía nada, pero enseguida descubrí que eran personas abiertas y agradables. Poco a poco, y sin darme cuenta, me vi inmersa en charlas desenfadadas sobre películas, series e incluso sobre las mejores zonas para salir por Barcelona.

Desde mi lugar junto a una pequeña mesa improvisada con copas y aperitivos, observaba cómo Lucas se movía con naturalidad entre sus invitados, asegurándose en todo momento de que todo el mundo estuviera cómodo y atendido. Había algo en la forma en que sonreía y escuchaba a cada persona, algo genuino y sin pretensiones que captaba mi atención más de lo que hubiese querido reconocer.

—¿Así que tú eres la famosa Marta? —preguntó una chica pelirroja y simpática llamada Sonia, acercándose con curiosidad y una sonrisa cálida—. Lucas lleva semanas hablándonos de una nueva vecina que hace cupcakes espectaculares. Creo que ya te has hecho famosa en nuestro círculo.

Solté una carcajada breve, negando ligeramente con la cabeza mientras sentía cómo mis mejillas se encendían un poco.

—Bueno, no creo que sean tan espectaculares. Pero Lucas sí ha venido varias veces a probarlos, aunque al principio tuve que insistir bastante —respondí divertida, notando cómo él desde lejos nos observaba con una sonrisa disimulada.

—Créeme, si Lucas repite algo más de una vez es porque realmente le gusta. No es precisamente un tipo fácil de convencer —añadió Sonia, con una complicidad divertida en la voz.

Intenté no darle demasiada importancia a sus palabras, pero no pude evitar echar otro rápido vistazo en dirección a Lucas, que ahora charlaba animadamente con Álex y Raquel, aparentemente ajeno a nuestra conversación. Era imposible negar la naturalidad con la que él y Álex se habían integrado en nuestras vidas en tan poco tiempo.

En un momento determinado, la música de fondo que había estado sonando suavemente cambió a algo más animado, y alguien sugirió entre risas improvisar una pequeña pista de baile. Sin pensárselo dos veces, Raquel y Álex fueron los primeros en ponerse en pie, demostrando que tenían tanta química bailando como conversando. Rápidamente otras parejas comenzaron a unirse, creando un ambiente festivo y relajado que contagiaba a todo el mundo.

—¡Venga, Marta, no te quedes ahí sola! —me animó Raquel desde la improvisada pista de baile, tirando suavemente de mi mano.

Me resistí ligeramente al principio, pero finalmente cedí, uniéndome a ellos entre risas y sintiendo cómo el ambiente divertido me ayudaba a soltarme por completo. Álex pronto arrastró a Lucas hasta nosotros, y en cuestión de segundos estábamos todos moviéndonos torpemente al ritmo de la música, completamente despreocupados de lo ridículo que probablemente parecía desde fuera.

Durante unos instantes conseguí olvidarme de todas mis inseguridades, dejándome llevar por la alegría sencilla del momento. Lucas bailaba justo a mi lado, intercambiando miradas y risas cada vez que alguno de nosotros hacía un movimiento especialmente torpe o exagerado. En esos minutos, sentí que toda la tensión que pudiera haber existido entre nosotros en días anteriores se disipaba con facilidad, reemplazada por una cercanía sencilla y natural que no había experimentado con él hasta ahora.

Cuando finalmente la canción terminó, todos estábamos riendo y jadeando ligeramente por el esfuerzo improvisado. Lucas apoyó suavemente una mano sobre mi hombro mientras recuperaba el aliento, dedicándome una sonrisa sincera.

—No tenía ni idea de que escondieras estos talentos, Marta —bromeó con suavidad—. Definitivamente, nunca dejas de sorprenderme.

Lo miré con diversión, tratando de ocultar lo mucho que sus palabras conseguían afectarme, y negué fingiendo modestia.

—Bueno, supongo que siempre tengo algo nuevo guardado para ocasiones especiales.

Él alzó ligeramente una ceja, con una expresión divertida y algo misteriosa que hizo que el corazón me latiera más rápido, aunque traté de no darle demasiada importancia. Justo en ese momento, Raquel rompió el breve instante de tensión acercándose rápidamente hacia nosotros con expresión traviesa, claramente preparada para proponer algo que, según intuía, podría complicarnos la noche un poco más.

Raquel llegó hasta nosotros con expresión claramente divertida, sujetando entre las manos un bol lleno de pequeños papeles doblados. Me lanzó una mirada traviesa y alzó ligeramente el bol, mostrándolo como si fuese un tesoro.

—Chicos, atención todos —dijo alzando la voz, captando inmediatamente el interés general—. Álex y yo hemos preparado algo para animar un poco más la fiesta. Vamos a jugar a "Verdad o reto", pero con unas reglas especiales.

Un murmullo de risas y curiosidad recorrió inmediatamente el grupo de invitados, mientras algunos se acercaban interesados en participar.

—Cada papel tiene una verdad o un reto escrito —continuó Raquel con emoción—. Si alguien se niega a cumplir lo que le toque, tendrá que beber dos chupitos como castigo.

La propuesta provocó risas entre los asistentes, y Lucas me dirigió una mirada divertida mientras susurraba suavemente:

—Creo que Raquel tiene demasiado tiempo libre últimamente.

Sonreí ligeramente, aunque una pequeña parte de mí se preguntaba con cierta inquietud qué tipo de "verdades o retos" habrían inventado Álex y Raquel. Antes de poder siquiera planteármelo, Raquel ya estaba agitando el bol delante de mí con impaciencia.

—Empieza Marta, que la veo demasiado tranquila —dijo con tono burlón, mientras varias personas asentían animándome entre risas.

Sin mucha opción de negarme, cogí uno de los papeles y lo desplegué lentamente, notando cómo Lucas observaba atentamente mi reacción.

—A ver, Marta —dijo Raquel expectante—, ¿qué te ha tocado?

Sentí mis mejillas encenderse ligeramente al leer lo que ponía en el papel.

—"Confiesa algo que nunca le hayas contado a nadie" —leí en voz alta con cierta incomodidad.

El grupo reaccionó con un murmullo divertido, y Raquel arqueó una ceja con una sonrisa intrigada, mientras Lucas parecía observarme con interés aún más intenso que antes. Respiré profundamente tratando de pensar rápidamente en algo inofensivo pero creíble.

—Está bien… —comencé lentamente—. Cuando tenía quince años, me escapé una noche por la ventana de mi habitación para ir a un concierto. Mi madre jamás lo supo.

Una carcajada general estalló entre los invitados, relajando ligeramente el ambiente. Lucas sonrió con diversión y cierta sorpresa, mientras Raquel fingía decepción.

—No ha estado mal, Marta, pero esperaba algo más escandaloso —bromeó, antes de girarse hacia Lucas—. Ahora tú.

Lucas aceptó con calma y cogió otro papel del bol, leyéndolo en silencio antes de levantar la vista hacia mí con una expresión que me resultó imposible descifrar.

—"Besa a la persona que tengas justo enfrente" —anunció finalmente, mientras todos giraban inmediatamente la cabeza hacia

mí, provocando una carcajada generalizada que nos dejó a ambos en el centro de atención.

Intenté reaccionar con humor, aunque sentía cómo mi pulso se aceleraba bruscamente. Lucas también parecía algo sorprendido por la situación, aunque rápidamente intentó restarle importancia con un gesto desenfadado.

—Bueno, no queremos romper las reglas, ¿verdad? —comentó divertido, avanzando lentamente hacia mí entre las risas suaves del grupo.

En un intento por mantener la situación casual, me incliné ligeramente hacia él esperando un beso rápido y amistoso en la mejilla. Pero justo cuando Lucas iba a acercar sus labios a mi rostro, alguien empujó accidentalmente desde atrás, haciendo que nuestros labios se encontraran inesperadamente en un beso breve pero real que nos dejó paralizados a ambos.

Durante un par de segundos todo el mundo quedó en silencio, observándonos con evidente sorpresa y expectación, hasta que Raquel rompió la tensión con una carcajada exagerada, haciendo que todos se unieran a las risas generales.

Lucas se apartó lentamente con una sonrisa ligeramente apurada, mientras yo trataba de ocultar el rubor evidente de mis mejillas. Intentando disipar la incomodidad, Álex rápidamente cogió otro papel del bol y lo leyó en voz alta, desviando así la atención general hacia él y alejándola discretamente de nosotros.

Poco a poco, la fiesta recuperó su ritmo anterior, aunque yo no podía evitar lanzar discretas miradas a Lucas, preguntándome qué estaría pensando sobre aquel beso inesperado que acababa de ocurrir.

CAPÍTULO 8 – CONSEJOS DESAFORTUNADOS

Lucas estaba sentado frente a Álex en una pequeña cafetería cercana al edificio, dando vueltas distraídamente a la taza de café que se había enfriado hacía rato. Desde la fiesta en la azotea y aquel inesperado beso accidental con Marta, se sentía más perdido que nunca. Necesitaba desesperadamente un consejo y, aunque su instinto le había advertido que recurrir a Álex podía no ser precisamente la mejor idea, tampoco tenía muchas opciones. Al menos Álex siempre estaba disponible para escuchar.

—Entonces… a ver si lo he entendido bien —dijo Álex lentamente, inclinándose hacia delante con expresión seria pero con cierto brillo burlón en la mirada—. Le diste un beso accidental, ambos actuasteis como si no hubiera pasado nada, y ahora estás aquí sentado preguntándome cómo avanzar sin arruinar lo que ya tienes con ella, ¿correcto?

Lucas suspiró, frotándose la frente con frustración.

—Sí, básicamente es eso. No quiero arriesgar nuestra amistad, pero tampoco puedo seguir fingiendo que no siento algo por ella. Necesito hacer algo para aclarar esto, pero sin parecer desesperado o raro.

Álex lo observó fijamente durante unos segundos, tamborileando los dedos contra la mesa antes de sonreír lentamente, como si acabara de descubrir una verdad indiscutible.

—Bien, Lucas, esto es lo que harás: tienes que sorprenderla. A las mujeres les encantan los gestos inesperados y originales. Algo impactante que la deje sin palabras.

Lucas levantó ligeramente una ceja, sintiendo que quizás había cometido un error pidiéndole consejo.

—¿Impactante? ¿Qué tipo de gesto impactante tienes exactamente en mente, Álex?

—No sé, algo romántico pero fuera de lo común —contestó Álex con convicción creciente—. Por ejemplo, podrías contratar a un músico callejero para que cante bajo su ventana, o mejor aún, podrías aparecer en la cafetería disfrazado de algo divertido, como un cupcake gigante. ¡Sería memorable!

Lucas lo miró incrédulo, esperando que en cualquier momento su amigo se echara a reír y le dijera que todo había sido una broma. Pero Álex parecía absolutamente serio.

—¿Un cupcake gigante? —repitió lentamente, con creciente alarma—. Álex, ¿qué parte de "no parecer desesperado o raro" no has entendido?

Álex agitó la mano despreocupadamente, restándole importancia con un gesto seguro.

—Escucha, Lucas, lo aburrido nunca funciona. Créeme, lo que necesitas ahora mismo es romper completamente sus expectativas. Tienes que hacer algo que nadie más haría. Así demostrarás claramente lo especial que es para ti.

Lucas negó despacio, empezando a arrepentirse profundamente de haber recurrido a él para algo tan delicado.

—No lo sé, Álex. Tal vez eso sea demasiado...

—Confía en mí, Lucas —insistió Álex, interrumpiéndole con decisión—. Marta es una chica original. Un simple ramo de flores no va a impresionarla. Debes ir mucho más allá si quieres conquistarla realmente.

Lucas permaneció en silencio, sopesando con creciente inquietud las ideas que Álex parecía cada vez más convencido de que eran brillantes. Sin embargo, en el fondo de su mente, seguía habiendo una pequeña voz que le susurraba que aquello no podía acabar bien.

Lucas había pasado buena parte del día tratando de sacarse de la cabeza las peculiares sugerencias de Álex, convenciéndose a sí mismo de que no podía hacer algo tan absurdo como aparecer disfrazado de cupcake gigante en la cafetería. Sin embargo,

conforme las horas avanzaban, no pudo evitar reconsiderar algunas de las otras ideas, ligeramente menos disparatadas, aunque igualmente arriesgadas.

Finalmente, decidió optar por algo que le pareció medianamente razonable: llevar un detalle inesperado a Marta en la cafetería. Algo original, como había sugerido Álex, pero sin traspasar demasiado los límites del ridículo.

Así, a primera hora de la tarde, Lucas cruzó la puerta de mi cafetería con una caja decorada en la mano y una sonrisa nerviosa en el rostro. Al verlo entrar, sentí inmediatamente una mezcla de alegría y desconcierto. Era la primera vez que aparecía desde el beso accidental de la fiesta en la azotea, y por un instante no supe cómo reaccionar.

—Hola, Lucas —saludé con suavidad, tratando de aparentar naturalidad mientras dejaba la bandeja que estaba sujetando sobre el mostrador—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte —respondió él con una sonrisa que parecía esforzarse demasiado por ser natural—. Te he traído algo que creo que te gustará.

Antes de que pudiera reaccionar, Lucas extendió hacia mí la caja decorada, esperando con evidente ansiedad que la aceptara. La tomé lentamente entre mis manos, sintiendo cómo mi curiosidad crecía por momentos. Al abrirla, no pude evitar soltar una carcajada incrédula al descubrir lo que contenía en su interior.

—Lucas, ¿en serio? ¿Una taza con mi propia cara estampada? —pregunté, sacando cuidadosamente de la caja la extraña taza en la que mi rostro sonreía alegremente desde el centro—. ¿De dónde has sacado esto?

—¿No te gusta? —preguntó él preocupado, mirando la taza como si acabase de darse cuenta del absurdo regalo—. Álex me aseguró que sería algo original y gracioso.

—Original seguro que es —respondí, aún tratando de controlar la risa—, aunque debo admitir que jamás había imaginado beber café mirándome a mí misma.

Lucas pareció algo avergonzado mientras se frotaba nerviosamente la nuca, evidentemente consciente del pequeño desastre que acababa de ocurrir.

—Lo siento, Marta. Álex me dijo que necesitaba sorprenderte con algo poco convencional, pero ahora que lo pienso, quizás no fue la mejor idea del mundo.

—No te preocupes —le dije con suavidad, tocando brevemente su brazo para tranquilizarlo—. Es un detalle raro, sí, pero al menos has conseguido sacarme una sonrisa.

Justo en ese instante, la puerta volvió a abrirse y Doña Paquita entró en la cafetería acompañada por su inseparable grupo de amigas. Al verme con la taza en la mano, no tardó ni un segundo en acercarse con curiosidad.

—¡Pero qué taza tan original, Marta! ¿Te la has hecho tú misma? —preguntó con interés genuino, mientras sus amigas se acercaban rápidamente para observarla de cerca.

Lucas me miró brevemente con incomodidad, claramente sin saber qué responder, por lo que decidí intervenir rápidamente para evitar que la situación se complicara todavía más.

—En realidad es un regalo sorpresa de Lucas —expliqué rápidamente, haciendo todo lo posible por no reír nuevamente ante la expresión de admiración absoluta de las señoras.

—¡Qué maravilla! —exclamó Paquita impresionada, girándose hacia Lucas con expresión de admiración—. Este chico es una joya, Marta. No sabes lo que tienes aquí.

Lucas enrojeció ligeramente, abriendo la boca para decir algo, pero antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, las amigas de Paquita empezaron a bombardearlo con preguntas, pidiéndole entusiasmadas que les explicara cómo podrían conseguir tazas similares con sus propias caras para regalar a sus familias.

Desde mi lugar, observaba con una mezcla de compasión y diversión cómo Lucas intentaba manejar la situación en la que él mismo se había metido, completamente rodeado por señoras emocionadas que parecían haber descubierto el regalo del siglo. Sin

duda, aquel no había sido el efecto que Lucas había esperado cuando decidió seguir los consejos absurdos de Álex.

Después de que Lucas lograra escapar finalmente del asedio de las entusiastas señoras que seguían fascinadas con la idea de las tazas personalizadas, intentó mantener cierta dignidad acercándose nuevamente al mostrador. Su expresión mostraba una mezcla de agotamiento y diversión contenida, algo que logró arrancarme una sonrisa sincera.

—¿Estás bien? —pregunté, aún tratando de no reír demasiado abiertamente—. No esperaba que una simple taza pudiera causar tanto revuelo.

Lucas soltó una risa breve, claramente resignado al desastre que había resultado su intento de impresionarme.

—Créeme, yo tampoco. Esto me pasa por escuchar a Álex. No sé en qué estaba pensando cuando decidí seguir sus consejos.

—¿Álex? —pregunté sorprendida—. ¿Esto fue idea de Álex?

Lucas suspiró ligeramente, asintiendo con una mezcla evidente de arrepentimiento y vergüenza.

—Sí, me aseguró que lo que necesitaba era sorprenderte con algo original. Supongo que debería haber sido más selectivo con el tipo de originalidad que escogía.

Sonreí suavemente, negando con la cabeza, mientras en ese mismo instante Raquel cruzaba la puerta de la cafetería, observándonos inmediatamente con expresión curiosa.

—¿Qué me he perdido? —preguntó acercándose rápidamente al mostrador, mirando primero a Lucas, luego a mí, y finalmente a la taza personalizada que aún sostenía entre las manos—. ¿Eso es tu cara en una taza, Marta?

—Sí, es exactamente eso —respondí con calma, sin poder evitar que la diversión se reflejara en mi voz.

Raquel abrió la boca para decir algo, pero finalmente pareció decidir que era mejor no preguntar demasiado. En cambio, se giró directamente hacia Lucas, entrecerrando ligeramente los ojos con fingida sospecha.

—A ver, Lucas, dime la verdad: esto tiene el sello inconfundible de Álex, ¿verdad?

Lucas asintió lentamente, mostrando clara incomodidad por admitir que efectivamente su amigo había tenido algo que ver.

—Sí, él creyó que era una buena idea. Y yo, como un idiota, decidí hacerle caso.

Raquel se llevó una mano al rostro, ocultando momentáneamente su expresión que parecía fluctuar entre la risa y la desesperación.

—De verdad, chicos, deberíais saber ya a estas alturas que Álex tiene muchas virtudes, pero los consejos románticos claramente no son una de ellas.

Lucas resopló suavemente, aceptando finalmente su error con cierta humildad.

—Créeme, lo he aprendido de la peor manera posible.

Raquel nos observó durante unos segundos en silencio antes de sonreír lentamente, claramente disfrutando un poco la incomodidad de Lucas. Finalmente, cogió la taza de mis manos para observarla con más detalle, como si examinara una obra de arte.

—A ver, siendo sincera, no está tan mal. Tiene un cierto encanto kitsch que podría incluso convertirse en tendencia —comentó con tono burlón—. Marta, ¿podrías considerar ofrecer esto como merchandising oficial de la cafetería?

Lucas y yo intercambiamos una rápida mirada incómoda mientras Raquel reía divertida ante su propia ocurrencia. Por suerte, antes de que pudiéramos seguir profundizando en la incómoda idea, un grupo numeroso de clientes entró en la cafetería, reclamando inmediatamente toda nuestra atención.

Lucas aprovechó el instante para despedirse con discreción, prometiendo con una sonrisa que la próxima vez buscaría sus propios métodos para sorprenderme. Lo observé salir del local, sintiendo una extraña mezcla de ternura y diversión por el desastre involuntario que había protagonizado gracias a la influencia directa de Álex.

CAPÍTULO 9 – CELOS INESPERADOS

Aquella mañana, la cafetería parecía más tranquila de lo habitual, algo que agradecía profundamente después del peculiar día anterior. Estaba ocupada colocando algunos nuevos sabores de cupcakes en la vitrina cuando escuché el suave tintineo de la campanilla que indicaba la llegada de un cliente. Alcé la vista con una sonrisa automática, preparada para recibirlo, pero al reconocer a la persona que acababa de entrar, sentí que la sonrisa se desvanecía lentamente de mi rostro.

Javier estaba allí, de pie junto a la puerta, observando el local con evidente curiosidad. Durante unos segundos nos miramos en silencio, ninguno de los dos sabiendo exactamente cómo reaccionar ante la sorpresa inesperada de vernos nuevamente. Él se acercó despacio, con una sonrisa tímida que me recordó inmediatamente los motivos por los que alguna vez me había enamorado de él, pero también las razones por las que nuestra relación había terminado.

—Hola, Marta —saludó suavemente, deteniéndose frente al mostrador con cierta inseguridad—. Espero que no te moleste que haya venido así, sin avisar. Estoy en Barcelona por trabajo, y pensé que sería buena idea pasar a verte.

Traté de recomponerme rápidamente, forzando una sonrisa amistosa mientras intentaba ignorar la incomodidad que sentía.

—Javier, qué sorpresa verte aquí —respondí con la mayor calma que fui capaz—. No sabía que estabas en la ciudad.

—Solo son un par de días, tengo reuniones importantes —explicó brevemente—, pero no podía irme sin comprobar cómo te iba por aquí. Veo que has logrado montar tu cafetería tal como siempre soñaste.

Eché un rápido vistazo alrededor, tratando de controlar mi nerviosismo.

—Sí, finalmente lo conseguí. No ha sido fácil, pero estoy contenta con el resultado.

Javier asintió con suavidad, observándome con cierta nostalgia en los ojos.

—Me alegra mucho escucharlo. Sabía que lo conseguirías, Marta, siempre has sido una mujer muy decidida.

Hubo un breve silencio incómodo mientras ambos buscábamos algo más que decir, claramente conscientes del tiempo y la distancia que nos separaban. Finalmente, él se aclaró suavemente la garganta, intentando sonar natural al preguntar:

—¿Te apetecería tomar algo conmigo y ponernos al día? Prometo no robarte mucho tiempo.

Vacilé un instante antes de responder, consciente de que no estaba preparada para una conversación profunda con mi exnovio en mitad de la cafetería, pero tampoco quería parecer grosera o evasiva.

—Claro, Javier, ¿por qué no? —acepté finalmente con suavidad, señalando una mesa libre junto a la ventana—. Dame solo un minuto y estoy contigo.

Mientras preparaba rápidamente dos cafés, traté de ignorar la ligera ansiedad que sentía en el estómago. Sabía perfectamente que aquella conversación con Javier podía ser incómoda, pero jamás habría imaginado lo mucho que complicaría las cosas la llegada repentina de Lucas justo en aquel momento.

Con las tazas de café en las manos, caminé despacio hacia la mesa donde Javier ya me esperaba sentado junto a la ventana. Justo en ese instante Laura salió de la cocina, cargando una bandeja con varios cupcakes, y al verme intercambió conmigo una rápida mirada curiosa que apenas disimulaba su interés por aquel extraño visitante. Intenté transmitirle calma con un leve gesto, aunque en el fondo sabía que después me tocaría enfrentarme a sus preguntas.

—Aquí tienes —dije a Javier, colocando suavemente las tazas sobre la mesa antes de sentarme frente a él—. ¿Sigues tomándolo sin azúcar?

Él sonrió con un leve asentimiento, visiblemente sorprendido de que aún lo recordase.

—Veo que tu memoria sigue siendo impecable, Marta.

Sonreí incómoda, revolviendo ligeramente mi café con la cucharilla mientras pensaba cómo mantener aquella conversación superficial y evitar que se profundizara demasiado.

—Y cuéntame, Javier, ¿cómo te va? ¿Sigues en la misma empresa o has cambiado de aires?

Él suspiró brevemente, reclinándose ligeramente en la silla, visiblemente relajado por poder hablar con mayor naturalidad.

—Sigo en el mismo sitio, ya sabes cómo soy. Me cuesta hacer cambios radicales, no soy tan valiente como tú.

—No se trata de valentía —respondí suavemente, restándole importancia con una sonrisa amable—, simplemente necesitaba algo diferente.

Javier me miró en silencio durante unos segundos, con una expresión difícil de descifrar.

—Te admiro por eso, Marta. De verdad. Aunque reconozco que todavía no entiendo del todo por qué decidiste marcharte tan lejos.

Antes de poder responderle, el sonido familiar de la campanilla indicó la llegada de un nuevo cliente. Al girarme ligeramente para ver quién entraba, sentí que el corazón se me aceleraba ligeramente. Lucas acababa de entrar en la cafetería con paso relajado y una sonrisa despreocupada, pero esa expresión desapareció rápidamente de su rostro cuando sus ojos se posaron en mí y en Javier.

Durante unos breves instantes, permaneció inmóvil en la entrada, claramente desconcertado por la escena que tenía delante. Finalmente, caminó lentamente hacia el mostrador, saludando con cierta incomodidad a Laura, que lo observaba claramente intrigada desde el otro lado.

—Hola, Lucas, ¿qué tal estás? —preguntó Laura con amabilidad, aunque observándolo con una evidente curiosidad por saber qué sucedía.

—Bien, gracias —respondió él distraídamente, sin dejar de lanzar rápidas miradas hacia la mesa donde estábamos sentados Javier y yo.

Desde mi posición pude notar claramente cómo su actitud había cambiado, mostrando ahora una incomodidad que jamás había visto en él. Lucas parecía más serio y reservado de lo habitual, evitando claramente mirarme directamente mientras fingía observar la vitrina de cupcakes con excesivo interés.

Javier, ajeno completamente al drama silencioso que ocurría a pocos metros, continuó la conversación con absoluta normalidad.

—En fin, Marta, sé que quizás esto pueda sonar extraño, pero me encantaría que pudiéramos quedar antes de que me marche de Barcelona. Esta noche tengo una cena con unos compañeros, pero mañana por la tarde estoy libre. ¿Qué te parece?

Vacilé un segundo, consciente de que Lucas podría estar escuchando la conversación desde el mostrador, aunque intenté mantener la calma y evitar mirarlo directamente.

—No lo sé, Javier… Tengo bastante trabajo en la cafetería, no sé si podré escaparme.

—Vamos, Marta, solo es un café —insistió él con suavidad—. Creo que ambos merecemos al menos eso, ¿no?

Respiré profundamente, buscando la manera de responder educadamente sin comprometerme demasiado. Antes de poder decir algo, noté por el rabillo del ojo cómo Lucas pedía bruscamente un café a Laura, con una voz más seria y cortante de lo habitual. No hacía falta mirarlo para notar claramente que nuestra conversación no le estaba gustando nada.

Mientras intentaba decidir cómo responder a la propuesta insistente de Javier, vi cómo Lucas cogía el café que Laura acababa de servirle y se dirigía hacia una mesa situada estratégicamente lejos de nosotros, fingiendo indiferencia, aunque su incomodidad era evidente. Laura me lanzó otra mirada rápida desde detrás del mostrador, claramente consciente de la tensión que había comenzado a llenar el ambiente, pero afortunadamente decidió no

intervenir y se concentró en colocar cuidadosamente algunos cupcakes recién horneados.

Finalmente, decidí responderle con la mayor calma posible, buscando evitar una respuesta definitiva en aquel momento.

—Está bien, Javier, intentaré organizarme. Pero no puedo prometerte nada todavía —respondí suavemente, tratando de mantener un tono amable pero algo distante.

Él asintió satisfecho, dando un último sorbo al café antes de levantarse lentamente.

—Perfecto, Marta. No quiero presionarte, solo me gustaría aprovechar mi estancia para aclarar algunas cosas y, sobre todo, recuperar un poco la amistad que siempre tuvimos. ¿Podré llamarte mañana entonces?

—Sí, claro —acepté con una leve sonrisa, levantándome también para despedirlo—. Hablamos mañana, Javier.

Me dio un breve abrazo, cálido pero breve, antes de dirigirse lentamente hacia la salida, lanzando una última sonrisa de despedida desde la puerta. Tan pronto salió, respiré profundamente, intentando disipar toda la incomodidad acumulada durante aquella conversación inesperada.

Al girarme ligeramente, observé cómo Lucas, desde su mesa, evitaba mirarme claramente mientras fingía estar inmerso en la pantalla de su móvil. Tras unos segundos, decidí acercarme hasta él, sentándome suavemente frente a su silla en un intento por aclarar la situación.

—Hola, Lucas —saludé con suavidad, notando cómo él levantaba lentamente la vista del teléfono, visiblemente sorprendido por mi repentina proximidad—. ¿Todo bien?

—Sí, claro, todo perfecto —respondió él algo brusco, tomando un sorbo rápido del café, claramente incómodo—. No sabía que tenías visita hoy.

Intenté mantener la calma, consciente de que él ya había escuchado más de lo que quizás hubiese querido.

—Era Javier, mi exnovio. Ha venido a Barcelona por trabajo y pasó a saludarme —expliqué con sinceridad, tratando de mostrar naturalidad—. Ha sido un poco inesperado, la verdad.

Lucas hizo un leve movimiento de cabeza, intentando aparentar indiferencia, aunque su incomodidad era evidente.

—Ya veo. Bueno, es normal querer aprovechar para ver a alguien que fue importante, supongo.

Hubo un breve silencio incómodo, interrumpido únicamente por los sonidos habituales de la cafetería y por Laura, que terminaba de atender amablemente a algunos clientes recién llegados. Decidí romper nuevamente el silencio con suavidad.

—Lucas, no quiero que pienses cosas raras. Javier y yo terminamos hace mucho tiempo, y él solo ha venido a saludar.

Él pareció relajarse ligeramente ante mis palabras, aunque aún había cierta rigidez en sus gestos.

—Marta, no tienes que explicarme nada —dijo finalmente, intentando sonar despreocupado—. Eres libre de ver a quien quieras.

—Lo sé —respondí suavemente, sosteniendo su mirada con sinceridad—, pero quería que lo supieras igualmente.

Lucas suspiró, relajándose lentamente en la silla, antes de sonreír ligeramente, ahora con un poco más de naturalidad.

—Gracias por decírmelo.

En ese instante, Laura pasó junto a nosotros llevando una bandeja con nuevos cupcakes hacia el mostrador, lanzándonos una rápida mirada divertida y ligeramente burlona, como si supiera perfectamente que acabábamos de pasar un pequeño momento incómodo. Lucas la observó alejarse con expresión desconcertada, antes de mirarme nuevamente con una mezcla de curiosidad y resignación, claramente intentando superar de una vez por todas el malestar provocado por la repentina aparición de Javier.

CAPÍTULO 10 – EMERGENCIA PERRUNA

Aquella tarde, el sol bañaba con suavidad el Parque de la Ciutadella, pintando sus rincones con una luz cálida que hacía más agradable mi espera. Estaba sentada en una pequeña terraza al aire libre, removiendo distraídamente la cucharilla en mi café mientras observaba cómo algunas familias y parejas paseaban con tranquilidad, disfrutando del buen tiempo.

Cuando vi aparecer a Javier caminando lentamente por uno de los senderos, sentí que mi pulso se aceleraba ligeramente, aunque traté de mantener la calma. Se acercó con una sonrisa amable, sentándose frente a mí y apoyando sus brazos sobre la mesa con naturalidad.

—Gracias por venir, Marta —dijo con voz tranquila, observando el entorno con una sonrisa satisfecha—. Es bonito este parque, no lo conocía.

—Sí, es uno de mis sitios favoritos desde que llegué a Barcelona —respondí, sonriendo brevemente—. Es tranquilo, perfecto para desconectar un rato.

Javier tomó un sorbo de su café, antes de mirarme con una expresión algo más seria.

—Me alegra que encontraras lo que buscabas aquí. Te veo bien, más feliz incluso que cuando estábamos juntos.

Intenté no incomodarme ante su comentario, aunque la sinceridad en sus palabras me hizo reflexionar durante unos segundos antes de responder.

—Estoy bien, la verdad. Al principio fue difícil adaptarme, pero ahora siento que estoy empezando a encajar en esta ciudad.

Javier asintió lentamente, mirándome con curiosidad.

—¿Y ya has conocido a alguien? —preguntó con suavidad, claramente intentando sonar despreocupado, aunque podía notar

cierto interés en su voz.

Respiré profundamente antes de responder con naturalidad, intentando que la conversación no tomara un rumbo incómodo.

—Sí, estoy empezando a conocer a alguien. De hecho, había quedado en que vendría en un rato, así que, si quieres, puedes quedarte a conocerlo y tomar algo con nosotros.

Javier me observó con una leve sonrisa nostálgica, negando suavemente con la cabeza después de unos segundos.

—No creo que sea buena idea, Marta. No quiero entrometerme ni incomodar a nadie. Solo quería verte, saber que estás bien. Y claramente lo estás.

—Gracias, Javier —dije con sinceridad, sintiendo cierta tranquilidad al escucharlo—. Me alegra que hayamos podido tener esta charla después de todo.

Él tomó otro pequeño sorbo de café, claramente pensando en cómo despedirse. Finalmente, suspiró suavemente antes de mirarme con calidez.

—Mañana vuelvo a Madrid y no creo que regrese pronto a Barcelona, así que supongo que es una despedida definitiva, al menos por un tiempo.

—Lo entiendo —respondí con calma, dedicándole una sonrisa amistosa—. De verdad, Javier, espero que todo te vaya genial.

Él sonrió finalmente con sinceridad antes de ponerse en pie lentamente.

—Igualmente, Marta. Te deseo lo mejor con todo esto. Estoy seguro de que serás muy feliz aquí.

Me levanté brevemente para despedirme con un abrazo corto, observándolo marcharse con calma por el sendero del parque, mientras respiraba profundamente, sintiendo una extraña mezcla de alivio y tranquilidad al cerrar finalmente ese capítulo de mi vida. Poco después, mientras terminaba mi café ya frío, escuché la voz de Lucas a lo lejos, acercándose apresuradamente y claramente alterado.

Levanté la cabeza sorprendida al escuchar la voz agitada de Lucas, y antes de poder siquiera saludarlo, lo vi acercarse rápidamente hacia mí, llevando entre sus brazos algo pequeño, peludo y visiblemente inquieto.

—¡Marta, menos mal que estás aquí! Necesito tu ayuda urgentemente —dijo Lucas, deteniéndose junto a mi mesa mientras intentaba mantener quieto al pequeño cachorro que no dejaba de moverse enérgicamente entre sus brazos.

Observé al animal con sorpresa y ternura, incorporándome rápidamente y acercándome a él para acariciar al pequeño perrito que no paraba de intentar lamer las manos de Lucas con entusiasmo desmedido.

—¿De dónde has sacado a este pequeño? —pregunté divertida, notando cómo el cachorro movía frenéticamente su colita al verme acercarme.

Lucas suspiró resignado, aunque una sonrisa se escapó involuntariamente en sus labios.

—Lo encontré hace un rato perdido cerca del portal del edificio, estaba desorientado y no dejaba de ladrar. No tengo ni idea de qué hacer con él, y recordé que estarías aquí cerca —explicó, claramente superado por la situación—. Pensé que quizás podrías ayudarme.

Reí ligeramente mientras tomaba al cachorro entre mis brazos, notando cómo se relajaba enseguida con la atención adicional.

—¿Y decidiste que lo mejor era venir corriendo conmigo? ¿Acaso tengo pinta de veterinaria?

Lucas sonrió, algo más relajado ahora que no tenía que lidiar directamente con el inquieto animal.

—Tienes pinta de saber solucionar cualquier cosa, Marta. Además, no se me ocurrió nadie más en quien confiar para resolver esta pequeña emergencia.

Sacudí la cabeza divertida, acariciando suavemente al cachorro, que ahora parecía haberse calmado notablemente mientras exploraba mi camiseta con curiosidad.

—Vale, lo primero será ver si lleva alguna identificación o número de contacto. ¿Has mirado si lleva collar?

—Sí, pero no lleva nada —respondió Lucas con gesto preocupado —. ¿Qué se supone que hacemos ahora?

Miré alrededor un instante, intentando pensar rápidamente en cómo proceder, antes de decidirme finalmente.

—Podríamos acercarnos al veterinario más cercano. Quizá tenga chip y puedan localizar a sus dueños. Y si no, tendremos que improvisar otra solución.

Lucas asintió inmediatamente, visiblemente aliviado por tener finalmente un plan de acción claro.

—Perfecto, vamos. Cualquier cosa con tal de no seguir dando vueltas con este terremoto de cuatro patas.

Mientras caminábamos hacia la salida del parque, Lucas me lanzó una rápida mirada, visiblemente curioso pero tratando de disimular.

—Por cierto, ¿dónde está tu amigo? ¿No habías quedado aquí con él?

Sonreí con naturalidad, tratando de tranquilizarlo con mi respuesta.

—Javier ya se marchó hace un rato. De hecho, vuelve a Madrid mañana y no creo que vaya a regresar pronto.

Noté cómo Lucas se relajaba discretamente al escuchar mis palabras, aunque intentó disimularlo fingiendo concentrarse nuevamente en el cachorro que volvía a mostrar una energía desbordante. Juntos, avanzamos con paso rápido hacia el veterinario más cercano, conscientes de que aquella tarde había tomado un rumbo completamente inesperado.

Al llegar al veterinario más cercano, situado a pocas calles del parque, la recepcionista nos recibió con una sonrisa amable, observando con ternura al inquieto cachorro que llevaba en mis brazos. Lucas abrió la puerta para que yo entrara primero, con gesto preocupado pero claramente más relajado ahora que teníamos un plan definido.

—Hola, buenas tardes —saludé acercándome al mostrador—. Hemos encontrado a este pequeño perdido cerca del Parc de la Ciutadella. No lleva identificación ni collar, y queríamos ver si tiene chip para localizar a sus dueños.

—Claro, vamos a revisarlo enseguida —respondió la mujer, indicándonos que pasáramos a una pequeña consulta donde un veterinario joven y sonriente nos esperaba ya con el lector de chips preparado.

Coloqué al cachorro suavemente sobre la camilla, aunque él parecía decidido a explorar inmediatamente cada rincón de la consulta, obligando a Lucas a sujetarlo con cierta torpeza para evitar que escapase en alguna aventura inesperada.

—Tranquilo, campeón, vamos a ver quién te está buscando —comentó el veterinario con buen humor, pasando cuidadosamente el lector de chips sobre el lomo del perrito, mientras Lucas intentaba mantenerlo quieto con dificultad creciente.

Esperamos unos segundos en tensión, pero finalmente el veterinario negó ligeramente con la cabeza con gesto resignado.

—No lleva chip. Me temo que será complicado encontrar a sus dueños así. Lo mejor sería que lo cuidéis vosotros durante un par de días mientras avisáis en redes sociales o ponéis algunos carteles por la zona.

Lucas me miró con preocupación evidente, claramente incómodo con la idea de hacerse cargo del cachorro durante más tiempo del estrictamente necesario.

—¿Estás seguro de que no hay otra opción? —preguntó Lucas con cierta desesperación en la voz—. No sé si podré manejar esto más tiempo.

El veterinario rio suavemente, encogiéndose ligeramente de hombros con expresión comprensiva.

—Es la opción más práctica. Si aparece alguien buscándolo, seguro que contactarán rápido. Además, parece que os lleváis muy bien con él.

Lucas suspiró profundamente mientras el cachorro volvía a intentar escaparse de sus brazos, claramente ajeno a los planes improvisados que ahora se cernían sobre nosotros.

—Está bien —dijo finalmente, aceptando resignado la situación—. Supongo que no podemos abandonarlo a su suerte ahora.

Sonreí suavemente, acariciando brevemente la cabeza del perrito para tranquilizarlo.

—No te preocupes, Lucas. Te ayudaré a cuidar de él. Entre los dos seguro que podemos manejarlo hasta encontrar a sus dueños.

Lucas me lanzó una mirada agradecida mientras volvíamos a salir a la calle, el cachorro ahora más tranquilo pero todavía claramente decidido a explorar todo lo que había a su alrededor. Decidimos entonces acercarnos a una pequeña tienda cercana para conseguir algo de comida y accesorios básicos, preparados para asumir temporalmente la responsabilidad de cuidar al inquieto animal.

La pequeña tienda de mascotas era un auténtico paraíso para cualquier amante de los animales, aunque para Lucas parecía más bien un lugar extraño y desconcertante. Observaba con confusión las decenas de variedades de comida y accesorios, claramente abrumado por la cantidad de opciones disponibles.

—¿Qué se supone que necesita exactamente un cachorro tan pequeño? —preguntó Lucas, sujetando aún al perrito, que empezaba a mordisquear suavemente el cuello de su camisa.

Me reí suavemente, disfrutando de verlo fuera de su zona de confort.

—Tranquilo, Lucas. No es tan complicado. Necesitaremos algo básico: pienso adecuado para cachorros, un par de cuencos, alguna manta cómoda y quizás un juguete para que esté entretenido y no destruya tu apartamento.

Lucas suspiró, claramente resignado, mientras asentía lentamente ante mi explicación. Caminamos por los pasillos seleccionando cuidadosamente los productos esenciales. El cachorro, encantado con la atención recibida, parecía más interesado en los

distintos olores que en permanecer quieto entre los brazos de Lucas, que hacía esfuerzos por evitar que escapara de nuevo.

Finalmente, con los brazos llenos de provisiones básicas, llegamos al mostrador donde una dependienta joven nos atendió con una sonrisa divertida al ver nuestra evidente inexperiencia.

—¿Primer cachorro? —preguntó con una sonrisa amistosa, comenzando a pasar los productos por la caja registradora.

—Algo así —respondió Lucas rápidamente, intentando sujetar al pequeño que ahora se agitaba inquieto en sus brazos—. Esperamos que no sea por mucho tiempo, pero nunca se sabe.

La dependienta rio suavemente mientras guardaba nuestras compras en una bolsa.

—Esas suelen ser las últimas palabras antes de adoptar definitivamente a un cachorro —comentó con humor—. Buena suerte.

Lucas tragó saliva visiblemente incómodo mientras pagaba, claramente impactado por la simple idea de acabar adoptando definitivamente a aquel inquieto animal.

Salimos de la tienda y caminamos despacio por la calle, Lucas llevando al cachorro en un brazo mientras yo cargaba con la bolsa llena de artículos para mascotas. Tras un breve silencio, Lucas decidió volver a abordar el tema que claramente todavía le inquietaba.

—Entonces, ¿de verdad se marchó ya tu ex? —preguntó intentando aparentar naturalidad, aunque su voz mostraba claramente algo de inquietud.

Lo observé con calma, dedicándole una sonrisa suave para tranquilizarlo.

—Sí, Javier se va mañana a Madrid. Y, sinceramente, dudo que vuelva a aparecer por aquí pronto. Creo que ambos necesitábamos cerrar definitivamente esa etapa.

Lucas asintió lentamente, tratando de ocultar el alivio evidente en su rostro, mientras ajustaba ligeramente al cachorro entre sus brazos.

—Me alegra oírlo, Marta. No es que tenga nada en contra suya, pero admito que no me sentí especialmente cómodo cuando lo vi contigo en la cafetería.

Sonreí suavemente mientras avanzábamos por las calles de regreso al edificio, conscientes ambos de que aquel pequeño cachorro había cambiado el rumbo del día inesperadamente y, quizás, también el ritmo de nuestra propia relación.

CAPÍTULO 11 – CENA CON TRAMPA

Aquella tarde, mientras terminaba de cerrar la cafetería, sentí vibrar mi teléfono en el bolsillo. Sorprendida al ver que era Doña Paquita, contesté enseguida con curiosidad.

—¡Hola, Marta querida! —saludó alegremente desde el otro lado del teléfono—. ¿Tienes planes para esta noche?

—Hola, Paquita —respondí con amabilidad—. Pues, no, la verdad. ¿Necesita algo?

—¡Perfecto! Te espero en mi apartamento para cenar. He preparado algo delicioso, y hace tiempo que no charlamos con tranquilidad. Ni se te ocurra decirme que no, jovencita.

Sonreí divertida ante su tono enérgico y autoritario.

—Está bien, Paquita. Allí estaré. ¿Necesita que lleve algo?

—Solo tu presencia, Marta. ¡Hasta luego!

La llamada terminó abruptamente, dejándome ligeramente sorprendida pero también curiosa por aquella invitación repentina. Media hora después, tras cambiarme rápidamente de ropa, estaba frente a la puerta del apartamento de Doña Paquita con una botella de vino en la mano, preparada para disfrutar de una tranquila velada con mi vecina favorita.

Sin embargo, mi sorpresa fue inmediata cuando, al abrirse la puerta, vi a Lucas ya sentado en la pequeña mesa del salón, con una expresión que reflejaba exactamente la misma sorpresa que sentía yo en ese instante.

—¡Bienvenida, Marta! —exclamó Doña Paquita desde la cocina, con una sonrisa radiante y claramente satisfecha por nuestro desconcierto—. Lucas ya está aquí, así que podéis poneros cómodos mientras termino de preparar la cena.

Lucas se levantó despacio para saludarme, intentando disimular su propia incomodidad con una sonrisa irónica y divertida.

—Hola, Marta —saludó, bajando ligeramente la voz—. ¿También has sido víctima de esta trampa?

—Parece que sí —respondí con humor, entregándole la botella de vino que sostenía—. Doña Paquita parece que tenía todo esto muy bien planeado.

Doña Paquita reapareció en ese momento, observándonos con ojos brillantes y divertidos mientras señalaba la botella con aprobación.

—¡Excelente elección, Marta! Esto va a combinar maravillosamente con lo que estoy preparando. Sentaros, por favor. La noche acaba de empezar.

Lucas y yo compartimos una breve mirada de complicidad antes de tomar asiento frente a frente en la pequeña mesa, claramente conscientes de que estábamos en medio de una elaborada trampa diseñada por la inconfundible Doña Paquita.

Doña Paquita apareció de nuevo desde la cocina cargando una bandeja que parecía demasiado pesada para su frágil aspecto, repleta de platos que desprendían aromas deliciosos. Lucas se apresuró a levantarse para ayudarla, pero ella agitó una mano con determinación.

—Tranquilo, Lucas, estoy mayor, pero aún puedo con esto. Tú quédate ahí haciendo compañía a Marta, que bastante he tardado ya en sentaros juntos en mi mesa.

Lucas me miró de reojo con una sonrisa contenida, claramente consciente de las intenciones nada discretas de nuestra anfitriona.

—Paquita, creo que la próxima vez podrías avisarnos directamente a los dos, así nos ahorramos sorpresas —dijo Lucas divertido, sirviendo el vino que yo había traído mientras Doña Paquita colocaba cuidadosamente los platos sobre la mesa.

—¿Y dónde estaría la diversión en eso? —replicó ella con alegría, claramente disfrutando su papel—. Además, necesitabais un empujoncito. He notado que últimamente estabais algo distantes.

Lucas y yo intercambiamos una rápida mirada de incredulidad antes de reír suavemente, resignados a aceptar que nuestra vida

amorosa se había convertido en uno de los temas preferidos de conversación de la señora Paquita.

—Venga, vamos a comer antes de que se enfríe todo —anunció finalmente Paquita, tomando asiento con una expresión satisfecha y expectante.

La cena transcurría entre risas, historias y los constantes intentos poco sutiles de Paquita por provocar situaciones que acercaran a Lucas y a mí más de lo estrictamente necesario. Cada vez que una de sus maniobras resultaba demasiado evidente, Lucas me dirigía una mirada divertida, intentando mantener la seriedad para no herir los sentimientos de nuestra anfitriona.

—Lucas, querido, ¿sabías que Marta cocina estupendamente? Deberías pedirle algún día que te prepare algo especial —comentó Paquita con fingida inocencia, sirviéndome una porción generosa de su especialidad, pollo al horno.

—La verdad es que ya he probado sus cupcakes, y puedo dar fe de que tienes razón —respondió Lucas, siguiendo educadamente el juego de Paquita—. Marta tiene muchos talentos ocultos.

Lo miré con gesto divertido, negando suavemente con la cabeza mientras Paquita aplaudía discretamente sus propias ocurrencias.

—Paquita, creo que Lucas ya ha tenido suficientes pruebas de mis habilidades culinarias últimamente. No sé si podría aguantar mucho más —comenté riendo ligeramente.

—¡Qué exagerada, Marta! Si un hombre no aguanta eso, no merece tu atención —añadió Paquita con rotundidad, arrancándonos una nueva carcajada.

El resto de la cena continuó en un ambiente cálido y alegre, aunque Paquita no perdía ocasión para insistir en temas que resultaban claramente incómodos para Lucas y para mí. Sin embargo, ambos habíamos decidido simplemente disfrutar del momento, conscientes de que luchar contra la voluntad de nuestra anfitriona era inútil y bastante más agotador.

Mientras retiraba los platos vacíos, Doña Paquita hizo un movimiento exagerado y teatral al mirar su reloj, fingiendo sorpresa

repentina. Lucas y yo la observamos con cierta sospecha, ya bastante acostumbrados a sus estrategias poco sutiles.

—¡Vaya, qué despiste! Acabo de recordar que prometí llamar a mi hermana a esta hora exacta —anunció Paquita dramáticamente—. Si no la llamo ahora mismo, no me lo perdonará nunca. Os dejo solos un momento, ¿de acuerdo?

Sin esperar respuesta alguna, se levantó con rapidez y se dirigió a una habitación contigua, cerrando suavemente la puerta tras de sí, aunque no lo suficiente como para impedir que escucháramos claramente cómo comenzaba una conversación telefónica inventada con gran entusiasmo.

Lucas rio suavemente, bajando un poco la voz para que Paquita no nos escuchara.

—Debo reconocer que Paquita podría dedicarse perfectamente al teatro.

Asentí con diversión, consciente del pequeño espectáculo que había preparado exclusivamente para nosotros.

—Sí, aunque creo que debería practicar un poco más la sutileza. La verdad es que no ha dejado demasiado margen para malentendidos.

Lucas se encogió ligeramente de hombros, sirviendo más vino en ambas copas con calma.

—Supongo que piensa que si no lo hace ella, nosotros nunca nos decidiremos a dar ningún paso.

Observé su rostro con una mezcla de curiosidad y diversión, notando que esta vez Lucas parecía bastante cómodo con la situación, pese a la incomodidad inicial que ambos habíamos sentido al descubrir el plan de Paquita.

—¿Y qué opinas tú de eso? —pregunté suavemente, mirándolo con cierta expectación.

Lucas tomó un breve sorbo de vino, sosteniendo mi mirada unos segundos antes de responder con tranquilidad.

—Creo que, por una vez, Paquita puede tener algo de razón. Aunque definitivamente no pienso darle la satisfacción de admitirlo

frente a ella.

Sonreí suavemente, notando cómo aquel comentario relajaba aún más el ambiente entre nosotros. A lo lejos, Paquita continuaba su conversación ficticia con notable entusiasmo, totalmente ajena a la diversión que generaba en nosotros su elaborada estrategia para juntarnos.

CAPÍTULO 12 – CONSPIRACIÓN AMOROSA

Raquel estaba sentada junto a Álex en una mesa algo apartada del pequeño bar, removiendo distraídamente su mojito mientras observaba a su compañero con clara impaciencia. Llevaban casi una hora allí, discutiendo posibles maneras de forzar una situación que dejara de una vez por todas las cosas claras entre Lucas y Marta, y aún no habían logrado ponerse de acuerdo en nada convincente.

—Te juro que no puedo más, Álex —se quejó Raquel, apoyando exageradamente su frente en la palma de la mano—. Esto se ha vuelto absolutamente insoportable. Son adultos y parecen adolescentes. Si los dejamos a su aire, morirán solteros esperando que algo suceda por arte de magia.

Álex se rio ligeramente, disfrutando claramente del dramatismo de Raquel, pero asintió con cierta seriedad.

—Estoy completamente de acuerdo. Lo de la taza personalizada no funcionó, y lo de Doña Paquita estuvo divertido, pero Lucas sigue exactamente en el mismo punto. Hay que ir más allá, algo que los obligue a dejarse de tonterías.

Raquel se incorporó de golpe, claramente inspirada.

—¡Una cita doble! Eso es lo que necesitan, pero con trampa incluida. Quedamos los cuatro, pero en el último momento nos inventamos una excusa completamente absurda para dejarlos solos y no les quede más remedio que afrontar lo evidente.

Álex reflexionó unos segundos, entrecerrando ligeramente los ojos con una sonrisa traviesa.

—Eso suena bien, pero tendría que ser algo creíble, Raquel. Marta es demasiado lista, si sospecha que la estamos engañando se enfadará y todo saldrá al revés.

—Créeme, Álex, conozco a Marta mejor que nadie —respondió Raquel segura de sí misma—. Si decimos que tienes una emergencia absurda, tipo que se te ha inundado el apartamento o algo así, no sospechará nada. Y Lucas tampoco podrá irse si piensa que ella necesita ayuda para salir de la situación.

Álex se quedó pensativo un momento, analizando la idea con calma, hasta que finalmente sonrió con aprobación.

—Me gusta. Además, Lucas siempre intenta salvar a todo el mundo. No podrá resistirse a quedarse para ayudar a Marta.

Raquel rio complacida, levantando su copa para brindar por la conspiración que acababan de acordar juntos.

—Entonces queda decidido. El sábado por la noche. Elegimos un sitio romántico pero informal, algo que no levante sospechas, y cuando menos se lo esperen, desaparecemos misteriosamente, dejándolos solos.

Álex brindó con entusiasmo, claramente emocionado con la perspectiva.

—Perfecto. Esta vez no podemos fallar, Raquel. Si esto no funciona, juro que me rindo y los dejamos a su suerte para siempre.

—No te preocupes, Álex. —Raquel le guiñó un ojo con complicidad—. Confía en mí. Esta vez, por fin, lo vamos a conseguir.

Dos días después, mientras terminaba de organizar las últimas cosas en la cafetería, Raquel apareció con paso decidido y expresión inocente, sentándose rápidamente en uno de los taburetes del mostrador. Levanté la vista con curiosidad, intuyendo claramente que se traía algo entre manos.

—¿A qué se debe esa sonrisa sospechosa que traes hoy? —pregunté divertida, colocando algunos cupcakes recién horneados en la vitrina.

—Nada, solo que tengo planes para este sábado por la noche y tú estás obligada a acompañarme —anunció Raquel con naturalidad, observándome con total seguridad, como si su decisión ya estuviese tomada por las dos.

Me detuve momentáneamente, mirándola con una mezcla de curiosidad y precaución.

—¿Obligada? ¿Y desde cuándo mis sábados por la noche te pertenecen?

Raquel hizo un gesto dramático, llevándose una mano al pecho en fingida indignación.

—Marta, después de todo lo que he hecho por ti desde que llegamos a Barcelona, me parece muy poco amable por tu parte negarte a una simple cena con Álex y conmigo. Además, también vendrá Lucas, por lo que será algo informal y divertido. ¿Qué podría salir mal?

Observé a mi amiga en silencio durante unos segundos, analizando aquella propuesta repentina. No podía negar que la perspectiva de una cena relajada con amigos sonaba bastante bien, aunque algo en la forma en que Raquel había pronunciado "Lucas" había levantado mis sospechas.

—Raquel, esto no será otra de tus estrategias raras para juntar a Lucas conmigo, ¿verdad? —pregunté con cierta cautela, notando cómo ella ponía rápidamente cara de inocencia absoluta.

—¡Claro que no! —respondió con total convicción—. Solo es una cena tranquila, entre amigos. ¿Por qué tendría que ser una estrategia?

Suspiré ligeramente, observando con atención su rostro en busca de algún indicio que revelase sus verdaderas intenciones. Pero Raquel, que era experta en ocultar sus planes cuando se lo proponía, mantuvo la expresión perfectamente neutra, sin dejar traslucir ninguna señal que la delatara.

—Está bien, supongo que una cena relajada no me hará daño —cedí finalmente, consciente de que no tenía sentido discutir con ella —. Pero si descubro que hay gato encerrado, Raquel, juro que no te lo perdonaré jamás.

Raquel sonrió ampliamente, claramente satisfecha por haber logrado su propósito, y se levantó de un salto, acercándose para abrazarme con entusiasmo exagerado.

—No te arrepentirás, Marta, lo prometo. Será una noche inolvidable.

Justo cuando Raquel salía triunfante de la cafetería, al otro lado del barrio, Álex intentaba convencer a Lucas con una excusa bastante parecida. Lucas lo escuchaba desde el sofá de su apartamento, ligeramente escéptico ante la repentina insistencia de su amigo.

—Venga, Lucas, deja de poner esa cara —dijo Álex con tono ligeramente irritado pero divertido—. Raquel quiere salir a cenar, y dice que si vamos los cuatro será más divertido. Además, llevas toda la semana encerrado con ese cachorro que todavía no logramos devolver. Te vendrá bien desconectar un poco.

Lucas lo miró con cierta suspicacia, tratando de descifrar las verdaderas intenciones detrás de aquella propuesta aparentemente inocente.

—Álex, dime la verdad. ¿Es otra de vuestras maniobras extrañas para juntar a Marta conmigo? Porque ya sabes que la última vez no salió especialmente bien.

Álex fingió sorpresa absoluta ante la acusación, poniendo una mano sobre el corazón con evidente teatralidad.

—Lucas, estoy profundamente herido por tus sospechas. ¿De verdad crees que sería capaz de organizar otra vez algo así?

Lucas alzó una mano, tratando de detener aquella exagerada muestra de ofensa fingida.

—Vale, Álex, relájate. Está bien, iremos. Pero te advierto que si noto cualquier cosa rara, no volveré a confiar en vosotros nunca más.

Álex le dio una palmada amistosa en la espalda, satisfecho y sonriente.

—Tranquilo, amigo. Esta vez no tienes nada de qué preocuparte.

El sábado por la noche, Lucas y yo llegamos casi al mismo tiempo al pequeño restaurante italiano que Raquel había elegido para la supuesta cena doble. Al verme, Lucas se acercó con una sonrisa

amable y ligeramente resignada, como si ya sospechara lo que podría pasar durante aquella velada.

—¿Lista para lo que sea que tengan planeado estos dos? —preguntó en voz baja, claramente divertido pese a su aparente recelo.

—Creo que ya he asumido que estamos en sus manos —respondí, encogiéndome de hombros mientras entrábamos juntos en el local.

Raquel y Álex ya estaban sentados en una mesa cercana a la ventana, charlando alegremente como si nada estuviese ocurriendo. Cuando nos vieron acercarnos, ambos saludaron con una naturalidad sospechosa, demasiado perfecta para resultar creíble.

—¡Qué puntualidad! —exclamó Raquel con excesivo entusiasmo —. Por favor, sentaos. La noche promete.

Lucas me dirigió una rápida mirada divertida antes de tomar asiento frente a Álex, mientras yo me sentaba frente a Raquel, que ya estaba repartiendo rápidamente las cartas del menú con visible prisa, como si temiera que algo interrumpiera sus planes en cualquier momento.

Durante los siguientes minutos, la conversación fluyó con naturalidad, aunque Lucas y yo no pudimos evitar notar cómo Raquel y Álex intercambiaban miradas rápidas, claramente nerviosos por algo que todavía no habían revelado. Finalmente, justo después de que pidiéramos nuestros platos, Álex lanzó una exclamación exagerada, mirando su teléfono con una expresión entre preocupación y frustración muy poco convincente.

—¡No puede ser! —dijo dramáticamente, mostrándonos la pantalla de su móvil, aunque sin dejar que viéramos claramente qué ponía—. El vecino me acaba de escribir que se ha roto una tubería en mi apartamento y se está inundando. Tengo que irme ya mismo.

Raquel se llevó rápidamente una mano al pecho, fingiendo sorpresa con total falta de talento para la interpretación.

—Ay no, Álex, ¡qué desastre! Te acompaño ahora mismo, no puedes ir solo con ese problema tan grave.

Álex negó exageradamente con la cabeza, tratando de sonar firme pero con un evidente tono de falsedad teatral.

—No, Raquel, quédate. No quiero arruinar la noche para todos. Iré yo solo.

Raquel sacudió la cabeza con insistencia, levantándose rápidamente y cogiendo su abrigo.

—De ninguna manera, Álex, no pienso dejarte solo en una situación así. Lo siento, chicos —añadió mirándonos a Lucas y a mí con fingido pesar—. Tendremos que dejaros aquí. Espero que no os importe demasiado.

Antes de que pudiéramos reaccionar o decir cualquier cosa, Raquel y Álex se alejaron apresuradamente del restaurante, casi tropezando en su torpe intento de escapar lo antes posible. Lucas y yo nos quedamos en silencio por un instante, observando con una mezcla de incredulidad y diversión cómo nuestros amigos desaparecían por la puerta del local.

—Vaya, menuda actuación más lamentable —comentó Lucas finalmente, intentando contener la risa—. De verdad, esperaba algo más elaborado.

Me eché a reír suavemente, relajándome por completo al ver que Lucas se tomaba la situación con el mismo humor que yo.

—No se puede decir que sean especialmente sutiles —añadí con calma, bebiendo un pequeño sorbo de agua mientras lo observaba con curiosidad—. Aunque tengo que admitir que esta vez se lo han tomado muy en serio.

Lucas asintió lentamente, observándome con una sonrisa suave pero decidida.

—Supongo que creen que necesitan intervenir porque nosotros no somos capaces de aclarar esto por nuestra cuenta.

Lo miré fijamente, consciente de que aquel era el momento para dejar atrás cualquier duda que pudiéramos tener.

—Quizá tienen algo de razón —admití con suavidad, sin apartar mis ojos de los suyos—. A lo mejor ya es hora de afrontar esto con sinceridad y dejar de jugar.

Lucas sostuvo mi mirada unos segundos más, con una expresión que demostraba claramente que estaba de acuerdo conmigo. Luego, extendió lentamente una mano sobre la mesa, esperando pacientemente a que yo decidiera tomarla, en un gesto sencillo y definitivo. Sin dudarlo, coloqué suavemente mi mano sobre la suya, sintiendo una calma profunda y agradable al dar finalmente aquel paso hacia delante.

CAPÍTULO 13 – OFERTA LABORAL INESPERADA

Lucas acababa de entrar en su apartamento, agotado después de un día especialmente largo en el estudio, cuando escuchó sonar el teléfono desde el bolsillo trasero de sus vaqueros. Sin prestar demasiada atención, contestó distraído mientras revisaba el contenido de la nevera en busca de algo rápido para cenar.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó con calma, pensando que sería probablemente Álex o Raquel llamando para organizar algún plan improvisado.

—¿Lucas Navarro? —preguntó una voz masculina al otro lado, con marcado acento británico.

Lucas frunció ligeramente el ceño, algo desconcertado.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Richard Davies, soy director creativo de Horizon Design, en Londres. He estado siguiendo su trabajo desde hace tiempo, especialmente su último proyecto. Nos ha gustado mucho su enfoque y creatividad, y nos gustaría hablar con usted sobre la posibilidad de incorporarse a nuestro equipo.

Lucas permaneció en silencio durante unos segundos, claramente sorprendido y sin saber bien cómo reaccionar.

—Vaya, muchas gracias por la oferta —respondió finalmente, tratando de ocultar su nerviosismo—. Me pilla un poco por sorpresa, la verdad.

—Lo entiendo perfectamente, pero es una oportunidad que creemos podría interesarle mucho. Londres es una ciudad increíble, con muchas posibilidades para crecer profesionalmente, y Horizon Design busca siempre nuevos talentos —insistió Davies con

entusiasmo—. ¿Podríamos organizar una videollamada mañana para contarle más detalles?

Lucas respiró profundamente, sintiendo cómo la emoción inicial por la oferta chocaba inmediatamente con la incertidumbre sobre cómo podría afectar eso a su vida actual, especialmente a Marta, con quien apenas estaba comenzando algo real.

—Por supuesto, podemos organizar esa llamada —respondió Lucas finalmente, tratando de sonar seguro y profesional—. Estaré encantado de conocer más detalles.

Después de fijar rápidamente una hora para la reunión virtual, Lucas colgó el teléfono lentamente, sintiendo una mezcla de excitación y profunda confusión. Se dejó caer sobre el sofá, contemplando con expresión perdida la pantalla apagada de su móvil.

Durante unos minutos permaneció inmóvil, intentando organizar sus pensamientos. Por un lado, aquella propuesta era justo lo que siempre había buscado profesionalmente: una empresa de prestigio internacional, un puesto creativo, una ciudad llena de oportunidades. Pero por otro lado, estaba Marta. Después de tanto tiempo, finalmente habían dado un paso adelante, dejando atrás las dudas y el constante juego de inseguridades. Justo ahora que las cosas empezaban a aclararse entre ellos, aparecía esta oportunidad que podría cambiarlo todo por completo.

Lucas suspiró profundamente, sintiendo que necesitaba hablar con alguien. Sin pensarlo dos veces, cogió el teléfono nuevamente y marcó rápidamente el número de Álex, consciente de que su amigo era posiblemente la única persona que podría ayudarlo a aclarar lo que ahora mismo parecía imposible de resolver.

Álex llegó al apartamento de Lucas apenas veinte minutos después, entrando con su habitual desenfado mientras observaba con cierta curiosidad la expresión claramente preocupada de su amigo. Sin preguntar nada, se sentó frente a él en el sofá, esperando pacientemente que Lucas comenzara a hablar cuando estuviese listo.

—Gracias por venir tan rápido —dijo Lucas finalmente, levantando la vista hacia Álex con gesto serio y algo inquieto—. Necesitaba hablar con alguien, y pensé inmediatamente en ti.

Álex sonrió ligeramente, acomodándose mejor en el sofá.

—Ya lo imaginé. ¿Qué está pasando, Lucas? Pareces bastante alterado, lo cual es raro en ti.

Lucas suspiró profundamente, recostándose hacia atrás mientras comenzaba a explicarle lentamente lo que había ocurrido.

—Me han llamado de Londres. Una empresa muy importante, Horizon Design. Quieren que trabaje con ellos, Álex. Es la clase de oferta que siempre soñé: buen sueldo, estabilidad, reconocimiento... todo.

Álex alzó las manos ligeramente en señal de incredulidad, con una mezcla evidente de sorpresa y entusiasmo.

—¡Pero eso es increíble, Lucas! ¿Cuál es el problema entonces? Es la oportunidad que llevas esperando desde siempre.

Lucas se frotó suavemente la frente, visiblemente incómodo.

—El problema es que ahora está Marta. Justo ahora que finalmente dimos un paso adelante, cuando por fin todo parecía encajar entre nosotros, aparece esto. ¿Cómo puedo decidir algo así justo ahora?

Álex se quedó en silencio unos segundos, observándolo con expresión seria y pensativa, claramente consciente de la delicada situación emocional en la que se encontraba Lucas.

—Entiendo tu dilema, Lucas. Pero tienes que pensar en esto con calma. ¿Has hablado ya con Marta?

—No, no aún. No quería decirle nada hasta estar seguro de lo que quiero hacer —confesó Lucas con sinceridad—. Pero la verdad es que no tengo ni idea de lo que quiero ahora mismo. Profesionalmente sé que es una gran oportunidad, pero emocionalmente no sé si estoy preparado para alejarme de ella, especialmente justo ahora.

Álex respiró lentamente, apoyando suavemente una mano en el hombro de Lucas con gesto comprensivo.

—Lucas, escúchame bien. Marta es importante, por supuesto que lo es, pero primero necesitas saber qué quieres tú realmente. No puedes tomar esta decisión pensando solamente en cómo afectará a otra persona. Si decides quedarte solo por miedo a perderla, tarde o temprano podrías arrepentirte y resentirte, y eso sería aún peor para ambos.

Lucas asintió lentamente, sabiendo que Álex tenía razón pero sin poder evitar sentir un nudo en el estómago ante la sola idea de marcharse y dejar todo atrás, especialmente a Marta.

—Supongo que tienes razón, Álex, pero no es tan sencillo. Marta es distinta. Es importante para mí. Creo que podría llegar a ser incluso más importante que este trabajo.

Álex suspiró ligeramente, consciente de la sinceridad en las palabras de su amigo, aunque intentando ser racional y objetivo para ayudarlo de la mejor manera posible.

—No dudo de lo que sientes, Lucas. Lo único que te pido es que no tomes una decisión impulsiva. Habla primero con Marta. Sé honesto, cuéntale lo que sientes y lo que esta oferta significa para ti. Quizás te sorprenda su reacción. Al fin y al cabo, esto no es solo cosa tuya; es algo que tenéis que enfrentar juntos, ahora que habéis decidido avanzar en serio.

Lucas lo miró fijamente durante unos segundos, reflexionando con calma sobre lo que acababa de escuchar, antes de asentir lentamente.

—Tienes razón. No puedo evitar tener miedo a perderla, pero sé que necesito hablar con ella claramente.

—Exacto —respondió Álex con firmeza—. Ahora, más que nunca, Marta necesita saber lo que sientes y lo que está pasando. Juntos podréis decidir qué hacer después.

Lucas tomó una respiración profunda, consciente de que aquella conversación con Marta sería inevitable, aunque sin estar del todo seguro de cómo afrontar un momento tan decisivo.

Aquella misma noche, Lucas me llamó para que nos viéramos. Noté inmediatamente en su voz que algo no iba bien, y aunque traté

de mantener la calma, durante todo el camino hasta el pequeño parque cercano donde habíamos quedado sentí un incómodo nudo de preocupación en el estómago.

Cuando llegué, Lucas ya me esperaba sentado en uno de los bancos. Su expresión era seria, más inquieta que de costumbre, y al verme acercarme se levantó inmediatamente, dedicándome una sonrisa breve que no logró tranquilizarme del todo.

—Hola, Marta. Gracias por venir tan rápido —me saludó suavemente, tomando mi mano entre las suyas con un gesto cálido pero algo distante.

—Claro que sí. ¿Está todo bien, Lucas? Me pareciste preocupado por teléfono.

Lucas respiró profundamente, claramente buscando cómo comenzar aquella conversación que ya intuía complicada.

—Sí y no. Hay algo importante que necesito contarte, y no sabía cómo hacerlo exactamente —comenzó lentamente, mirándome directamente a los ojos—. Hoy recibí una llamada con una oferta de trabajo increíble. Es en Londres, en una empresa de diseño muy reconocida. Es una gran oportunidad.

Traté de controlar rápidamente mi primera reacción de sorpresa, aunque sentí cómo mi estómago se tensaba inmediatamente. Sabía perfectamente lo que aquello significaba para ambos.

—Vaya, Lucas… Eso suena genial —dije con sinceridad, tratando de mantener una voz tranquila—. ¿Y qué has pensado hacer?

Lucas bajó la mirada unos instantes, claramente incómodo, antes de volver a mirarme con seriedad.

—Aún no lo sé. Por un lado, la oferta es lo que siempre soñé, pero por otro lado, justo ahora que tú y yo hemos decidido avanzar, aparece esto… No tengo claro qué hacer, Marta.

Hubo unos segundos de silencio, en los que ambos permanecimos mirándonos con incertidumbre. Finalmente, me decidí a hablar, tratando de sonar segura y sincera a pesar de lo confundida que estaba.

—Lucas, no puedo decirte qué hacer, y sabes que quiero lo mejor para ti. Pero tampoco puedo negar que pensar en que te marches justo ahora me cuesta bastante. Supongo que tenía la ilusión de que finalmente las cosas entre nosotros podrían funcionar de verdad, y ahora aparece esto…

Lucas asintió lentamente, tocando suavemente mi mano con un gesto cálido y sincero.

—Sé cómo te sientes, porque me pasa exactamente lo mismo. Pero creo que merecías saberlo desde el primer momento. Quería ser completamente honesto contigo antes de tomar cualquier decisión.

—Te lo agradezco —respondí, manteniendo mi voz firme aunque mi interior estuviera temblando ligeramente—. ¿Cuánto tiempo tienes para decidir?

—En unos días debo darles una respuesta definitiva —explicó Lucas suavemente—. No quiero tomar esta decisión solo, Marta. No quiero perder lo que tenemos, pero tampoco quiero que más adelante sientas que renuncié a algo importante solo por quedarme.

Respiré profundamente, entendiendo perfectamente la complicada situación en la que ambos estábamos atrapados ahora. Finalmente, le miré con decisión, sabiendo que no podíamos resolverlo todo en un solo encuentro.

—Lucas, no vamos a precipitarnos. Ahora mismo estamos confundidos los dos. Tomémonos estos días para pensarlo bien, y pase lo que pase, decidiremos juntos cómo continuar.

Él asintió lentamente, apretando ligeramente mi mano, aunque en el fondo de sus ojos podía notar claramente la misma incertidumbre que yo sentía. Sabíamos perfectamente que, a partir de ahora, nuestra relación se enfrentaba al desafío más grande desde que nos habíamos conocido.

CAPÍTULO 14 – MALENTENDIDOS

Desde la charla con Lucas sobre la oferta de trabajo, las cosas se sentían raras entre nosotros. Aunque habíamos decidido tomarnos un tiempo para reflexionar con calma sobre la situación, la realidad era que cada encuentro entre nosotros estaba marcado por una tensión incómoda y una distancia emocional que ninguno parecía capaz de superar.

Lucas se había vuelto más silencioso, más esquivo. Respondía mis mensajes con frases cortas y frías, y las pocas veces que coincidíamos, notaba que evitaba deliberadamente mencionar el tema del trabajo en Londres. Esa actitud distante comenzó a generarme una ansiedad creciente. Por mucho que tratara de evitarlo, no podía dejar de pensar que él ya había tomado una decisión en secreto, y que yo simplemente estaba esperando a que me comunicara que iba a marcharse.

Una tarde, mientras ayudaba a Laura a cerrar la cafetería, me sorprendió con una pregunta directa y llena de preocupación:

—Marta, ¿está todo bien con Lucas últimamente? Te veo un poco preocupada estos días.

Suspiré profundamente mientras terminaba de limpiar la vitrina, tratando de decidir si contarle a Laura lo que estaba ocurriendo o guardármelo para mí misma. Finalmente, decidí ser honesta.

—Lucas recibió una oferta de trabajo en Londres y todavía no sabemos qué hacer. Pero estos días ha estado muy raro conmigo, como si ya hubiese decidido irse y no se atreviera a decírmelo directamente.

Laura asintió con expresión comprensiva, acercándose para apoyar una mano en mi hombro.

—Quizá está tan perdido como tú y no sabe cómo manejar la situación. Pero Marta, no puedes quedarte esperando a que él tome

la iniciativa. Si te está afectando tanto, deberías hablar claramente con él.

Negué ligeramente con la cabeza, sintiendo cómo mi ansiedad se mezclaba con una creciente frustración.

—Ese es precisamente el problema, Laura. Ya hemos hablado, pero siento que últimamente soy yo quien siempre acaba buscándolo, siempre soy yo la que necesita respuestas. Empiezo a estar cansada de esperar y sentirme insegura todo el tiempo. Si Lucas quiere marcharse, debería decírmelo ya y no alargar esta incertidumbre.

Laura me miró en silencio durante unos segundos, visiblemente afectada por mi malestar. Finalmente, suspiró con suavidad antes de responderme con calma.

—Entonces quizá sea momento de confrontarlo directamente. No puedes vivir con esta angustia constante, Marta. Si él no toma la iniciativa, tendrás que hacerlo tú, aunque sea incómodo.

Asentí lentamente, sabiendo perfectamente que Laura tenía razón. No podía seguir fingiendo que todo estaba bien cuando claramente no lo estaba. Era hora de enfrentar a Lucas y aclarar las cosas de una vez por todas, aunque tuviera miedo del resultado que aquella conversación podría tener.

Aquella misma tarde decidí que no podía seguir aplazando más la conversación con Lucas. La incertidumbre estaba empezando a consumirme, y cuanto más tiempo pasaba sin resolver la situación, más insegura me sentía. Respiré hondo mientras subía las escaleras hacia su apartamento, tratando de mantener la calma, aunque mi corazón latía con una ansiedad que no lograba controlar.

Lucas abrió la puerta tras unos segundos, sorprendido al verme allí sin previo aviso. Su rostro parecía cansado, como si también él hubiera pasado días complicados.

—Hola, Marta —saludó con cierta reserva—. No esperaba verte ahora. ¿Ha pasado algo?

—Tenemos que hablar, Lucas —dije suavemente, tratando de sonar tranquila, aunque mi voz revelaba una ligera tensión.

Me dejó pasar en silencio, cerrando la puerta lentamente detrás de nosotros. Nos sentamos en el sofá del salón, separados por un espacio que parecía mayor de lo habitual. Durante unos segundos ambos nos quedamos en silencio, incapaces de romper la incomodidad que había surgido entre nosotros.

—Lucas, necesito que me digas lo que está pasando —comencé finalmente, mirándolo directamente a los ojos—. Desde que recibiste la oferta laboral estás distante, como si ya hubieras decidido aceptar ese trabajo en Londres y simplemente estuvieras esperando el momento adecuado para decírmelo.

Lucas frunció el ceño ligeramente, sorprendido por la firmeza de mis palabras, pero enseguida negó con calma, aunque con cierta incomodidad.

—No he decidido nada todavía, Marta. Solo estoy intentando aclarar mis ideas. No quiero precipitarme, es una decisión complicada.

—Lo entiendo, pero no puedes dejarme esperando eternamente, Lucas. Necesito saber dónde estoy en todo esto —respondí con suavidad pero firmeza, sintiendo cómo mis emociones comenzaban a desbordarse lentamente—. Últimamente tengo la sensación de que si no soy yo quien da el paso, tú jamás lo harás.

Lucas se pasó una mano por el pelo, visiblemente agobiado por la conversación. Su voz adquirió un tono algo más intenso, reflejando la frustración que también él parecía llevar acumulada.

—Marta, tú no eres la única que se siente así. ¿Crees que para mí ha sido fácil este tiempo? ¿Que no tengo miedo de perder lo que tenemos, justo cuando parecía que al fin avanzábamos?

—Si eso fuera verdad, Lucas, no te habrías alejado como lo estás haciendo —repliqué, sintiendo cómo mi voz comenzaba a quebrarse ligeramente—. Cada vez que pasa algo importante entre nosotros, retrocedes dos pasos, y yo me quedo esperando a que vuelvas a avanzar. Estoy cansada de eso, estoy cansada de esperar siempre.

Lucas se quedó callado unos instantes, claramente dolido por mis palabras. Cuando respondió, lo hizo con una voz baja y algo más

dura de lo que esperaba.

—Quizás lo que ocurre es que nunca llegaste a confiar del todo en mí. Siempre has tenido un pie fuera, Marta. Tu vida en Barcelona ya está perfectamente organizada. Tienes tu cafetería, tus amistades, tu estabilidad. Y yo, ¿qué tengo aquí aparte de ti?

Aquella frase me atravesó con una fuerza inesperada. Sentí cómo el dolor se mezclaba con la rabia y la frustración de manera inevitable.

—¿Y eso significa que si yo no estoy, no tienes motivos para quedarte? —pregunté con voz temblorosa, luchando por mantener la calma—. ¿Todo lo que hemos vivido se reduce solo a eso para ti?

Lucas apartó la mirada, incapaz de responder inmediatamente. Su silencio fue suficiente para confirmarme mis peores temores. Respiré hondo, sintiendo que aquel momento se volvía demasiado doloroso para soportarlo más tiempo.

Me levanté lentamente, tratando de controlar el temblor que sentía en las manos y la profunda decepción que me invadía.

—Quizá ya tengo mi respuesta —dije finalmente, en voz baja—. Creo que ahora mismo no tiene sentido seguir con esta conversación.

Sin esperar respuesta, caminé hacia la puerta, sintiendo cómo cada paso que daba hacia la salida aumentaba la distancia entre nosotros más allá de lo físico, marcando una separación emocional que dolía más profundamente que cualquier palabra pronunciada aquella tarde.

Tras salir del apartamento de Lucas, me refugié inmediatamente en el mío, cerrando la puerta con suavidad mientras sentía cómo se derrumbaba sobre mí una sensación de vacío inmenso. Las palabras que habíamos intercambiado seguían resonando en mi cabeza con una dureza que no podía ignorar. Me sentía culpable por haber reaccionado así, pero también dolida por lo que Lucas había dicho. No lograba comprender cómo habíamos llegado a ese punto después de tanto esfuerzo por acercarnos.

Al otro lado del pasillo, Lucas se quedó mirando la puerta cerrada, incapaz de moverse durante varios segundos. Sentía cómo cada una de las palabras que habíamos dicho seguía clavada profundamente en él, generando una mezcla insoportable de culpa, enfado e impotencia. Finalmente, se dirigió lentamente hacia el sofá y se dejó caer en él con frustración, mirando al techo mientras trataba inútilmente de calmar sus emociones.

La conversación con Marta había sacado a flote inseguridades y miedos que él mismo había tratado de mantener ocultos durante demasiado tiempo. Ahora, después de aquella discusión, Lucas no tenía claro qué le quedaba realmente en Barcelona. Marta tenía razón en algo; desde que había llegado, su vida se había limitado en gran parte a ella, a sus amigos y a unos cuantos trabajos que nunca terminaban de despegar. La oferta laboral en Londres ya no parecía solo una oportunidad profesional, sino casi la única salida para alejarse del dolor que sentía en ese momento.

Con gesto cansado, cogió su teléfono y buscó rápidamente el número del contacto de Horizon Design. Dudó solo un instante antes de pulsar el botón de llamada, consciente de que con ese sencillo gesto estaba tomando una decisión que cambiaría radicalmente su vida. La voz del otro lado contestó con rapidez, y Lucas respiró profundamente antes de hablar con firmeza.

—Hola, Richard. Soy Lucas Navarro. He estado pensando en la oferta, y me gustaría aceptarla —dijo con una seguridad que ni él mismo sentía del todo—. ¿Cuándo tendría que incorporarme?

Mientras escuchaba atentamente los detalles que le ofrecían desde Londres, Lucas sintió cómo la realidad de su decisión comenzaba a cobrar forma con claridad. Ya no había marcha atrás. Aquella discusión con Marta lo había convencido definitivamente de que lo mejor era marcharse. Intentaba convencerse a sí mismo de que era la elección correcta, aunque una parte de él no podía evitar preguntarse si aquella decisión no era más una huida que un auténtico paso adelante.

Al colgar el teléfono, Lucas se quedó mirando fijamente la pantalla apagada, con la certeza amarga de que había tomado una decisión impulsiva que cambiaría para siempre lo que había empezado a construir en Barcelona, y especialmente aquello que apenas había comenzado a florecer con Marta.

CAPÍTULO 15 – PLAN DE RECONQUISTA

Los días siguientes fueron especialmente difíciles para mí. Después de enterarme por Raquel de que Lucas había aceptado definitivamente la oferta en Londres, sentí cómo una mezcla de tristeza, culpa y desesperanza se instalaba en mi día a día, quitándome incluso las ganas de ir a la cafetería. Era como si, de repente, todo lo que había construido desde mi llegada a Barcelona hubiera perdido su sentido.

Raquel no tardó en darse cuenta de mi estado, y una tarde, después del cierre, apareció en la cafetería decidida a hacerme reaccionar. Se sentó frente a mí en una de las mesas vacías y me observó en silencio durante unos segundos antes de hablar con suavidad, aunque con una firmeza que solo ella sabía mantener en momentos así.

—Marta, esto no puede seguir así. Entiendo que estés triste, pero Lucas todavía no se ha ido, y quizás todavía estás a tiempo de cambiar algo.

La miré cansada, sintiendo cómo la sola idea de intentarlo me producía más miedo que ilusión.

—No lo sé, Raquel. La última vez que hablamos las cosas salieron fatal. Creo que ya es tarde para intentar nada.

Raquel negó lentamente con la cabeza, colocando su mano sobre la mía en un gesto de apoyo sincero.

—Nunca es tarde si realmente lo sientes. Has cometido errores, Lucas también, pero ninguno de los dos ha dejado de quererse. ¿Vas a permitir que una simple discusión termine con todo?

Suspiré profundamente, intentando encontrar en mí misma algo de la fuerza que Raquel parecía tener siempre de sobra.

—¿Y qué sugieres que haga exactamente? ¿Que vaya a suplicarle que se quede?

—No, por supuesto que no —respondió Raquel con firmeza—. Eso no sería auténtico, ni sería propio de ti. Pero podrías hacer algo sincero, algo desde aquí mismo, desde tu cafetería, que muestre quién eres realmente y qué sientes por él. Haz algo que le recuerde por qué os enamorasteis el uno del otro.

Me quedé en silencio, observando lentamente el local que con tanto esfuerzo había convertido en mi hogar y mi refugio. Finalmente asentí con suavidad, sintiendo cómo las palabras de Raquel empezaban a encender lentamente una pequeña llama de determinación en mi interior.

—Está bien, quizás tengas razón. Pero necesito pensar bien qué hacer. No quiero cometer otro error que aleje aún más a Lucas.

Raquel sonrió suavemente, con una mezcla de alivio y confianza, claramente satisfecha por haber logrado despertar en mí algo de esperanza.

—Perfecto, Marta. Esta vez seremos auténticas, seremos tú misma. No podrás fallar siendo sincera contigo y con Lucas.

Aquella tarde, después de que Raquel se marchara, me quedé sola en la cafetería, pensando detenidamente en qué podía hacer exactamente. Sabía que no sería fácil, pero estaba decidida a intentarlo, consciente de que aquella podía ser mi última oportunidad para demostrarle a Lucas que lo que sentía era auténtico y que estaba dispuesta a luchar por ello hasta el final.

Al día siguiente, entré a la cafetería con más energía de la que había tenido en los últimos días. Estaba decidida a crear algo especial, algo que representara realmente lo que sentía por Lucas y que, al mismo tiempo, reflejara quién era yo. Tenía claro que cualquier gesto debía salir directamente del corazón, y no de un impulso desesperado.

En cuanto llegué, Laura notó enseguida el cambio en mi actitud. Me observó con curiosidad mientras yo recorría la cocina, inspeccionando ingredientes y tomando notas rápidas en una libreta pequeña.

—Marta, ¿qué tramas? —preguntó finalmente, acercándose con una sonrisa intrigada—. Hacía días que no te veía con esa expresión.

—Voy a hacer algo especial —respondí con calma, concentrada en apuntar algunas ideas—. Necesito que sea auténtico, algo que Lucas reconozca inmediatamente. Nada demasiado elaborado, pero sí muy personal.

Laura se sentó frente a mí en la pequeña mesa auxiliar de la cocina, apoyando la barbilla sobre una mano mientras me miraba divertida.

—Entiendo. Supongo que eso tiene que ver con Lucas y la oferta de Londres, ¿no?

Asentí suavemente, sintiendo cómo una ligera sonrisa se formaba en mis labios al pensar en él.

—Sí, quiero que Lucas entienda cuánto significa para mí, pero no quiero presionarlo ni hacerle sentir culpable. Solo necesito que sepa exactamente cómo me siento.

Laura asintió lentamente, observándome con complicidad y algo de emoción.

—Bueno, tienes todo mi apoyo. ¿Qué tienes en mente exactamente?

Miré alrededor, recorriendo visualmente los ingredientes habituales de la cafetería hasta que finalmente una idea clara tomó forma en mi cabeza.

—Voy a preparar una pequeña degustación de cupcakes especiales, cada uno de ellos con un sabor que simbolice algo importante de nuestra historia. Pondré mensajes cortos y sinceros junto a cada uno, algo que Lucas pueda entender fácilmente.

Laura sonrió ampliamente, asintiendo con entusiasmo y comprensión.

—Me encanta la idea, Marta. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito que me ayudes a elegir los sabores más significativos. También necesito asegurarme de que todo sea muy auténtico, que no se vea como un gesto desesperado. Y quizás podría ser buena idea decorar la cafetería de manera especial, pero sin exagerar.

En ese momento, Raquel entró a la cafetería con paso decidido y una sonrisa radiante, captando inmediatamente nuestra atención.

—¡Ya me ha contado un pajarito que tenemos un plan! —exclamó animadamente, acercándose hasta la mesa—. Marta, estoy orgullosa de ti.

Me reí suavemente, sintiéndome aliviada por tener a las dos a mi lado en ese momento tan importante.

—Raquel, justamente estábamos decidiendo cómo preparar los cupcakes y la cafetería para que todo sea perfecto.

Raquel asintió con determinación, sentándose junto a Laura con aire de absoluta concentración.

—Bien, chicas, vamos a hacer que Lucas se dé cuenta de lo que realmente está a punto de dejar atrás. Marta, tú solo dinos qué necesitas exactamente, y nosotras nos encargamos de ayudarte.

Durante las siguientes horas, la cafetería se transformó en un pequeño taller improvisado, lleno de risas, complicidad y creatividad. Entre las tres elegimos cuidadosamente cada sabor, cada frase, cada detalle decorativo. Al finalizar la tarde, me sentía más segura que nunca de que lo que estaba haciendo era lo correcto. No había fingido ni exagerado nada; simplemente estaba siendo yo misma, expresando con sinceridad todo lo que sentía por Lucas, convencida de que ese era exactamente el camino que debía seguir para intentar recuperarlo.

Cuando todo estuvo preparado, me senté en la cafetería ya vacía y cogí mi teléfono con las manos algo temblorosas. Respiré profundamente varias veces antes de escribirle a Lucas un mensaje sencillo y directo, intentando sonar lo más natural posible a pesar del nerviosismo que me invadía.

«Hola, Lucas. Sé que últimamente las cosas han sido complicadas, pero he preparado algo especial en la cafetería mañana por la tarde y me gustaría mucho que vinieras. No hay presión, solo quiero que lo veas. Marta».

Envié el mensaje rápidamente antes de arrepentirme. La respuesta tardó en llegar más de lo habitual, lo que hizo que mi

ansiedad aumentara considerablemente. Finalmente, la pantalla se iluminó con la breve respuesta de Lucas.

«Vale, Marta. Allí estaré».

Aquella confirmación simple hizo que sintiera una pequeña punzada de esperanza mezclada con nervios. Aunque Lucas no había mostrado demasiado entusiasmo, al menos había aceptado venir. Ahora todo dependía de mí y de que aquello que había preparado fuera capaz de hacerle recordar por qué habíamos llegado a ser tan importantes el uno para el otro.

Al día siguiente, desde primera hora, Raquel y Laura me ayudaron a ultimar los detalles en la cafetería. Colocamos cuidadosamente los cupcakes que había preparado, cada uno acompañado por pequeñas tarjetas con mensajes cortos pero sinceros. La decoración era sencilla pero acogedora, llena de detalles sutiles que Lucas podría reconocer fácilmente, referencias directas a momentos especiales que habíamos compartido juntos.

Poco antes de la hora acordada, Raquel y Laura decidieron marcharse para dejarme sola. Me dieron ánimos y salieron discretamente por la puerta trasera, conscientes de que necesitaba enfrentar aquel momento a solas con Lucas. Mientras esperaba su llegada, me senté en una de las mesas, intentando mantener la calma, aunque era inevitable sentir cómo los nervios se apoderaban lentamente de mí.

Unos minutos más tarde, escuché el sonido familiar de la campanilla de la puerta. Lucas entró despacio, algo inseguro, y al verme sentada allí, ambos intercambiamos una sonrisa tímida, casi incómoda. Me levanté lentamente y me acerqué a él con tranquilidad, intentando ocultar lo mucho que estaba en juego para mí en aquel momento.

—Hola, Lucas —saludé suavemente—. Me alegro de que hayas venido.

—Hola, Marta —respondió él con voz algo contenida, aunque su mirada mostraba curiosidad—. No estaba seguro de qué esperar, pero aquí estoy.

Le sonreí suavemente, indicándole con un gesto que me siguiera hacia la mesa central donde había dispuesto los cupcakes cuidadosamente. Lucas observó todo con atención, comenzando a entender lentamente el significado real de lo que había preparado para él. Sentí cómo mi corazón latía con fuerza, consciente de que aquella pequeña degustación representaba mucho más que una simple muestra de repostería; era mi manera de decirle, de forma auténtica y honesta, cuánto significaba para mí y cuánto deseaba que reconsiderara su decisión de marcharse.

CAPÍTULO 16 – CONSEJOS ERRONEOS

Lucas salió de la cafetería aún desconcertado por el gesto que Marta había tenido con él. Aunque no quería admitirlo en voz alta, lo cierto es que aquel detalle tan personal había logrado tocar una parte muy profunda en él. Sin embargo, la confusión seguía presente: había aceptado la oferta laboral en Londres, y ahora no estaba seguro de si estaba haciendo lo correcto.

Decidió que necesitaba urgentemente hablar con alguien, y por más que su instinto le decía que pedirle consejo a Álex no era la mejor idea del mundo, terminó enviándole un mensaje. Apenas veinte minutos después, ambos estaban sentados en el sofá del apartamento de Lucas, rodeados de cajas medio llenas que anunciaban su posible marcha.

—A ver, Lucas, dime claramente qué es lo que te preocupa tanto —comenzó Álex con una mezcla de curiosidad y seriedad, acomodándose en el sofá como si estuviera a punto de dar un gran consejo.

—Marta —respondió Lucas con un suspiro cansado—. Me hizo algo especial en la cafetería hoy. Fue… auténtico, íntimo, no sé cómo describirlo. Y ahora no sé qué hacer con todo esto. Justo cuando estaba convencido de marcharme, ella hace algo así, y siento que estoy perdiendo la cabeza.

Álex se llevó una mano al mentón, fingiendo reflexionar profundamente mientras Lucas lo observaba, esperando que al menos esta vez su amigo lograra darle una idea medianamente razonable.

—Entiendo perfectamente lo que te ocurre, Lucas. Lo que necesitas es marcar distancia y claridad —dijo Álex finalmente con absoluta convicción—. Mi consejo es que respondas con algo igual

de impactante. Algo que Marta no espere. Algo que la deje tan descolocada como tú te sientes ahora mismo.

Lucas frunció ligeramente el ceño, claramente inseguro de por dónde iba aquella sugerencia.

—¿A qué te refieres exactamente con "impactante"? No creo que Marta necesite más confusión.

—Precisamente eso es lo que necesita —insistió Álex con entusiasmo creciente—. Debes aparecer con algo totalmente inesperado. No sé, quizás enviarle flores cada hora durante todo el día, o mejor aún, escribirle un poema gigante en la puerta de la cafetería. ¡Algo muy grande y visual!

Lucas lo miró incrédulo durante unos segundos, tratando de determinar si Álex hablaba en serio o estaba simplemente bromeando.

—¿De verdad crees que enviarle flores cada hora o escribir un poema gigante en la puerta de su cafetería es una buena idea, Álex? Porque a mí me parece que acabaré generando más confusión.

Álex agitó una mano despreocupadamente, restando importancia a las dudas de Lucas.

—Créeme, amigo. Si hay algo que entiendo en esta vida es cómo sorprender a una mujer. Lo que necesitas es desconcertarla tanto como ella te desconcertó a ti. Así equilibrarás la balanza y podréis hablar en igualdad de condiciones.

Lucas suspiró profundamente, consciente de que aquella conversación no estaba llevando a ningún lado lógico. Sin embargo, pese a la evidente absurdidad de las sugerencias de Álex, no pudo evitar preguntarse si quizá tenía algo de razón. Quizás, después de todo, sorprender a Marta con algo igualmente inesperado podría ser justo lo que necesitaban para aclarar aquella situación tan complicada.

Mientras tanto, yo estaba sentada en el sofá de mi apartamento, con Raquel sentada frente a mí, observándome con una mezcla de entusiasmo y determinación que me hacía sentir nerviosa incluso antes de que empezara a hablar.

—Raquel, necesito consejo. Le mostré mis sentimientos a Lucas de la forma más clara posible, pero ahora no sé qué paso dar. ¿Espero a que él diga algo, o debería hacer algo más?

Raquel me observó en silencio durante unos segundos antes de asentir decididamente, como si acabara de tomar una decisión trascendental.

—Marta, cariño, esperar no es una opción. Debes seguir sorprendiendo a Lucas. Has hecho algo dulce, auténtico, pero ahora necesitas ir un paso más allá. ¡Tienes que ser memorable!

La miré algo desconcertada, tratando de interpretar exactamente a qué se refería con "memorable", aunque en el fondo temía preguntar demasiado.

—¿Memorable? ¿Qué tipo de memorable estás pensando exactamente, Raquel?

—Algo que lo deje absolutamente impresionado, algo inolvidable, Marta —respondió Raquel con total seguridad—. Quizás podrías organizar una pequeña sorpresa musical en plena cafetería, con músicos profesionales que canten una canción que tenga un significado especial para los dos. O podrías decorar su apartamento de manera inesperada cuando él no esté, llenarlo de globos y mensajes románticos que encuentre al entrar.

Me quedé mirándola con la boca ligeramente abierta, incapaz de creer realmente que estuviera hablando en serio. Raquel, por supuesto, no parecía darse cuenta del absurdo evidente en sus propuestas, pues estaba claramente emocionada con la idea que acababa de plantearme.

—Raquel, ¿de verdad estás sugiriendo que organice una serenata improvisada en mi cafetería o que me meta en el apartamento de Lucas sin avisar y lo llene de globos? ¿No crees que eso podría generar aún más confusión en lugar de ayudar?

Raquel agitó la mano, restando importancia a mis preocupaciones con absoluta tranquilidad.

—¡Claro que no, Marta! Lucas necesita sentir que estás dispuesta a todo por él. Créeme, los hombres adoran estas cosas inesperadas

y exageradas. Con Álex siempre funciona.

—Sí, pero Lucas no es Álex —le recordé suavemente, intentando mantener la calma—. No estoy segura de que él aprecie precisamente ese tipo de sorpresas.

Raquel suspiró profundamente, visiblemente decepcionada por mi falta de entusiasmo frente a sus ideas creativas.

—Entonces piensa en algo menos llamativo, pero igualmente especial. El punto es que no puedes quedarte sin hacer nada. Necesitas mostrarle claramente que tus sentimientos son sinceros y que estás decidida a recuperarlo.

Respiré profundamente, intentando ordenar mis pensamientos, aunque cada sugerencia nueva de Raquel parecía complicar aún más mi propia claridad. Sabía que necesitaba hacer algo, pero ahora mismo me sentía más confundida que nunca sobre cómo actuar exactamente, especialmente después de aquella conversación llena de buenas intenciones, pero desastrosos consejos de mi amiga.

La mañana siguiente, impulsados por los consejos poco fiables de Raquel y Álex, tanto Lucas como yo acabamos envueltos en situaciones absurdas que ninguno de los dos había planeado del todo.

Lucas, haciendo caso parcialmente al consejo de Álex, decidió comprar flores para enviármelas a la cafetería. Sin embargo, su intento por ser original acabó siendo algo excesivo. Cada media hora, sin fallar, llegaba un mensajero con un ramo nuevo, cada vez más grande y más extravagante que el anterior. Laura, que estaba trabajando conmigo aquella mañana, observaba cada nueva entrega con una mezcla de incredulidad y diversión contenida.

—Marta, creo que Lucas ha perdido completamente el control de esto —comentó Laura después del cuarto ramo, que casi cubría por completo una de las mesas centrales.

—Yo también empiezo a pensar lo mismo —respondí algo avergonzada, sin saber exactamente cómo manejar aquella situación que ya atraía miradas curiosas de los clientes que entraban a la cafetería.

Mientras trataba de encontrar un lugar donde colocar el quinto ramo, Raquel apareció en la puerta con una expresión radiante y visiblemente emocionada, aunque enseguida mostró una sorpresa exagerada al contemplar la cafetería repleta de flores.

—¡Vaya, Marta, no sabía que Lucas tenía este lado tan exageradamente romántico! —exclamó, mirando divertida el pequeño caos floral que había invadido el local.

—Esto se nos ha ido claramente de las manos —admití suspirando, mientras intentaba liberar espacio en el mostrador.

—Bueno, al menos él también ha decidido actuar —respondió Raquel con entusiasmo—. Aunque creo que podría haber dosificado un poco mejor las entregas.

Por mi parte, había tomado parcialmente el consejo de Raquel, aunque en una versión mucho más discreta y contenida. Había preparado un pequeño y sencillo mensaje con cupcakes, intentando evitar que resultara tan aparatoso como las flores que seguían llegando una tras otra. Pero, viendo la exageración de Lucas, ahora me preocupaba que mi gesto discreto pudiera parecer demasiado simple en comparación.

Justo cuando estaba debatiendo internamente qué hacer, la puerta se abrió nuevamente y Lucas entró en la cafetería con expresión avergonzada y nerviosa, observando incómodo las decenas de flores que él mismo había encargado.

—Lo siento muchísimo, Marta. No esperaba que esto fuera tan exagerado —se disculpó inmediatamente al acercarse a mí—. Creo que he seguido consejos poco fiables.

Sonreí suavemente, aliviada de verlo allí y notar que estaba igual de incómodo que yo ante aquella situación desastrosa.

—Creo que ambos hemos recibido consejos pésimos esta vez —admití suavemente, señalando la bandeja de cupcakes con mi mensaje—. Aunque en mi caso, intenté ser menos llamativa que tú.

Lucas observó la bandeja con atención, sonriendo ligeramente al leer el breve mensaje escrito con glaseado sobre los cupcakes: «Quédate». La sencillez del gesto pareció calmar un poco el

ambiente, y durante unos segundos nos miramos en silencio, conscientes de que a pesar del caos que habíamos creado, ambos estábamos intentando lo mismo: encontrar la manera adecuada de reconectar, aunque claramente necesitábamos aprender a ignorar ciertos consejos de nuestros amigos.

CAPÍTULO 17 – CUPCAKE DESASTROSO

Aquella mañana, después de la caótica situación provocada por los malos consejos recibidos, decidí que esta vez debía hacer algo mucho más personal, algo más sencillo y directo que llegara directamente al corazón de Lucas. Necesitaba un gesto sincero, auténtico, sin flores exageradas ni sorpresas demasiado llamativas.

Así que, tras despedir a Laura al terminar su turno, cerré temporalmente la cafetería para tener privacidad y concentrarme en preparar un cupcake muy especial. Tenía claro lo que quería hacer: un cupcake inspirado en algo muy personal de Lucas, con un pequeño mensaje oculto en su interior que él pudiera reconocer inmediatamente. Sentía cómo el nerviosismo se mezclaba con la esperanza mientras reunía todos los ingredientes sobre la mesa de la cocina.

Recordando detalles de nuestras conversaciones, pensé en un cupcake que tuviera chocolate y naranja, un sabor que Lucas había mencionado una vez, casi de pasada, como el favorito de su infancia. Sabía que aquello era algo pequeño, pero precisamente por eso confiaba en que pudiera conmoverlo. Era el tipo de detalle que solo yo podía recordar, y que podría hacerle entender que realmente prestaba atención a cada cosa que me decía.

Empecé a mezclar los ingredientes con cuidado, asegurándome de que todo estuviera perfecto. Mientras batía la mezcla suavemente, sentí cómo los nervios comenzaban a crecer lentamente en mi interior. Respiré profundamente varias veces, tratando de calmarme, aunque mi pulso parecía acelerarse cada vez más conforme avanzaba la preparación. Cuando por fin vertí la mezcla en el molde, coloqué cuidadosamente en el centro un pequeño papel doblado, resistente al calor, que llevaba escrito un sencillo pero significativo mensaje: «Eres mi mejor decisión».

Con el cupcake en el horno, me senté frente a la puerta del pequeño electrodoméstico, observándolo fijamente mientras se horneaba lentamente. No podía evitar preguntarme una y otra vez si aquella idea era realmente buena, si Lucas entendería exactamente lo que pretendía transmitirle con algo tan simple. Aun así, decidí confiar en mi instinto. Estaba decidida a que este gesto fuera lo suficientemente auténtico para que Lucas viera claramente lo que significaba para mí.

Mientras el cupcake terminaba de hornearse, escuché mi teléfono sonar varias veces desde el mostrador. Ignoré las llamadas, concentrada únicamente en mi pequeña creación. Sabía que aquel cupcake representaba posiblemente mi última oportunidad de llegar verdaderamente al corazón de Lucas antes de que tomara su decisión definitiva sobre Londres. Y aunque el miedo y la inseguridad no me abandonaban del todo, esta vez sentía algo distinto: una extraña sensación de esperanza y confianza en que, finalmente, había encontrado la manera correcta de expresarle lo que sentía.

Cuando finalmente el temporizador indicó que el cupcake estaba listo, abrí cuidadosamente la puerta del horno, dejando que el dulce aroma a chocolate y naranja invadiera la cocina. Sonreí satisfecha al ver el resultado perfectamente dorado y esponjoso, justo como había imaginado. Sin embargo, en mi impaciencia por sacarlo del horno cuanto antes, cometí un torpe error que desencadenó una pequeña catástrofe.

Al intentar colocar el molde caliente sobre la encimera, tropecé ligeramente con el taburete que había dejado fuera de lugar. Sin poder evitarlo, solté el molde con un brusco movimiento reflejo, provocando que el cupcake saltara por los aires y aterrizara dramáticamente sobre la encimera, deformándose y perdiendo por completo su aspecto inicial perfecto.

Me quedé inmóvil unos segundos, mirando con incredulidad el pequeño desastre que acababa de provocar. El cupcake, que hasta hace un instante había sido la representación perfecta de mis sentimientos, ahora lucía aplastado y lamentable sobre la encimera.

Suspiré profundamente, tratando de mantener la calma y encontrar una solución rápida para arreglar aquella situación.

—Vale, Marta, tranquila, esto tiene arreglo —me dije a mí misma en voz alta, intentando animarme mientras buscaba con rapidez algo con lo que reparar el daño.

Intenté recolocar el cupcake con delicadeza, pero cuanto más trataba de recomponerlo, más desastroso lucía. La masa caliente se pegaba a mis dedos, y el glaseado que había preparado cuidadosamente empezó a extenderse de forma descontrolada. En mi desesperado intento por arreglarlo, acabé derramando parte del glaseado sobre el suelo, convirtiendo la cocina en un campo de batalla dulce y pegajoso.

Justo en ese instante, escuché la puerta abrirse y la voz alegre de Raquel resonó desde el mostrador:

—¡Marta, he visto la cafetería cerrada y me he preocupado! ¿Está todo…?

Raquel se quedó de pie en la puerta de la cocina, contemplando la escena con expresión entre sorprendida y divertida.

—Bien —terminó lentamente—. Veo que estás en plena creación artística.

Me giré hacia ella con una sonrisa avergonzada, mostrando mis manos cubiertas de glaseado y el desastre alrededor.

—Raquel, creo que he arruinado mi última oportunidad con Lucas. Quería hacer algo especial y mira cómo ha quedado todo.

Raquel no pudo contener una pequeña carcajada, acercándose a mí para ofrecer su ayuda.

—Tranquila, Marta, no es tan terrible como parece. Al menos tiene personalidad, ¿no crees? Seguro que Lucas sabrá valorarlo.

Levanté una ceja escéptica, mirando nuevamente al cupcake aplastado, que ahora parecía más bien una escultura abstracta.

—¿De verdad crees que esto tiene alguna oportunidad de conmover a Lucas?

Raquel sonrió divertida, colocando una mano tranquilizadora en mi hombro.

—Lo importante es la intención, Marta. Y créeme, Lucas apreciará más esto que cualquiera de tus intentos perfectos. Además, el mensaje sigue dentro, ¿no?

Asentí lentamente, intentando mantener un poco de optimismo mientras Raquel me ayudaba a limpiar el desastre. Aunque ahora dudaba mucho más sobre el éxito de mi plan, decidí seguir adelante y entregarle el cupcake tal como había quedado, confiando en que, de alguna forma inexplicable, Lucas pudiera ver más allá del desastre visual y encontrara el verdadero significado detrás de mi torpe pero sincero gesto.

Aquella misma tarde, con el cupcake colocado cuidadosamente en una pequeña caja decorativa —tratando de disimular en lo posible el aspecto desastroso que tenía—, caminé hasta el apartamento de Lucas. Sentía cómo los nervios se acumulaban lentamente en mi estómago a medida que me acercaba al edificio, consciente de que aquel pequeño desastre culinario era probablemente mi última carta para intentar llegar hasta él.

Al llamar al timbre, Lucas abrió la puerta con una expresión entre sorprendida e intrigada al verme allí de pie, con la pequeña caja en las manos y una sonrisa algo tímida.

—Hola, Marta. No esperaba verte hoy —dijo con voz suave y ligeramente insegura, apartándose para dejarme pasar.

—Lo sé, tampoco yo estaba muy segura de venir —respondí con sinceridad—, pero he hecho algo especial y quería entregártelo personalmente.

Lucas me miró con curiosidad mientras aceptaba la caja que le tendía con cierta inseguridad. Observó el envoltorio durante unos segundos antes de levantar la vista hacia mí con una sonrisa divertida.

—Espero que esto no implique más flores, Marta. Creo que aún me estoy recuperando del espectáculo floral.

Me reí suavemente, relajándome un poco al notar que Lucas parecía dispuesto a tomarse aquello con humor.

—Prometo que no tiene nada que ver con flores. Pero tengo que advertirte que… digamos que la presentación no es exactamente la que había planeado inicialmente.

Lucas arqueó ligeramente una ceja, abriendo con cuidado la caja para descubrir el cupcake torpemente reconstruido en su interior. Al verlo, soltó una risa inesperada que alivió considerablemente mi tensión inicial.

—Bueno, no puedo negar que es bastante original —comentó divertido, sacando con cuidado el cupcake de la caja—. ¿Ha ocurrido algo que debería saber?

Suspiré con una sonrisa avergonzada, encogiéndome ligeramente de hombros.

—Digamos que tuve algunos problemas técnicos en la cocina. Aun así, espero que el sabor compense su aspecto.

Lucas observó el cupcake unos instantes antes de decidirse a darle un pequeño mordisco. Lo vi masticar lentamente, con una expresión inicialmente neutral que rápidamente pasó a ser de sorpresa genuina al descubrir el mensaje escondido en su interior. Sacó con cuidado el papel doblado y leyó en voz baja lo que había escrito: «Eres mi mejor decisión».

Se quedó mirándolo en silencio, con una expresión que combinaba sorpresa y emoción. Finalmente levantó la vista hacia mí, claramente conmovido por lo que acababa de leer.

—Marta… esto es… —comenzó a decir con suavidad, aunque sin encontrar exactamente las palabras adecuadas—. No esperaba algo así.

Sonreí suavemente, aliviada de notar que, pese al desastre inicial, el mensaje había logrado su objetivo.

—Solo quería que supieras que, pase lo que pase, estoy segura de que elegirte ha sido lo mejor que he hecho desde que llegué aquí.

Lucas asintió lentamente, incapaz de ocultar la emoción en sus ojos mientras sostenía con delicadeza aquel trozo de papel, cuyo mensaje parecía haber tocado una fibra sensible en él. Sin necesidad

de más palabras, ambos comprendimos que aquel sencillo y torpe gesto había conseguido decir más que cualquier otro intento previo. Ahora solo quedaba esperar que fuera suficiente para cambiar su decisión sobre marcharse a Londres.

CAPÍTULO 18 – ROMANCE PARALELO

Un par de días después del desafortunado pero emotivo episodio del cupcake, recibí un mensaje animado de Raquel invitándome a cenar en su apartamento aquella misma noche. Su invitación era tan entusiasta y alegre que no pude rechazarla, aunque sospechaba que detrás de tanta efusividad se ocultaba algo más.

—¿Cena esta noche? ¿Qué celebramos exactamente? —le pregunté en tono bromista cuando le devolví la llamada unos minutos después.

—Nada en especial, solo quiero que estemos juntos los cuatro antes de que Lucas tome su decisión final sobre Londres —respondió Raquel con naturalidad, aunque pude notar cierto tono misterioso en su voz—. Álex también vendrá, y me parecía importante compartir una velada tranquila entre amigos. ¿Te apuntas?

—Claro que sí —respondí finalmente, intentando no darle demasiadas vueltas al asunto—. Allí estaré.

Esa misma tarde, mientras terminaba de arreglarme, volví a sentir los nervios en el estómago al pensar en volver a ver a Lucas después de nuestro último encuentro. Aunque el cupcake no había resultado exactamente como yo quería, estaba segura de que el mensaje había sido claro. Aun así, la incertidumbre de no saber cómo reaccionaría Lucas en aquella cena me provocaba una mezcla extraña de nerviosismo e ilusión.

Cuando llegué al apartamento de Raquel, ella abrió la puerta con una sonrisa radiante que inmediatamente aumentó mi curiosidad. Me abrazó con entusiasmo, arrastrándome prácticamente hasta el interior mientras Álex saludaba desde la cocina, donde parecía estar terminando algunos detalles de la cena.

—¡Marta, bienvenida! Pasa, ponte cómoda, Lucas debería llegar en cualquier momento —anunció Raquel con evidente emoción,

haciéndome sentar en el sofá mientras ella regresaba a la cocina junto a Álex, intercambiando miradas cómplices que no hicieron más que aumentar mis sospechas.

Observé el apartamento decorado de manera acogedora y sencilla, preguntándome una vez más cuál sería el verdadero motivo de aquella cena inesperada. Antes de que pudiera analizar más detenidamente la situación, el timbre sonó nuevamente y Raquel se apresuró a abrir la puerta con la misma alegría exagerada con la que me había recibido a mí.

Desde el sofá, observé cómo Lucas entraba en el apartamento, saludando primero a Raquel y luego dirigiendo su mirada hacia mí con una sonrisa ligeramente tímida pero cálida. Me puse de pie, acercándome lentamente para saludarlo con naturalidad, aunque en mi interior sentía cómo el corazón se me aceleraba inevitablemente.

—Hola, Marta —saludó Lucas suavemente, mirándome con sinceridad—. Me alegra verte.

—A mí también, Lucas —respondí con una sonrisa sincera, notando cómo lentamente la tensión inicial comenzaba a suavizarse entre nosotros—. Creo que nos espera una noche interesante.

Lucas asintió lentamente, claramente consciente, al igual que yo, de que Raquel y Álex parecían esconder alguna sorpresa. Sin embargo, en ese momento, ambos decidimos simplemente disfrutar de la velada, dejando que fueran nuestros amigos quienes desvelaran, en su momento, lo que tenían planeado.

La cena comenzó en un ambiente relajado y agradable, aunque era imposible ignorar ciertas miradas cómplices y sonrisas misteriosas entre Raquel y Álex, quienes parecían estar compartiendo un secreto que todavía no habían decidido revelar. Sentados alrededor de la mesa, disfrutábamos de los platos que habían preparado juntos, mientras la conversación fluía con naturalidad.

Lucas y yo habíamos dejado momentáneamente nuestras inseguridades de lado, centrándonos en simplemente disfrutar del momento. Él se sentaba frente a mí, y aunque nuestras miradas se

encontraban brevemente de vez en cuando, ambos intentábamos mantener una conversación ligera y casual, evitando temas demasiado profundos o incómodos.

Raquel, que parecía más inquieta de lo habitual, no dejaba de levantarse constantemente para traer cosas de la cocina o revisar detalles insignificantes. Álex, por su parte, mostraba una calma demasiado exagerada, con una sonrisa permanente que solo contribuía a aumentar mi curiosidad sobre lo que estaba ocurriendo realmente aquella noche.

En cierto momento, Raquel regresó de la cocina con una bandeja de aperitivos, colocándola con un gesto teatral en el centro de la mesa mientras miraba directamente a Álex con una sonrisa especialmente intensa.

—Por favor, Raquel, ¿quieres dejar de comportarte como si estuvieras en un programa de televisión? —bromeó Álex con un tono ligeramente burlón—. Los estás poniendo nerviosos.

Raquel lo miró indignada, aunque claramente divertida.

—Perdona, Álex, pero no todos somos capaces de mantener esa actitud tan perfectamente relajada y sospechosamente tranquila que llevas tú toda la noche.

Lucas sonrió con diversión, mirándome con complicidad mientras me encogía ligeramente de hombros.

—¿Podemos preguntar ya qué está pasando exactamente? —dijo Lucas finalmente, mirando alternativamente a Raquel y Álex con curiosidad—. Porque, sinceramente, parece que estáis ocultando algo importante desde que llegamos.

Raquel se mordió ligeramente el labio inferior, claramente luchando por no revelar todavía lo que tenía en mente, mientras Álex parecía disfrutar enormemente aquella situación, estirando aún más el misterio.

—Bueno, quizá haya algo que contaros…—comenzó finalmente Raquel con evidente dramatismo—. Algo que, francamente, llevamos un tiempo queriendo contar, pero no sabíamos cómo hacerlo exactamente.

—Y por supuesto habéis decidido hacerlo de la forma más extraña posible —comenté divertida, mirando a Lucas que parecía igual de intrigado que yo—. ¿Podéis simplemente decirlo y acabar con el suspense?

Raquel suspiró teatralmente, mirando a Álex con expresión exageradamente seria.

—Está bien, creo que es el momento adecuado —dijo Álex finalmente, aclarando su garganta con exagerada formalidad—. Marta, Lucas… Queríamos anunciar oficialmente que Raquel y yo estamos juntos. De forma oficial. Como pareja, quiero decir.

Se produjo un breve silencio en el que Lucas y yo intercambiamos una rápida mirada de sorpresa, antes de que finalmente ambos reaccionáramos al mismo tiempo con una risa suave, divertida y completamente genuina.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé riendo, observando a Raquel con absoluta incredulidad—. ¿Vosotros dos juntos? ¿Desde cuándo exactamente?

Raquel, que ahora parecía bastante más relajada tras revelar su secreto, se encogió de hombros ligeramente avergonzada, aunque claramente feliz por nuestra reacción positiva.

—Desde hace un tiempo, en realidad. Pero no sabíamos cómo decíroslo exactamente, así que pensamos que una cena tranquila podría ser la mejor manera —explicó con sencillez.

Lucas negó con la cabeza sonriendo ampliamente, observando a Álex con expresión divertida y ligeramente acusatoria.

—Y pensar que estabas dándome consejos sobre cómo gestionar mi relación con Marta —dijo Lucas con un tono claramente burlón—. Espero que seas algo mejor gestionando la tuya.

Álex soltó una carcajada, claramente divertido por la reacción de Lucas.

—Por supuesto que no, Lucas. Ya sabes que mis consejos son mucho mejores cuando no los aplico yo mismo.

La risa compartida relajó todavía más el ambiente, permitiendo que Lucas y yo dejáramos atrás la tensión inicial, disfrutando

simplemente de la sorpresa inesperada que nos acababan de regalar Raquel y Álex. Ahora entendía perfectamente por qué habían estado tan nerviosos toda la noche, y no podía evitar sentir una alegría sincera por mis dos amigos, incluso aunque el anuncio hubiera llegado envuelto en aquel misterio tan cómico y exagerado.

Tras la inesperada revelación, el ambiente de la cena se volvió aún más distendido y alegre. Raquel y Álex, liberados finalmente de la tensión que habían llevado toda la noche, comenzaron a compartir divertidas anécdotas sobre cómo habían intentado ocultarnos su relación durante semanas, con resultados claramente cuestionables.

—¿De verdad pensabais que nadie se había dado cuenta? —preguntó Lucas entre risas, observándolos con incredulidad—. Ahora entiendo por qué siempre parecías saber dónde estaba Raquel en cada momento, Álex.

—Admito que no somos precisamente discretos —respondió Raquel, riéndose y lanzando una rápida mirada cómplice a Álex—. Pero decidimos fingir que nadie lo había notado para no romper el encanto de nuestro gran anuncio.

Reí suavemente, observando con cariño la complicidad evidente entre mis amigos. Lucas me miró con una sonrisa, como si él también hubiera comprendido en ese momento que, pese a nuestras propias inseguridades y complicaciones, aquella noche estábamos compartiendo algo especial. Algo que, quizá, nos ayudaba a relajarnos y volver a encontrarnos de una manera más sencilla y natural.

—Bueno, ahora que ya es oficial —dijo Lucas, alzando su copa en dirección a Álex y Raquel—, creo que debemos brindar por vosotros, por esta nueva pareja tan inesperada como inevitable.

Raquel sonrió ampliamente, levantando su copa con entusiasmo mientras Álex imitaba su gesto con teatralidad.

—Brindemos por las parejas inesperadas —añadió Álex con énfasis, lanzando una rápida mirada burlona hacia Lucas y hacia mí —. Que parece que últimamente están muy de moda entre nosotros.

Sentí cómo mi rostro se ruborizaba ligeramente, aunque no pude evitar reírme con sinceridad junto a los demás. Lucas, claramente divertido y algo avergonzado por la indirecta de su amigo, decidió romper rápidamente aquel breve instante incómodo, brindando con más decisión.

—Por vosotros, chicos. Que os dure más que los consejos románticos de Álex —comentó finalmente Lucas, provocando una nueva carcajada general.

La conversación continuó fluyendo entre risas, bromas y momentos de genuina complicidad. Sin darnos cuenta, el tiempo pasó rápidamente mientras todos disfrutábamos de aquella velada que Raquel y Álex habían organizado con tanta torpeza y cariño.

En cierto momento, Lucas y yo nos encontramos nuevamente en la cocina mientras recogíamos algunos platos sucios. Nos miramos en silencio durante unos segundos antes de que Lucas hablara suavemente, con una sinceridad que me hizo estremecer ligeramente.

—Ha sido una buena noche, Marta. Necesitábamos algo así después de todo lo que ha pasado últimamente.

Asentí despacio, notando cómo su cercanía volvía a provocar en mí sensaciones que había intentado mantener bajo control durante toda la noche.

—Sí, creo que ambos lo necesitábamos —respondí suavemente, mirándolo con calidez—. Me alegro de haber venido, Lucas.

Él sonrió ligeramente, mirándome de una forma que lograba hacer que todas mis preocupaciones parecieran menos importantes. Sin decir nada más, volvimos juntos al salón, conscientes ambos de que aquella velada inesperadamente divertida había logrado acercarnos nuevamente, y quizás, en cierta medida, había comenzado a curar lentamente algunas de las heridas recientes que todavía quedaban abiertas entre nosotros.

CAPÍTULO 19 – CONFESIÓN DEFINITIVA

Aquella noche, tras volver de la cena en casa de Raquel, Lucas se sentó en el sofá de su apartamento con la mente más clara que en semanas. La velada con sus amigos, llena de complicidad y risas, le había recordado lo realmente importante que era tener cerca a las personas que quería, especialmente a Marta. Su decisión sobre Londres, que hasta entonces había parecido inevitable, ahora se tambaleaba, cuestionada por sentimientos que no podía ignorar.

Lucas permaneció largo rato en silencio, contemplando la ciudad desde la ventana. Recordó cómo Marta había irrumpido en su vida, cómo había conseguido poco a poco romper todas las defensas que él había construido a su alrededor, incluso las que ni él mismo sabía que existían. Sonrió para sí mismo, recordando todos los momentos absurdos y divertidos que habían compartido en los últimos meses, los consejos desastrosos de Álex, las travesuras bienintencionadas de Raquel y hasta los cupcakes torpemente elaborados por Marta, que siempre llevaban algo más que azúcar en su interior.

De pronto, Lucas sintió la necesidad urgente de hacer algo especial, algo que le demostrara a Marta exactamente lo que sentía y lo que había decidido hacer. Sabía que no podía prolongar más aquella incertidumbre. Se levantó decidido, tomó el teléfono y le escribió un mensaje breve pero significativo:

«Marta, ¿puedes venir a cenar mañana por la noche? Tengo algo importante que decirte.»

Su corazón se aceleró ligeramente mientras esperaba la respuesta. Unos instantes después, su móvil vibró, mostrando la sencilla respuesta de Marta:

«Claro que sí, Lucas. Allí estaré.»

Sonrió suavemente, aliviado y a la vez inquieto ante lo que estaba a punto de hacer. Quería que aquella cena fuera perfecta,

que cada detalle reflejara lo mucho que Marta significaba para él y la importancia de aquella decisión. Sabía que no era especialmente hábil organizando eventos románticos, pero esta vez estaba decidido a esforzarse más que nunca.

A la mañana siguiente, Lucas salió temprano para comprar todo lo necesario para la cena. Durante el día, se dedicó a preparar cuidadosamente cada detalle, desde la selección del menú hasta la decoración sencilla pero acogedora del salón. Aunque más de una vez se sintió torpe o inseguro con lo que estaba haciendo, recordó con humor que Marta seguramente apreciaría mucho más la sinceridad de sus intentos que cualquier perfección superficial.

Al caer la tarde, mientras terminaba de colocar cuidadosamente las velas en el centro de la mesa, Lucas volvió a sentir aquella mezcla de nerviosismo y emoción que ya conocía tan bien. Sabía perfectamente que aquella noche cambiaría el rumbo de sus vidas, y estaba decidido a que fuera un cambio para mejor. Justo cuando dio por terminados los últimos detalles, sonó el timbre de su puerta, acelerando nuevamente su pulso.

Respiró profundamente y caminó hacia la entrada, dispuesto a recibir a Marta con la certeza absoluta de que aquella noche, finalmente, sus vidas tomarían el camino que ambos habían estado esperando desde hacía tanto tiempo.

Abrí la puerta lentamente, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza al encontrarme con Lucas sonriendo frente a mí, con una expresión que revelaba cierto nerviosismo que él claramente trataba de disimular.

—Hola, Marta —saludó suavemente, abriéndose paso para que entrara—. Gracias por venir.

—No tienes por qué agradecerlo —respondí con sinceridad, observando con sorpresa y curiosidad el ambiente cálido y cuidadosamente preparado del salón—. Vaya, Lucas, esto sí que es inesperado.

Lucas sonrió tímidamente, encogiéndose ligeramente de hombros mientras me guiaba hasta la mesa perfectamente organizada. Había

velas encendidas, platos cuidadosamente servidos, y una botella de vino que claramente había sido escogida con especial atención. Me senté lentamente, tratando de asimilar aquella escena tan inusual viniendo de él, pero sobre todo, emocionada por el esfuerzo evidente que había puesto en cada pequeño detalle.

—No estoy acostumbrado a preparar cenas así —comentó Lucas con cierta timidez, sirviendo el vino con manos ligeramente temblorosas—, así que espero que al menos sepa mejor de lo que parece.

—Tiene una pinta maravillosa —respondí con una sonrisa sincera, sintiendo cómo mis propios nervios comenzaban a relajarse lentamente al notar su torpeza entrañable—. Estoy segura de que sabrá aún mejor.

Comenzamos a cenar tranquilamente, disfrutando de aquel menú que Lucas había preparado con esfuerzo y cariño, aunque con claras limitaciones culinarias que ambos notamos enseguida, lo que generó momentos divertidos en los que no pudimos contener las risas.

—Creo que he confundido alguna receta —reconoció Lucas entre risas cuando probamos un extraño entrante que ninguno de los dos logró identificar del todo—. Juro que en internet parecía más sencillo.

—Lucas, no importa en absoluto —le aseguré divertida—. Esto es exactamente lo que necesitaba después de tanto estrés. Algo auténtico, honesto y delicioso, aunque ligeramente incomprensible.

Él rio suavemente, relajándose visiblemente mientras la conversación fluía de manera natural y ligera. A medida que avanzaba la cena, sentí cómo poco a poco la tensión que había permanecido entre nosotros durante las últimas semanas comenzaba a desaparecer definitivamente. Reíamos juntos con complicidad, disfrutando del ambiente cálido y relajado que Lucas había conseguido crear, a pesar de sus limitaciones culinarias y decorativas.

Finalmente, después del postre —una sencilla tarta de chocolate que milagrosamente había sobrevivido sin incidentes mayores—,

Lucas respiró profundamente, adquiriendo una expresión más seria aunque aún manteniendo un brillo divertido en sus ojos.

—Marta, tengo que decirte algo importante —comenzó con voz suave pero firme, mirando directamente a mis ojos—. Después de pensarlo mucho, muchísimo, he tomado una decisión sobre Londres.

Sentí cómo mi estómago se tensaba ligeramente, intentando prepararme para cualquier posibilidad, aunque en el fondo tenía la esperanza de que aquella noche significara buenas noticias para nosotros.

—¿Y cuál es esa decisión? —pregunté suavemente, intentando mantener la calma aunque mi corazón latiera con fuerza.

Lucas me observó con intensidad, pero también con una ternura que me hizo sentir aún más nerviosa.

—He decidido quedarme aquí en Barcelona. No voy a aceptar el trabajo —dijo finalmente con claridad, esbozando una pequeña sonrisa—. Y lo hago porque aquí, contigo, tengo algo que no encontraré en ninguna otra parte. He cometido errores, lo sé, pero tú eres más importante que cualquier oportunidad profesional. Eres exactamente lo que quiero, Marta, y no quiero perderlo por nada del mundo.

Me quedé mirándolo en silencio, asimilando lentamente sus palabras, sintiendo cómo una mezcla de sorpresa, alegría y alivio me invadía por completo. Lucas, al verme callada, pareció preocuparse ligeramente, buscando rápidamente las palabras adecuadas para romper mi silencio.

—Claro que también influye que Álex me haya recordado que probablemente no volvería a encontrar una cafetería con cupcakes tan originales como los tuyos en Londres —añadió de repente con humor, tratando de aligerar la intensidad del momento—. No podía arriesgarme a perder eso.

Me eché a reír con suavidad, sintiendo cómo las emociones acumuladas finalmente se liberaban con aquella pequeña broma. Lucas se relajó visiblemente al verme reír, sosteniendo suavemente

mi mano sobre la mesa con una calidez y firmeza que despejaron cualquier duda que aún pudiera quedar en mi corazón.

—Lucas, no sabes cuánto me alegra escucharte decir eso —respondí finalmente, entre risas y emoción contenida—. Pero prométeme una cosa: no volveremos a pedirle consejos románticos a Álex jamás.

Él asintió con absoluta seriedad, aunque en sus ojos seguía brillando la diversión.

—Lo prometo solemnemente. De ahora en adelante, solo tú y yo decidiremos sobre nuestra relación. Sin más consejos absurdos de terceros.

Ambos reímos suavemente, manteniendo nuestras miradas entrelazadas en un momento que finalmente parecía traer consigo la calma, claridad y cercanía que ambos habíamos estado buscando durante tanto tiempo. Ahora, más que nunca, teníamos la certeza de que, pese a todos los errores cometidos, habíamos encontrado exactamente el lugar donde queríamos estar.

Después de aquella confesión, Lucas y yo nos quedamos en la mesa durante un largo rato, disfrutando simplemente de aquel momento especial. El peso de la incertidumbre se había levantado finalmente de nuestros hombros, dejando espacio para una tranquilidad y una alegría que hacía tiempo no sentía. Por primera vez en muchas semanas, sentía que todo encajaba perfectamente entre nosotros, como si todas las piezas hubiesen encontrado finalmente su lugar.

Lucas me miraba con una expresión que mezclaba cariño y cierta diversión, aún ligeramente avergonzado por haber mostrado abiertamente sus sentimientos, pero claramente satisfecho con haberlo hecho. Noté cómo mis propias emociones se reflejaban en sus ojos, creando una complicidad silenciosa que no necesitaba más palabras.

—Sabes, nunca pensé que diría esto, Marta —comentó finalmente Lucas con suavidad, apoyando una mano en la mesa mientras jugaba distraídamente con uno de los pequeños adornos que había

colocado—, pero creo que eres lo mejor que me ha pasado en esta ciudad desde que llegué.

Sonreí suavemente, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba ligeramente al escucharlo decir aquellas palabras con tanta sinceridad.

—Me alegra que finalmente lo hayas reconocido —respondí en tono de broma, fingiendo un gesto teatralmente arrogante—. Era cuestión de tiempo que te dieras cuenta.

Lucas rio suavemente, acercándose ligeramente a mí mientras negaba divertido con la cabeza.

—Siempre tan modesta, Marta. Aunque tienes razón, he tardado demasiado en darme cuenta de algo que era evidente desde el principio.

—Bueno, lo importante es que ahora lo sabes —respondí más suavemente, disfrutando de aquella cercanía que finalmente se había vuelto cómoda y natural—. Creo que nunca es tarde para admitir lo obvio.

Él asintió lentamente, observándome con calidez mientras el silencio cómodo se instalaba entre nosotros durante unos instantes. Ambos sabíamos que aquella noche había marcado definitivamente un antes y un después en nuestra relación, pero ninguno quería romper aún aquel pequeño momento de intimidad con más palabras.

En ese instante, Lucas rompió finalmente el silencio con una pequeña sonrisa traviesa, observando con humor el caos culinario que había quedado sobre la mesa.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? Que mañana tendré que explicarle a Álex que he renunciado a Londres por ti. Y ya puedo imaginarme su reacción —comentó divertido, fingiendo preocupación —. Seguro que intentará atribuirse todo el mérito.

Reí suavemente, imaginando perfectamente la reacción exagerada de Álex cuando se enterara de la decisión de Lucas.

—Estoy segura de que Álex te recordará durante mucho tiempo lo "sabios" que fueron sus consejos —respondí entre risas—. Aunque

sinceramente creo que ha sido más útil cuando ha hecho exactamente lo contrario de lo que recomendaba.

—Totalmente de acuerdo —respondió Lucas con una sonrisa divertida—. Pero lo peor no será Álex, sino Raquel. Ya puedo verla planeando nuestra vida entera juntos, con bodas imaginarias incluidas.

Ambos estallamos en una carcajada compartida al imaginar claramente cómo serían las reacciones de nuestros amigos al enterarse finalmente de lo que había ocurrido esa noche. Por primera vez, sentí que podíamos enfrentarnos a lo que viniera, precisamente porque estábamos juntos, apoyándonos mutuamente frente a cualquier absurdo o imprevisto que pudiera surgir en el futuro.

Poco a poco, Lucas se levantó de su silla y extendió la mano hacia mí con suavidad, invitándome a acompañarlo hacia el sofá. Me puse de pie con naturalidad, dejando que me guiara hasta sentarnos cómodamente juntos, mucho más cerca que antes. Sin decir nada más, él pasó con delicadeza su brazo alrededor de mis hombros, atrayéndome suavemente hacia él. Me acomodé con tranquilidad contra su pecho, disfrutando del sonido calmado de su respiración y de los latidos suaves de su corazón.

Permanecimos allí durante un largo rato, simplemente disfrutando del silencio agradable y la calidez compartida. Por primera vez en mucho tiempo, sentía una calma absoluta y una felicidad sencilla que no necesitaba más palabras ni explicaciones. Lucas parecía sentir exactamente lo mismo, pues su respiración se había relajado notablemente, mostrando claramente lo cómodo que se sentía conmigo en aquel momento.

—¿Puedo confesarte algo más? —dijo Lucas finalmente, bajando ligeramente la voz, como si estuviera revelando un secreto importante—. Creo que Raquel y Álex tenían razón desde el principio. Aunque jamás se lo admitiría en persona.

Levanté la cabeza ligeramente, mirándolo con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Estás admitiendo públicamente que nuestros amigos tenían razón sobre nosotros? Eso es un paso enorme viniendo de ti, Lucas.

Él se encogió ligeramente de hombros, esbozando una pequeña sonrisa algo tímida.

—Quizá esta noche estoy especialmente honesto. Pero no te preocupes, no pienso hacer esto a menudo. Tengo una reputación que mantener.

Reí suavemente, negando divertida con la cabeza antes de volver a apoyar la cabeza sobre su hombro. Lucas apretó suavemente el brazo alrededor de mí, manteniéndome cerca en un gesto sencillo pero cargado de significado. Ambos sabíamos que, a partir de ahora, nuestra relación se había consolidado definitivamente. Ya no había espacio para dudas ni inseguridades, solo para aquella certeza tranquila de que estábamos exactamente donde queríamos estar, juntos y preparados para enfrentar cualquier nuevo desafío que se cruzara en nuestro camino.

CAPÍTULO 20 – CUPCAKES PARA SIEMPRE

Había llegado el día. Esa mañana desperté llena de energía, sabiendo que había decidido organizar una reunión especial en la cafetería para anunciar oficialmente a nuestros amigos que Lucas y yo finalmente estábamos juntos. Aunque todos ya sospechaban lo que ocurría entre nosotros, quería hacer algo especial, algo que reflejara exactamente lo que sentía y lo importante que era para ambos poder compartir aquel momento con las personas que más queríamos.

Desde temprano, la cafetería se convirtió en un pequeño escenario lleno de actividad y movimiento. Laura, que había llegado antes de su turno habitual, ya estaba terminando de colocar algunas guirnaldas coloridas que Raquel había insistido en traer.

—No sé qué obsesión tiene Raquel con llenar todo de colorines —comentó Laura divertida, tratando de mantener el equilibrio sobre una pequeña escalera—. ¡Esto parece una fiesta infantil!

Me reí, observando con cariño aquel caos divertido que poco a poco iba tomando forma.

—Ya sabes cómo es Raquel. Para ella, ninguna celebración está completa si no parece sacada directamente de un carnaval —le respondí entre risas, mientras revisaba por tercera vez que todos los ingredientes para los cupcakes estuvieran listos—. Por cierto, gracias por venir temprano, Laura. No habría podido hacer esto sin tu ayuda.

Laura bajó de la escalera con una sonrisa sincera, acercándose a mí para darme un breve abrazo.

—No tienes que agradecerme nada, Marta. Tú eres la culpable de todo esto, en el mejor sentido. Me alegra mucho verte tan feliz

finalmente con Lucas. Os merecéis esto más que nadie.

Sonreí suavemente, sintiendo cómo la emoción comenzaba a invadirme lentamente. Justo en ese momento, Raquel entró en la cafetería con una energía desbordante, cargando una enorme caja llena de globos de colores que parecían a punto de escaparse.

—¡Chicas, os traigo lo esencial para cualquier celebración memorable! —anunció Raquel alegremente, dejando la caja sobre la mesa mientras trataba de recuperar el aliento—. Esto será lo más bonito que habéis visto jamás. ¡Os lo prometo!

Laura y yo intercambiamos una rápida mirada divertida, conteniendo la risa mientras Raquel comenzaba a desplegar los globos con una pasión contagiosa.

—Raquel, ¿no crees que quizás estamos exagerando un poco? —pregunté suavemente, aunque sabiendo de antemano la respuesta —. Es solo una pequeña reunión con amigos, no un cumpleaños infantil.

Raquel hizo un gesto exagerado, como si mis palabras la hubieran ofendido profundamente.

—Marta, es imposible exagerar en algo tan importante como esto. Estamos celebrando oficialmente que Lucas ha tomado la mejor decisión de su vida. Además, sabes perfectamente que no sé hacer nada a medias.

Sonreí ampliamente, decidiendo simplemente dejarla hacer, consciente de que en el fondo adoraba aquel entusiasmo exagerado que siempre lograba convertir cualquier evento en algo especial y memorable.

Durante las siguientes horas, entre risas y pequeñas bromas sobre la decoración, preparamos una impresionante variedad de cupcakes que representaban diferentes momentos importantes que habíamos vivido juntos. Algunos sabores evocaban las primeras citas desastrosas, otros recordaban gestos torpes pero sinceros, y algunos más simbolizaban aquella complicidad natural que habíamos logrado construir poco a poco.

Justo cuando estábamos terminando de decorar la última tanda de cupcakes, Lucas apareció en la cafetería, observando divertido el escenario caótico y lleno de globos que Raquel había organizado con tanto esfuerzo.

—Veo que la discreción no era precisamente vuestra prioridad —comentó riendo mientras se acercaba a saludarme con un pequeño beso rápido y cálido—. ¿Es cosa de Raquel, verdad?

—¿Quién más podría ser? —respondí divertida, observando a Raquel que fingía indignarse—. Pero no me quejo. Está quedando todo exactamente como quería.

Lucas sonrió suavemente, tomando una de mis manos con ternura mientras miraba a nuestro alrededor con cierta emoción contenida.

—Gracias por hacer todo esto, Marta. Sé que no siempre ha sido fácil, pero creo que finalmente lo hemos conseguido.

Asentí lentamente, sintiendo cómo su cercanía hacía que todo el esfuerzo hubiera merecido la pena.

—Lo hemos conseguido juntos —respondí suavemente, apretando ligeramente su mano—. Y eso es lo que vamos a celebrar hoy.

En ese preciso instante, Raquel lanzó un grito exagerado desde el otro extremo del local, atrayendo nuestra atención inmediatamente hacia ella.

—¡Eh, vosotros dos! Basta ya de romanticismo privado, tenemos un evento que terminar de preparar. ¡Los cupcakes no se decoran solos!

Lucas y yo nos reímos, uniéndonos nuevamente al pequeño caos divertido que dominaba la cafetería, conscientes de que aquella reunión sería el comienzo oficial de una etapa nueva y emocionante en nuestra relación. Una etapa llena de amigos, risas, torpezas compartidas y, por supuesto, muchos cupcakes que nos acompañarían para siempre.

Poco después, empezaron a llegar nuestros amigos, llenando rápidamente la cafetería de voces alegres, risas espontáneas y

abrazos sinceros. Álex fue el primero en entrar, saludando con su habitual exageración mientras recorría con la mirada la decoración colorida que Raquel había preparado.

—¡Madre mía, Marta! ¿Qué celebramos exactamente, vuestro compromiso o vuestro cumpleaños número siete? —comentó Álex, provocando inmediatamente las risas de todos los presentes.

—Muy gracioso, Álex —respondí con ironía mientras Lucas se reía suavemente a mi lado—. Si no fuera por estos globos, probablemente no habrías encontrado la cafetería.

Álex se encogió de hombros divertido, antes de dirigirse hacia Lucas con una expresión teatralmente seria.

—Lucas, espero que valores el enorme sacrificio que he hecho por ti, renunciando a mis famosos y útiles consejos para que finalmente hayas tomado la decisión correcta —dijo Álex con tono burlón, colocando una mano dramáticamente sobre el hombro de su amigo.

Lucas sonrió, negando suavemente con la cabeza antes de contestar con humor.

—Créeme, Álex, estoy seguro de que tus consejos han influido notablemente en mi decisión… básicamente porque he decidido hacer exactamente lo contrario de lo que me decías.

Todos estallamos en carcajadas al escuchar aquello, incluso Álex, que fingió sentirse profundamente ofendido durante unos segundos antes de estallar también en una risa sincera.

Poco después, Raquel anunció teatralmente que había llegado el momento de probar los cupcakes especiales que habíamos preparado con tanto cariño. Todos se acercaron a la mesa central, observando con curiosidad las diferentes bandejas decoradas con cupcakes de colores y mensajes pequeños que aludían a momentos divertidos, tiernos e incluso torpes que Lucas y yo habíamos vivido juntos.

—Este es mi favorito —anunció Laura con entusiasmo, mostrando un cupcake que llevaba escrito con glaseado la frase «Todo empezó

con un cupcake desastroso».— Sinceramente, creo que resume perfectamente vuestra relación.

Todos nos reímos mientras Lucas me miraba divertido y algo avergonzado, recordando aquel incidente reciente.

—Bueno, no puedo negar que los cupcakes han jugado un papel fundamental —comentó Lucas con humor, mirándome con complicidad—. Aunque algunos estuvieran a punto de causar daños irreparables.

Le lancé una mirada divertida, fingiendo indignarme mientras los demás volvían a reírse.

Raquel aprovechó el momento para llamar la atención nuevamente, con su entusiasmo habitual.

—Chicos, por favor, atención un segundo. Tengo algo muy importante que anunciar. Ahora que Marta y Lucas finalmente han decidido ser adultos responsables y estar juntos, propongo que empecemos a planear la boda inmediatamente. Ya tengo algunas ideas sobre los vestidos, la decoración, los invitados…

—Raquel, por favor, detente ahí mismo —la interrumpí rápidamente, sintiendo cómo mi rostro se ruborizaba inevitablemente—. Apenas hemos empezado a salir oficialmente, no nos agobies con planes de boda todavía.

Raquel agitó una mano dramáticamente, restando importancia a mi comentario mientras Lucas se reía suavemente a mi lado.

—Bueno, al menos permitidme planear vuestra primera escapada romántica juntos. No aceptaré un no por respuesta —añadió Raquel decidida—. Si confiáis en Álex para consejos románticos, definitivamente deberíais confiar en mí para esto.

Lucas se echó a reír con ganas mientras Álex fingía indignarse nuevamente ante la provocación de Raquel.

—Por cierto, Marta —comentó Laura de repente, con expresión curiosa—. ¿Quién se encargará de probar tus recetas de cupcakes ahora que Lucas tiene oficialmente el puesto asegurado?

Lucas me miró con fingida preocupación, suspirando teatralmente.

—Espero que al menos mejoren un poco, porque no sé cuánto tiempo más puedo sobrevivir a sus experimentos culinarios —comentó divertido, provocando más risas entre todos.

—¡Eh! Mis cupcakes son exquisitos, Lucas, y lo sabes perfectamente —respondí riendo, dándole un suave golpe en el brazo—. Además, siempre has sido mi mejor crítico gastronómico.

Lucas sonrió ampliamente, acercándose un poco más a mí con cariño, olvidando momentáneamente que estábamos rodeados de amigos que observaban divertidos y atentos aquella pequeña interacción.

—Y pienso seguir siéndolo todo el tiempo que me lo permitas —respondió suavemente, logrando que un coro de suspiros exagerados y risas sonoras invadiera la cafetería.

En medio de aquel ambiente relajado, divertido y lleno de cariño, sentí cómo todos los nervios y tensiones acumuladas durante los últimos meses desaparecían finalmente. Observé a mis amigos riendo juntos, disfrutando sinceramente de la compañía mutua, y supe que estábamos exactamente donde debíamos estar. Lucas y yo, juntos y rodeados por las personas más importantes de nuestras vidas, dispuestos a enfrentar cualquier futuro que nos esperara, siempre acompañados por risas, complicidad y, por supuesto, muchos cupcakes.

La velada continuó avanzando con la misma alegría desenfadada y llena de complicidad con la que había comenzado. Poco a poco, mientras las conversaciones animadas fluían alrededor de nosotros, Lucas y yo nos dimos cuenta de que nuestros amigos comenzaban a despedirse discretamente, dejándonos a solas en la cafetería casi sin darnos cuenta.

Finalmente, Raquel fue la última en marcharse, regalándonos una mirada traviesa y un guiño cómplice antes de cerrar la puerta detrás de ella. Lucas y yo nos quedamos en silencio durante unos segundos, mirando a nuestro alrededor, observando los restos de aquella pequeña fiesta improvisada, con platos vacíos, globos

desinflados y algunos cupcakes supervivientes esparcidos por las mesas.

—¿Sabes? —comentó Lucas con una sonrisa suave mientras empezábamos a recoger lentamente— Creo que después de esta noche, va a ser difícil superar el nivel de expectativas románticas que Raquel ha puesto sobre nosotros.

Me eché a reír suavemente, negando ligeramente con la cabeza mientras recogía con cuidado las bandejas vacías.

—Sinceramente, creo que cualquier cosa que hagamos será mejor que las ideas que Álex podría tener para nosotros —respondí con humor, mirándolo divertida—. Al menos Raquel tiene buen gusto, aunque sea algo exagerado.

Lucas sonrió ampliamente, observándome con una calidez que hizo que sintiera un ligero estremecimiento recorriendo mi espalda.

—Tienes razón. Además, tengo que admitir que, después de todo, me gusta cómo han quedado las cosas —comentó Lucas, acercándose lentamente hasta quedar justo frente a mí—. Creo que finalmente hemos encontrado el equilibrio perfecto entre lo caótico, lo divertido y lo romántico.

Sonreí suavemente, sintiendo cómo mi corazón latía con más fuerza al notar su cercanía. Poco a poco, dejé la bandeja sobre la mesa, permitiendo que Lucas tomara mis manos suavemente entre las suyas.

—Yo también lo creo —respondí suavemente, mirándolo directamente a los ojos—. Y la verdad, no cambiaría absolutamente nada de lo que hemos vivido, incluso las partes más desastrosas.

Lucas rio suavemente, bajando ligeramente la voz mientras me observaba con intensidad.

—Incluso tus cupcakes accidentados han terminado por convencerme —dijo divertido, aunque en su voz había una ternura sincera—. Definitivamente, no podría encontrar esto en ningún otro lugar del mundo.

Sin decir nada más, Lucas acercó suavemente sus labios a los míos, besándome lentamente con una dulzura y sinceridad que hizo

que todo a nuestro alrededor desapareciera. En ese preciso instante, supe con absoluta certeza que había tomado la decisión correcta al quedarme en Barcelona, abrir aquella cafetería y apostar por algo que, aunque parecía arriesgado al principio, había terminado dándome mucho más de lo que había imaginado.

Cuando finalmente nos separamos, Lucas apoyó suavemente su frente contra la mía, disfrutando de aquel pequeño momento de intimidad en la cafetería vacía, en la que tantos recuerdos habíamos construido juntos.

—¿Sabes qué estaba pensando? —susurró suavemente, manteniéndome cerca con naturalidad— Que quizás deberíamos crear un cupcake especial para conmemorar esta noche. Uno que no sea desastroso, por supuesto.

Me reí suavemente, negando con la cabeza mientras lo miraba con cariño.

—Buena idea, Lucas. Pero creo que lo de no desastroso podría ser demasiado optimista viniendo de nosotros. Quizás mejor apostemos directamente por algo torpe pero encantador, como siempre hemos hecho.

Lucas sonrió con sinceridad, asintiendo lentamente mientras sus brazos me envolvían con calidez.

—Torpe pero encantador suena justo como nosotros —comentó suavemente—. Y la verdad, no cambiaría eso por nada del mundo.

Nos quedamos un rato más allí, abrazados tranquilamente en medio del caos alegre que habían dejado nuestros amigos. Sabíamos que a partir de ese momento, habría más momentos torpes, más decisiones complicadas y seguramente más cupcakes desastrosos. Pero, a fin de cuentas, también sabíamos con absoluta certeza que, juntos, podríamos superar cualquier cosa que la vida decidiera ponernos en el camino.

Al mirar una última vez alrededor de la cafetería, sonreí con serenidad. Aquella pequeña aventura había comenzado con incertidumbre, nervios y muchas dudas, pero al final había terminado regalándome mucho más que una cafetería exitosa o

amistades inolvidables. Me había dado a Lucas, alguien que había entrado torpemente en mi vida para quedarse definitivamente en mi corazón.

Y justo en ese momento supe, sin ninguna duda, que la verdadera receta para la felicidad no estaba escrita en ningún libro de repostería, sino que estaba allí mismo, justo frente a mí, en la forma de alguien que había convertido cada torpeza, cada desastre y cada inseguridad en algo inolvidable y profundamente hermoso.